



Actualia

como si estuvieras loco por mi

Romance con mi vecino

DORIS P.

Actúa como si estuvieras loco por mi

Romance con el vecino

Doris P.

Copyright © 2019 Doris P.
Registro de la Propiedad Intelectual

Imagen de la portada utilizada con licencia Shutterstock.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta qué, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

Contenido

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

EPÍLOGO

J E N N Y

—¡OHH, MÁXIMUS! ¡ES TAN JODIDAMENTE GRANDE! OHHHHH... SÍ, SÍ, SÍ, SÍ, SÍ.
Abrí los ojos.

¿En serio? ¿A esta hora? ¿No necesitaban dormir? ¿Qué clase de nombre era Franco?

Golpeé mi almohada agresivamente y cubrí mi cabeza con ella mientras la gritona se acercaba al momento más agudo de su clímax. Era realmente increíble lo delgadas que eran estas paredes.

No solía haber tanta actividad en ese apartamento cuando mis otros vecinos todavía vivían allí. Se escuchaban los televisores, radios, puertas cerradas de golpe, niños gritando y la extraña disputa doméstica, pero desde que comenzó el “Gran Éxodo” hace nueve meses, los pasillos se habían quedado en absoluto silencio. A veces, estando allí me sentía como una sobreviviente de algún evento apocalíptico. La única chica en el mundo, viviendo sola.

Bueno, no completamente sola.

Había otro rezagado en mi piso. La única otra persona que no estaba dispuesta a ceder ante el signo del dólar. No sabía cuánto les habían pagado a los vecinos que se fueron por sus apartamentos, pero prácticamente saltaron por las ventanas hasta sus camiones de mudanza. Uno por uno, los había visto irse. Hasta que sólo quedamos dos de nosotros.

Dios del Sexo y yo.

Mi apartamento de un dormitorio era un poco más grande que una caja de chocolate, pero era tan lindo como un retoño, y en el absurdo mercado inmobiliario de Nueva York, todo era demasiado caro para mi gusto.

Los ruidos habían cesado, así que pude liberar mi cabeza de las almohadas. La habitación estaba llena de luz solar, después de todo, no era de madrugada. Nunca me acostumbre a despertar temprano. Me gustaba dormir por las mañanas, cada maldito segundo. Entrecerré los ojos ante el despertador y vi que no sonaría hasta dentro de media hora.

Sentí que apenas había cerrado los ojos cuando la maldita cosa sonó. Le di un manotazo para apagarlo.

Murmurando maldiciones a mi vecino por arruinar mi sueño, me arrastré fuera de mi adorable y cómoda cama. Tenía sábanas de seda Italiana, edredón y almohadas rellenas de plumón de ganso siberiano y el colchón era de damasco antiguo de Inglaterra. Sí, mi cama era mi mayor placer.

Fui hasta el baño y me dejé caer sobre el inodoro. Mientras intentaba alcanzar el rollo de papel higiénico, oí que tiraban de la cadena desde el apartamento de mi vecino. Probablemente estaba desechando los condones usados, al menos cinco, pensé amargamente.

Cuando terminé de lavarme los dientes, mi ira por las actividades de mi vecino había disminuido. A estas horas de la mañana, sólo tenía una cosa en mente: el café.

Mientras pasaba por la sala de estar de camino a la cocina mi mirada cayó en un sobre que estaba en el suelo junto a la puerta de entrada. Por la insignia grabada y el gran sello de «PRIVADO Y CONFIDENCIAL» era inconfundible. Otra carta del bufete de abogados de Noble, Noble & Flaherty. Como todo el correo se dejaba en el piso de abajo, debieron enviar a uno de sus pequeños súbditos a entregarlo en mano.

¡A primera hora de la mañana y antes del café!

Sentía crecer la ira y el resentimiento de nuevo, gracias a la insistencia y persecución de estas personas que piensan que todo el mundo tiene su precio.

Intrigada por la nueva oferta, levanté el sobre del suelo y lo abrí. Cuando vi la cantidad, mi mente se quedó en blanco.

—Hijos de puta —susurré.

De repente, mis piernas se pusieron tan débiles que tuve que sentarme en el banquillo del piano que estaba junto a la puerta. Definitivamente comprar pequeños apartamentos y convertirlos en lujosas residencias para ricachones debe ser un negocio realmente beneficioso.

Estaba mirando fijamente una cifra que sin duda era el doble de lo que valía mi apartamento, o probablemente más que eso. Con esa cantidad de dinero, podría mudarme a un sitio más grande, irme de vacaciones, comprar esa cama de ensueño de Liberty, añadir a mi colección más almohadas...

Me giré sobre el taburete en el que estaba sentada hasta quedar frente al piano. Pasé mis dedos por encima de sus teclas. No tenía absolutamente ningún talento musical, por lo que nunca pude dominar el instrumento, pero aprendí un par de viejas melodías.

Mis dedos se encontraron y empezaron a golpear con furia la melodía de Chopsticks. Pensé en mi abuela. La recordé riéndose. El sonido de su risa era como un eco del pasado. Todas aquellas horas que pasé sentada en ese mismo banquillo con ella volvieron a mi mente. Aunque sabía que yo no tenía una pizca de talento musical en mi cuerpo, nunca dejó de creer en mí.

J E N N Y

Este apartamento era de mi abuela. Cada fin de semana o cuando las cosas entre mis padres se ponían feas, yo venía a este lugar. Odiaba estar en nuestra casa, donde todo lo que mis padres hacían era pelearse y criticarse.

Mi abuela sabía que cada vez venía era para escapar de las discusiones de mis padres, pero siempre actuaba como si mi llegada fuera la mejor sorpresa del mundo. Ella era feliz cuando la visitaba, no importaba cuántas veces me presentara en su puerta, siempre se emocionaba al verme llegar, y con el tiempo llegué a tener mi propio juego de llaves.

Cuando estaba en su lecho de muerte en el hospital, me confesó haberme nombrado como su única heredera en su testamento. Cuando intenté explicarle que esa decisión le haría daño a su propia hija, me dijo con firmeza que ese era su último deseo y que debía respetarlo.

No, no dejaría este lugar por nada del mundo. No necesitaba una cama artesanal de Liberty para ser feliz, y ya tenía una docena de almohadas sin usar apiladas en mis armarios. ¿Quién necesita vacaciones cuando su vida ya se siente como unas vacaciones? No, este apartamento tenía más valor para mí que todo el dinero del mundo.

Ya había enviado dos cartas extensas a esos abogados chupasangres que representan a esas corporaciones sin rostro y sin alma, pero obviamente, o no entendieron el mensaje o no lo querían entender. Tenían el dinero suficiente para comprar todo un edificio completo, bueno, casi todo. El Dios del Sexo de al lado y yo, no podíamos ser comprados.

Como mis educadas cartas en las que explicaba que el apartamento era mío legalmente y que nunca lo entregaría no funcionaron, agarré un bolígrafo y garabateé sobre el área de la firma:

¡BESA MI CULO!

Fue placentero firmarlo con esa respuesta.

Sintiendo que había peleado y ganado una batalla, metí el sobre en mi bolso. De camino al trabajo pasaría dejándolo en el correo. Y así, considerándome victoriosa me fui a la cocina para hacerme una taza de café fuerte.

Luego de disfrutar mi café decidí entrar en mi gran bañera de patas de garra. Quiero decir, ¿quién no mataría por esto? Era maravillosamente bendecida y afortunada. Me reí de esos imbéciles mientras me lavaba el pelo. Eran bienvenidos a seguir intentándolo; yo nunca renunciaría a mi hogar. ¿Por qué lo haría? En realidad, estaba secretamente contenta de que esos idiotas tuvieran que seguir gastando dinero en costosos abogados sólo para que me enviaran sus cartas de oferta. Me intrigaba saber a quién recurrirían en última instancia, antes de no tener más opción que construir sus lujosas residencias a mi alrededor.

Envuelta en mi esponjosa toalla, regresé a mi habitación. Saqué una blusa rosa y la combiné con una sexy falda color plata. Me hice unos rizos grandes y llenos de vida en mi cabello chocolate que caían alrededor de mi cara y cuello. Me apliqué un poco de rímel y agregué una capa de brillo con sabor a fresa en mis labios. Apunté con la varita del brillo labial a mi reflejo en el espejo.

—Eres fabulosa, Jenny Young. No lo olvides —me dije.

Abrí mi armario de zapatos y suspiré con placer. Parecía más un santuario para los mejores

diseñadores de zapatos del mundo que un verdadero armario de zapatos. Filas y filas de hermosos diseños. Ciento noventa y ocho para ser exactos. Otras personas invertían en arte; yo invertía en zapatos. Mis favoritos siempre los ubicaba en los tres primeros estantes. Elegí un par de esa sección, unos tacones negros de tres pulgadas de alto. Me subí en ellos e inmediatamente me sentí como de un millón de dólares.

Caminé hacia el espejo de cuerpo entero y me lancé un beso a mí misma antes de salir corriendo por la puerta. Por supuesto, se me hizo tarde. Mi viaje de recuerdos en el piano me había tomado demasiado tiempo. Salí al pasillo vacío, caminé enérgicamente hasta el ascensor y presioné el dedo contra el botón. El ascensor comenzó a subir. Miré a mi alrededor. Se sentía tan vacío, como vivir en medio de un pueblo fantasma. Casi siempre estaba sola. Casi.

De repente oí una puerta abriéndose y una mujer riendo.

J E N N Y

¡Mierda! La folladera de al lado había terminado. Mi vecino y su gritona ya estaban en su camino de la vergüenza. Miré los números iluminados encima de las puertas del ascensor mientras subía lentamente hasta el último piso.

Detrás de mí, la mujer seguía riendo.

—Vamos —le rogué al ascensor en silencio. Si llegaba en los siguientes segundos, podía entrar y cerrar las puertas antes de que esos dos llegaran.

Pero por supuesto, la vieja y decrépita máquina se negó a jugar a mi favor. Desde donde estaba podía oler su perfume. Traté de calmarme, pero el calor subió a través de mí y mis palmas comenzaron a sudar.

El Dios del Sexo era casi sobrenaturalmente hermoso. En el último año, lo había visto unas pocas veces y cada vez parecía como que acabara de salir del sueño sexual de alguien.

Alto, de hombros anchos, con el pelo oscuro, que ocasionalmente se despeinaba deslizándose hacia su frente. Tenía labios sensuales que una vez lo vi lamiendo, un hoyuelo insoportablemente sexy en la barbilla y ojos grises hipnotizantes. Usaba trajes de sastre de la misma manera como las mujeres usan la lencería, sabía que lo hacían irresistible. Podría haber sido modelo.

Tal vez lo era, no sabía nada sobre él, siempre me sofocaba y me volvía incapaz de pronunciar una palabra cuando estaba cerca. Mientras que por su parte, había mirado en mi dirección sólo una vez. Tenía sentido. Los tipos de mandíbula cuadrada y sexys brazos musculosos siempre eran unos imbéciles engreídos. No necesitaban ser dulces o amigables para tener sexo. Y él parecía encajar perfectamente en esa descripción.

La primera vez que lo vi, fue un año antes, cuando se mudó al apartamento más grande de mi piso. Pobrecito, recuerdo que apenas se había instalado cuando esos monstruos de Noble, Noble & Flaherty ya querían sacarlo. Pero así como yo, se aferró a su apartamento. Como ambos estábamos pasando por lo mismo pensé en presentarme la próxima vez que me topara con él. Que estúpida fui al pensar que teníamos algo en común.

Cuando lo vi por segunda vez le sonreí, pero su respuesta fue mirarme de arriba a abajo con el tipo de expresión que la gente suele tener cuando algo huele mal. Fue casi suficiente como para hacer que me oliera, por si acaso. Pero no. No era yo. Era él siendo un imbécil arrogante. Con un pequeño asentimiento dio la vuelta y se fue. Tuve que morderme la lengua para no preguntarle cuál era su problema.

Sacándome de mis recuerdos, una mano bronceada se extendió para apretar el botón del estacionamiento subterráneo, y mis ojos fueron atraídos por un extraño poder magnético hacia arriba a lo largo de su manga inmaculadamente hecha a medida, más allá de eso estaban sus maravillosos pectorales. Estaba distraído mirando los números iluminados sobre las puertas y no pude evitarlo. Mi mirada hizo un viaje hasta su entrepierna. Sí, definitivamente había algo muy grande ahí abajo.

La reacción de la gritona al viaje de mi mirada fue instantánea.

Ella se acercó a él y le puso la mano sobre el brazo. Nuestros ojos se encontraron. Su mirada era petulante. Ella era lo que uno esperaría, rubia, hermosa y delgada, aunque la palabra que

prefiero para describirla es “perra”. Con indiferencia dirigí mi mirada hacia los números iluminados y me abstuve de decirle que el Dios del Sexo prefería la calidad a la cantidad. Dudaba de que volviera en sí después de eso.

Las puertas del ascensor se abrían con una laboriosa lentitud. Los ojos grises se posaron en mí.

—Después de ti.

Su voz grave y profunda se fundió por mi espalda. Entré en el ascensor y miré fijamente hacia adelante cuando entraron y las puertas se cerraron. El viaje de bajada fue una especie de calvario. Nadie habló. La musaraña me miró mal durante todo el trayecto, mientras yo luchaba por mantenerme en calma.

Finalmente, después de lo que parecieron horas, la tortura terminó. El ascensor se sacudió y las puertas se abrieron lentamente a nivel del suelo. Llevaba tanta prisa que salí disparada y casi me caigo. No me quedé lo suficiente para oír si las puertas se cerraban tras de mí. La pareja podría irse hasta las profundidades del infierno, no me importaba.

J E N N Y

Corrí a través de las puertas giratorias de Jett & Stone Investments. Llevaba mi sándwich de clara de huevo y un café con leche de soja que había comprado en la cafetería local de camino al trabajo. Pasé volando a través del vestíbulo de cristal, cromo y granito y por poco no logré entrar en el ascensor antes de que se cerrara.

Mi jefe, Valentin, no estaría por aquí esta mañana. Estaba en reunión con unos clientes. Una sonrisa llegó a mis labios mientras pensaba en él. Después de dos años de trabajar aquí, nos convertimos en cierta “cosa” el mes pasado.

Sí, ya lo sé. Me acostaba con mi jefe.

Lo nuestro no era oficial, obviamente, para evitar los chismes en la oficina y las situaciones incómodas, pero en realidad los dos cogíamos como conejos. Todo empezó un día mientras trabajábamos hasta tarde. Giró la cabeza y de repente me besó.

No me esperaba eso. La tierra no se movió, ni nada, pero fue muy agradable la sensación que me provocaron sus labios, me hizo caer cuenta cuánto tiempo había pasado desde que estuve con un hombre por última vez. Valentin era bastante guapo, tenía un cuerpo atlético y delgado. Siempre estaba impecable y no vivía muy lejos de mí. No era un mal partido.

Las puertas del ascensor se abrieron en el piso catorce y entré rápidamente en el departamento de capitales privados. Por lo visto, no era la única que llegaba tarde y eso era una ventaja. Podría mezclarme con el resto de los rezagados y pasar desapercibida hasta llegar a mi escritorio sin demasiado aviso.

Nadie se fijó que pasaba por el estrecho pasillo de cristal y entraba en mi cubículo. Encendí mi computadora, puse mi sándwich y mi café con leche en el escritorio y estratégicamente esparcí algo de papeleo a su alrededor, de modo que pareciera que había estado allí por un tiempo.

Lo primero que hacía el lunes por la mañana era revisar mi correo electrónico. La bandeja de entrada seguramente estaría llena de un sinnúmero de mensajes de clientes, tanto felices como no tan felices, y si no los eliminaba, montones de correos electrónicos nuevos se acumularían, y odiaba eso, pero como tenía la envidiable tarea de prepararme para una reunión de estatus a las doce y media, decidí ocuparme del correo una vez que terminara mis notas para la reunión.

Recientemente habíamos lanzado una nueva versión de nuestro portal de acceso en línea. Se suponía que permitiría a los clientes consultar sus estados de cuenta de día o de noche. La mayoría de mis correos electrónicos parecían ser de clientes que solicitaban ayuda para acceder a sus cuentas.

Suspiré y abrí el primero. El icono del correo electrónico titiló en la esquina superior izquierda de mi pantalla y sonreí. Era Valentin. Ya debía estar de vuelta en su oficina si me estaba enviando ese correo. Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie estuviera mirando por encima de mi hombro antes de abrirlo.

«¿Sabes en qué pensé durante todo el fin de semana? En tu sabor, tu olor, y en esos suaves gemidos que haces cuando lamo y chupo tu centro».

Sonreí, quería verlo. Casi me rompo el cuello intentando ver para su oficina. Tenía las mangas de la camisa arremangadas y estaba hablando con Drake el de Contabilidad. Volví a poner los

ojos en la pantalla para continuar leyendo.

«Ojalá hubiera estado contigo este fin de semana que con mis padres. Todo lo que hice fue andar por ahí escondiendo una erección porque no podía dejar de pensar en tu vagina.

No puedo esperar a devorarte esta noche.

Pasé toda la mañana fingiendo que escuchaba a esos idiotas en la reunión, cuando lo único que hacía era imaginarte debajo de mi escritorio chupándomela.

¡Espero que lleves puesta tu tanga roja! Valentin xx».

Soplé un aliento largo y lento. Oh, Valentin, eres un perro sucio, pero de hecho, sí llevaba una tanga roja. Una vez que vi cuanto lo excitaba -le gustaba arrancarla con sus dientes- compré dos docenas de ellas por Internet. Lo recordaba entre mis piernas comiéndome, y empecé a sentir calor y hormiguelo. Sí, él sabía lo que yo quería, y cómo lo quería.

Disfrutaba de mi relación con Valentin. Tal vez era por haber trabajado juntos durante tanto tiempo que sentía que realmente lo conocía. Confiaba ciegamente en él.

Por supuesto, mi mejor amiga, Carol, estaba en contra de la idea de Valentin y yo. Para ella, acostarse con el jefe era la fórmula perfecta para el desastre, pero le dije que todo estaría bien ya que él no era exactamente mi jefe directo. Le cité uno de los dichos favoritos de mi abuela: *Deja de ofertar por problemas antes de que salgan a la venta.*

Volví a leer su sucio correo electrónico. No habíamos estado juntos desde el jueves por la noche en mi casa. Habíamos pasado tres días sin sexo mientras Valentin visitaba a sus padres en Schenectady. Estaba tan ansiosa de ser devorada por él, así como él lo estaba por devorarme a mí.

Presioné “Responder” y luego escribí:

«Querido Valentin.

Si es absolutamente necesario, puedo apuntarte en mi agenda para una buena mamada debajo del escritorio después del almuerzo. Por favor, confirme una hora que le convenga.

Saludos cordiales. JENNY xx».

Sonriendo para mí misma, le di a “Enviar”.

J E N N Y

En el preciso instante en que hice clic en enviar, otro correo electrónico titulado «URGENTE» de un remitente llamado Lillian Taylor apareció en la esquina de mi pantalla. Más tarde me maravillaría por la extraña coincidencia de todo, pero en ese momento no tenía ni idea de quién era. Yo sólo pensaba que se trataba de un cliente. El título me tentó a abrirlo.

Toda la diversión que sentía de momento se esfumó y mi pequeño plan de sexo oral indebido bajo el escritorio de Valentin se desmoronó por completo. Quedé helada cuando leí todo mensaje escrito en letras mayúsculas, estaba en estado de shock.

«¿TE HAS DIVERTIDO COGIÉNDOTE A MI HOMBRE?

¿ADIVINA QUÉ, ZORRA? ESTOY EMBARAZADA, TENDRÉ UN BEBÉ DE VALENTIN. ¿POR QUÉ NO TE BUSCAS A TU PROPIO HOMBRE, CERDA ASQUEROSA? CONSIGUE ALGO DE MORAL Y CLASE, PERRA. Y NO VUELVAS A TOCAR A MI HOMBRE.

LILLIAN».

Las palabras flotaban ante mis ojos atónitos. Tenía que ser una broma de mal gusto. Ojalá hubiera sido el enfermizo sentido del humor de alguien. Pero no fue así. Sentí cada palabra como una ponzoña que me atravesaba la piel, infectando mi carne y envenenando mi sangre.

Sin aliento, miré la foto escaneada de un ultrasonido adjunto al mensaje. Su nombre aparecía en la foto. Lillian Taylor. Y había sido tomada hace tres días.

Valentin tenía novia.

¡Oh mierda. Tenía una maldita novia. Y estaba embarazada!

Sabía cómo se sentía cuando mi mundo se desmoronaba a mi alrededor, por dos hechos de mi pasado. Cuando mis padres anunciaron su divorcio y cuando la abuela murió. Pero ese correo electrónico... fue como un nuevo nivel de destrucción. Estaba en un trío y ni siquiera lo sabía. De alguna manera me había convertido en la otra mujer, en esa criatura que roba a los hombres de otras mujeres. ¿Yo? Justo cuando pensaba en llevar las cosas al siguiente nivel con Valentin, descubrí que es un maldito desgraciado.

Confiaba en él y resultó ser peor que mi puto vecino. Al menos ese tipo no prometía nada más allá que un orgasmo. Pensar en todas las mentiras de Valentin me dolía.

¿Cómo podía acostarse en la cama conmigo, besarme, mirarme a los ojos y decirme lo importante que era para él? ¿Cómo tenía relaciones sexuales sin protección con una mujer que enviaba correos electrónicos así?

Gracias a Dios, siempre usábamos condón.

Me miré mis manos que temblaban de la ira. Era un maldito mentiroso. Todos esos momentos juntos no significaban nada. No había manera de que pudiera quedarme en mi escritorio por el resto del día fingiendo que no sabía nada de ella cuando todo lo que quería era ir hasta su oficina y partirle la cara. ¿Cómo se atreve? ¿Cuánto tiempo de embarazo llevaba Lillian? El hecho de que ella supiera de mí y yo no supiera de ella, significaba que había estado en la foto todo este tiempo.

Levanté la cabeza y miré alrededor. Todos tenían sus cabezas gachas, absortos en su trabajo. Necesitaba ser profesional en esto.

Tranquila, Jenny. No eres la primera tonta en ser engañada. Mantente profesional. No hay

necesidad de arruinar tu carrera por ese idiota.

Respiré profundo tres veces. Necesitaba mantener la calma. Tenía que ser profesional en esto. Podía jugar este juego. Pero tres respiraciones obviamente no fueron suficientes porque mi sangre seguía hirviendo.

Alice asomó su cabeza en el borde de mi cubículo.

—¿Qué? —Gruñí. Me di la vuelta para mirarla.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Nada, no importa —murmuró y se escabulló.

Tomé otras tres respiraciones. *-Cálmate, Jenny. Has trabajado mucho y muy duro en esta compañía. En unos meses saldrás de este cubículo y tendrás tu propia oficina de cristal. No puedes poner en riesgo tu posición en este momento. Oh no, no, no, no. Ningún puto hombre vale eso-*.

Tres respiraciones más, lentas y profundas.

Pero, no. No podía ser profesional en este punto. Necesitaba hablar con ese mal parido o explotaría. Me levanté de la silla y me temblaban las piernas. En realidad, todo temblaba. Incluso mis entrañas. Me ardía el estómago.

Tomé otro respiro profundo.

Aún tenía mi desayuno en el escritorio. Definitivamente no valía la pena perderlo, menos por culpa de Valentin. Había pagado mucho por ese sándwich, de hecho, si iba a perderlo preferiría que fuera embarrada en su camisa. Dirigí mi mirada automáticamente en dirección a su oficina. Valentin me hizo señas con la mano y me guiñó un ojo.

¡Bastardo mentiroso!

Pero tenía más descaro del que pensaba: Así que le devolví el saludo. Saqué mi teléfono celular de mi bolso, me enderecé la falda, y con la cabeza en alto, caminé junto a las oficinas de vidrio de camino hacia los baños. Cuando pasé por su oficina, fingí que recibía una llamada y actué como si estuviera completamente concentrada en mi falsa conversación telefónica.

Cuando llegué al baño, todo mi cuerpo estaba tenso y encrespado. ¡Wow! Nunca antes me habían engañado de esta manera. Me paré frente al espejo y me miré. Qué asombroso es ver cómo me veía tan normal por fuera, cuando por dentro estaba totalmente destruida. Llamé a mi mejor amiga, Carol. Siempre era la primera a quien llamaba cuando pasaba algo importante. La chica podría estar en medio del mayor negocio de su vida, pero estaría dispuesta a dejarlo todo si yo la necesitaba. Y yo haría lo mismo por ella.

—Siento molestarte en el trabajo —le dije—. Pero todo se fue al diablo aquí.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —preguntó en un susurro.

Que estuviera susurrando, significaba que tenía personas al lado.

—Valentin tiene una novia y está embarazada.

—¿Qué? ¡Esa basura! —gritó, luego se escuchó un respiro profundo, y volviendo a caer en un susurro pero esta vez un poco frenético, añadió—: Ese maldito infiel. Sabía que no era bueno. ¿Cómo te enteraste?

Podía oír sus pasos. Seguramente estaba saliendo de su oficina.

—Ella me envió un correo electrónico con todas las palabras en mayúsculas —respondí, mi voz aún temblaba de asombro.

—Oh. Dios. Dios. Quiero verlo. Envíamelo —exigió con su voz normal.

—¿Carol?

—¿Qué? Me encantaría ver cómo es un email de una novia engañada con mayúsculas.

—Esto es serio. Estoy tan enfadada que tengo ganas de matarlo.

—Um... vale. ¿Qué vas a hacer?

—Enfrentarlo.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Ahora? —Preguntó incrédula.

—No, el año que viene. Por supuesto que ahora.

—Creo que es mejor que esperes hasta la hora de salida, cariño —me sugirió, su tono sonaba en serio.

—No creo que pueda durar tanto. Voy a explotar.

—Entiendo, pero debes esperar. Necesitas tu trabajo, Jenny. Que se joda ese idiota. No te merece y definitivamente no vale la pena perder tu trabajo por él.

—No, voy a enfrentar a esa rata mentirosa ahora mismo —grité.

—¡No! —Me devolvió el grito y continuó—: Si lo haces, las cosas se van a poner tan incómodas que quizás termines sin trabajo.

—Como sea —dije.

—No lo hagas —me advirtió, pero colgué la llamada y me abrí camino hacia la oficina de Valentin.

J E N N Y

Estaba solo. ¿Cuántas veces había mirado a través de esos cristales y le había sonreído? ¿Cuántas veces me había devuelto la sonrisa cuando sentía mis ojos sobre él? Solía fantasear con entrar, cerrar la puerta detrás de mí, las persianas y subirme a horcajadas sobre él, justo allí, en esa silla. O, tal vez, dejar que me recostara sobre el escritorio. Me imaginaba todo tipo de cosas. Ahora sólo quería cerrar la puerta para partirle la cara.

Sintiendo el peso de mi mirada, levantó la vista y me sonrió. Entré a la oficina cerrando la puerta de cristal con llave.

—Qué gracioso... —dije, mientras empezaba a cerrar las persianas.

Sus ojos se iluminaron. El imbécil creía que venía a hacerle la mamada debajo del escritorio.

—Oh, nena, ven con papi —sonreía con suficiencia lo que me hizo sentir mal físicamente.

Era curioso cómo llegué a pensar que eso era sexy en un momento dado, tal vez diez minutos antes. Ahora mismo, acercarme a su pene podría resultar en una lesión seria y probablemente irreversible. Quería lastimarlo tanto como él me lastimaba en ese momento. Tragué con fuerza. La rabia era como una piedra atascada en mi garganta.

—Tal vez deberías preguntarle a tu novia primero.

—¿Qué? —preguntó, y su voz pareció haber subido una octava entera.

—¿De verdad vas a fingir que no sabes a que me refiero? ¿Vas a sentarte ahí y actuar como si no supieras de lo que estoy hablando?

—Jenny, ¿es una broma? —Se puso de pie extendiendo sus manos.

—Y aún no llego a la parte divertida —le dije—. Recibí un email de una mujer que dice estar embarazada de ti.

Su primera reacción me hizo dudar por un instante. O era un buen actor o Lillian Taylor era una gran mentirosa.

—¿De qué demonios estás hablando?

La sensación de esperanza que revoloteaba dentro de mí era casi tan fuerte como el sentimiento de culpa. No le había dado la oportunidad de defenderse. Quizás sí estaba actuando como una lunática loca porque no tenía más pruebas que un estúpido escáner con un nombre y eso no probaba nada. ¿Y si había llegado a la conclusión equivocada?

Con mucha menos certeza de la que tenía cuando había entrado en la oficina, me acerqué a él y le mostré mi teléfono. Jadeó. A diferencia de su falsa sorpresa del inicio, esta expresión de conmoción era genuina.

—¿Está embarazada? —Me miró fijamente con los ojos bien abiertos y brillantes—. Demonios, ¿quién lo diría? Estoy disparando balas de verdad. ¿Por qué no me lo dijo? —soltó una pequeña risita.

Había una extraña mezcla de alegría, esperanza y arrebato en su voz. Con eso me dijo todo lo que necesitaba saber. Me sentía como si estuviera en una realidad alternativa. Quería romper algo. Preferiblemente, sus piernas. O el cuello. O al menos, golpéale la cabeza con el extremo puntiagudo de mi zapato. Múltiples veces. Probablemente eso lo mataría, pero valdría la pena sólo para ver cómo se le sale el cerebro.

—Entonces, si estás viendo a alguien más —dije, con los dientes apretados.

Miraba distraídamente el teléfono de su mesa antes de arrastrar sus ojos hacia mí. ¡El maldito bastardo estaba impaciente por llamarla!

—Mira —se excusó—. Nunca dije que fuéramos exclusivos.

—¿Qué? —entré en cólera.

—Vamos, Jenny. Eres una mujer adulta. Pensé que sabías que sólo estábamos pasando el rato, eso era todo —se encogió de hombros.

Di un paso hacia atrás y lo miré con odio.

—Me dijiste que era especial.

—Eres especial.

—Para ti —le recordé.

—Bueno, ya sabes, se dicen cosas por el calor del momento.

—Me dijiste que estabas soltero.

—Bueno, técnicamente estoy soltero —se movió incómodo.

—No puedo creerlo —agité la cabeza ante la incredulidad.

—Vamos, Jenny. Nada de esto tiene que ponerse incómodo. Sólo se vive una vez.

—¿Sólo se vive una vez? —Exploté—. No puedo creer que seas tan insensible. ¿Cómo pudiste engañarme de esa manera?

Era como si estuviera hablando sola. Desde el momento en que mencioné lo del embarazo, no le importó nada más. Pasó sus manos a través de su cabello corto de rizos castaños -pelo que tantas veces había enredado en mis dedos- y en un movimiento suave se lanzó sobre su silla. Sus ojos se movían de un lado a otro.

—¿Hola? —Agité mis brazos frente a él con furia.

—Oh, sí. Umm... lo siento... esto realmente me ha sorprendido —soltó una risa nerviosa, claramente conmocionado—. Creo que ya nos divertimos lo suficiente. Dejemos lo nuestro atrás y volvamos a cómo eran las cosas antes de que esto pasara. Somos un buen equipo de trabajo y no hay necesidad de estropearlo. Obviamente, lo siento mucho si herí tus sentimientos.

Odiaba cuando alguien usaba la palabra “si” y “herir tus sentimientos” en la misma frase. ¿Qué carajo...? Eso significaba que ni siquiera iba a reconocer lo que había hecho, pero aunque no lo haya tenido en cuenta, seguramente su pequeño discurso sería la más falsa, patética e insincera disculpa de la historia de la humanidad. No se preocupaba por mí en absoluto y nunca lo haría.

¿Cómo pude estar tan ciega para no ver lo escurridizo que era en realidad? Una total alimaña, ni eso, las alimañas eran más lindas que él. Ni siquiera valía la pena mi ira. Enderecé mi espalda, me puse firme y le lancé una sonrisa falsa.

—No te preocupes por eso. Yo también mentí. Sabes, ese pequeño problema tuyo, el que te hace chupar vagina como desquiciado en vez de follarlo, no es normal, y realmente deberías hablar con un profesional al respecto.

Sus ojos se agrandaron mientras yo sonreía ampliamente y salía por la puerta con la cabeza bien alta.

J E N N Y

Cerré la puerta y corrí hacia mi cubículo. Uno de mis superiores tuvo que saltar del camino para evitar que lo atropellara. Ahora le debía una explicación sobre eso. ¡Genial!

Mis manos seguían temblando por los nervios, pero me sentía extrañamente victoriosa cuando me senté en mi silla. Tenía un montón de cosas por hacer. Debía presentar un informe antes de la hora del almuerzo de mañana y no estaba preparada para hacerlo. Además, aún tenía que asistir a la estúpida reunión de las doce y media, pero no sentía ninguna presión por eso.

Necesitaba salir de la oficina. Había un lindo bar al final de la calle y decidí ir a tomar algo para calmar mis nervios. Mientras recogía mis cosas mi teléfono celular sonó. Era Carol.

—¿Lo hiciste? —preguntó con voz de asombro.

—Sí —dije fríamente.

—¿Qué pasó? ¿Te despidieron? —otra vez estaba susurrando.

—No.

—¿Renunciaste?

—No, pero lo pensé por un segundo.

—¿Quieres que almorcemos juntas? Nos vendría bien un almuerzo con algunos grados de alcohol.

—Diablos, sí.

Revisé la hora y le dije a Carol que la vería en nuestro lugar favorito, un local a medio camino entre nuestras oficinas. Entonces salí de mi cubículo apretando mi estómago y fingiendo dolor, como lo había hecho tantas veces antes. Mi plan era pasar lentamente por la oficina de mi jefa.

—¿Jenny? —Deniss llamó.

Me volví para mirarla.

—¿Sí?

—Pasa, por favor. ¿Estás bien?

Entré con la mano sobre el estómago, agitando mi cabeza y haciendo una mueca de dolor.

—No me siento muy bien —susurré—. Creo que comí algo malo el fin de semana.

—Oh, no. Deberías salir de aquí, por si acaso es contagioso.

¡Bingo! Tracce era la obsesiva con los gérmenes de la oficina. Incluso se puso de pie y aumentó la distancia entre nosotras.

—Si puedes prescindir de mí, sería increíble.

—Claro. Vete a casa y descansa un poco.

Le di las gracias y salí. La vi desesperada abriendo uno de sus cajones. Probablemente para buscar algún antibacterial. Nada me importaba en ese momento, sólo quería salir de allí. Apagué mi laptop, tomé mis cosas y arrastre mi trasero fuera de ese edificio.

J E N N Y

—¿Dijo eso?

La boca de Carol se abrió. Mientras sostenía la copa de vino que había ordenado por ella. Ni siquiera esperé a que apareciera para hacerlo. Yo iba por la segunda copa.

Asentí con la cabeza apoyada en una mano.

—Ni siquiera intentó explicarlo. Estaba muy ocupado volviéndose loco por el bebé. ¿Sabes?

—¡Ese pedazo de mierda! —dijo ella.

Eran expresiones típicas de Carol, nunca se andaba con rodeos para decir las cosas. Normalmente me reía y le recordaba que estábamos en público, pero esta vez no me importaba.

—¿Cómo pude dejar que me engañara así? Me creía lo suficientemente inteligente como para enamorarme de un imbécil como él.

—¿De verdad te enamoraste? —preguntó ella. Vi la compasión escrita en su rostro y sentí un poco de lástima por mí misma.

—No lo sé. Tal vez sí. Pensé que estábamos a punto de llevar las cosas al siguiente nivel.

—Oh, cariño —ella puso una mano sobre la mía—. Sería capaz de matar a ese idiota por lo que te hizo —levantó la otra mano y pidió más bebidas. No me molesté en detenerla. De todos modos, mi día de trabajo oficialmente había terminado.

—Me pregunto cómo la novia se habrá enterado de ti.

—No lo sé y no me importa, pero me alegra que lo hiciera. Realmente me alegra. Me da escalofríos pensar que fui la otra mujer todo este tiempo —me estremecí al pensarlo.

—Lo superarás —dijo ella, asintiendo tan enérgicamente que sus elásticos rizos rojos temblaban en todas las direcciones—. Tampoco es tu culpa, así que no quiero oír nada de eso. No te metiste en esto para herir a nadie. Él te mintió. Pensabas que estabas empezando algo bueno. Nadie podría culparte por eso. Además —añadió con un guiño—: Ser la otra mujer no es el fin del mundo.

Parpadeé una vez, luego dos.

—Espera. ¿Qué?

—¿Qué? —preguntó ella, encogiéndose de hombros.

—¿Tú eras la otra mujer?

—¡Creí que conocías esa historia! —Se quitó la chaqueta, lo que era una pista de que la historia iba a ser buena, y luego le dio un giro suelto a sus rizos.

Me conformaba con esa historia, era la excusa perfecta para dejar de pensar en mi propia miseria.

—Bien. ¿Recuerdas a mi primer jefe en la agencia de publicidad?

—¿El que te recordaba a Jon Hamm en MadMen? —Puse los ojos en blanco, recordando las horas que tuve que escucharla hablando de lo genial que era y lo increíblemente afortunada que se sentía de tener un mentor tan brillante. Y, por supuesto, todo sobre lo guapo que era. Entonces, jadeé—. Espera. ¿Me estás diciendo que te acostaste con él? ¡Y no me lo dijiste!

Ella sonrió con suficiencia.

—Creía que me juzgarías.

—¿No lo habría hecho! ¡Lo juro por Dios! ¿Crees que soy esa clase de persona? —Le pregunté, horrorizada.

—Bueno, tal vez me estaba proyectando en ti. No lo sé. No lo sé. Creo que en el fondo me sentía culpable. Yo sabía que estaba casado, tenía la foto de su esposa en el escritorio —arrugó la nariz—. No quería que pasara nada, pero al final del día, me justificaba diciéndome que yo no le debía ninguna lealtad a ella. Yo no fui quien le puso el anillo en su dedo. Si él quería engañarla, era un problema entre ellos dos.

—Pero siempre me dijiste que acostarse con el jefe era un desastre asegurado.

—Lo es. ¿Por qué crees que me fui? —tomó un sorbo de su vino.

—¿Su esposa se enteró?

—Ni idea. Decidí dejarlo todo, y estar en el mismo espacio que él se volvió incómodo. Así que me fui, pero no fue un buen final.

—No puedo creer que hayas dejado pasar cinco años para contarme esto. ¿Qué más me has estado ocultando? —Me incliné hacia adelante, de repente, más interesada en su vida que en la mía.

—No te gustaría saberlo —sus ojos verdes brillaron.

—Sí. Me gustaría saberlo. Por eso te lo pregunto.

—¿Qué hay de ti? —contestó ella—. Siempre te pones temblorosa y nerviosa cuando menciono al amigo de Rich, Alex.

—Eso fue hace mucho tiempo —sentí la sangre subir a mis mejillas.

—¿Así que te acostaste con él, pequeña mentirosa! ¡Lo sabía!

—No estoy orgullosa de eso, créeme —dije, mirando alrededor, como si a alguien le importara nuestra conversación.

Todos en el lugar parecían demasiado ocupados con sus propias vidas como para interesarles la mía. Esa era una ventaja de vivir en la ciudad, rara vez, o nunca, la gente perdía su tiempo prestando atención a lo que sucedía a su alrededor. Había demasiada gente, demasiadas conversaciones.

—Cielos, no puedo imaginarme por qué —dijo con sarcasmo—. Vivía en el sofá de Rich en ese momento. Oh, Dios, por favor dime que no lo hicieron en ese sofá —cuando me retorcí y miré al suelo, gritó, agitando las manos—. ¡Oh, qué asco, Jen!

—Nos quedamos atrapados en el momento —dije, haciendo una mueca de dolor.

—Solía pasar el rato con Rich en ese sofá cada vez que Alex salía —dijo, con expresión de asco.

—Oh, por favor, dime que ustedes no lo hicieron allí.

—No después de que se mudara... —entrecerró los ojos, arrugando la nariz.

—¡Ay! ¡Antes! ¡Tuve sexo donde tú tuviste sexo!

Ella agitó sus manos frenéticamente, asqueada. El vino ya empezaba a hacer efecto y ambas nos disolvimos en risas. Agarró su segunda copa de vino, levantándola hacia mí antes de tomar un sorbo.

—¿Recuerdas a Bradford? —preguntó, poniendo los ojos en blanco, lo que afectó su fuerte acento al estilo WASP cuando dijo su nombre.

—Oh, él. Lo había olvidado. El imbécil creído.

—¿Recuerdas esa vez que trataste de llamarlo Brad? —se rió.

—Sí, y luego lanzó un monólogo de veinte minutos sobre el origen de su nombre y cómo se remontaba a la Revolución. Por cierto, hablando de él. Creo que está comprometido con una chica llamada Angelina o Muffy o algo así.

—¿Muffy? —Las dos nos reímos a carcajadas. Ambas sabíamos que ya era hora de ir más despacio. No fue tan gracioso, pero nos apoyamos una sobre la otra y no parábamos de reír.

—Creo que deberíamos comer algo —sugirió Carol, secándose las lágrimas de los ojos—. Necesito absorber todo este vino.

—De acuerdo.

Pedimos un plato de nachos fritos, que básicamente no eran más que nachos con papas fritas en lugar de sólo papas fritas. La obra de un genio, en pocas palabras.

—Vale, tengo que preguntar —se cruzó de brazos sobre la mesa, inclinándose hacia delante—. Sé que no quieres hablar sobre eso, pero ¿qué pasará con tu trabajo después de esto?

J E N N Y

—No me iré, si eso es lo que quieres saber —dije ferozmente.

—¿Estás segura de que puedes lidiar con eso?

—No es mi jefe. Es un departamento grande. No tengo que lidiar con él si no quiero. Todavía puedo ser profesional.

Ella frunció el ceño.

—Jenny. No es que seas inmadura o poco profesional, pero vas a necesitar tiempo para superar lo que pasó.

—Estaré bien. Me niego a dejar que me arruine las cosas. He trabajado muy duro para ganarme el respeto en ese trabajo, y estoy muy cerca de lograr ese ascenso —dije, mientras giraba el Pinot Grigio en mi copa—. No quiero que gane. Fue él quien mintió y engañó. Sé que seguirá con su vida como si nada hubiera pasado entre nosotros. Es así de inconsciente. Entonces, ¿por qué debería sufrir mi carrera si la suya no lo hace?

—Esa es mi chica —chocó su copa con la mía—. No dejes que ese imbécil determine el curso de tu vida. Tú eres quien tiene el control. Tú tomas las decisiones.

—¿Por qué me siento como si me topara con los mismos problemas una y otra vez? —Reflexioné.

—¿Qué quieres decir?

—Entre esto y la mierda con el comprador en mi edificio.

—Oh, eso —ella hizo un gesto de desdén con la mano—. Eso no significa nada.

—Pero ambas situaciones me recuerdan que hay gente en este mundo que piensa que pueden hacer lo que quieran. Que pueden forzar a los demás a salir de sus casas, o pueden engañar a su novia. Aunque esté embarazada.

—Por otra parte, hay gente como tú que es más fuerte y mejor que todos ellos. Saldrás ganando porque es donde perteneces.

—Tienes razón.

—¿Perdón? No te oí —se puso una mano alrededor de la oreja.

—¡Tienes razón!

—Como siempre.

Nuestros nachos llegaron, y en ese momento, no existía nada más importante en el mundo que ellos. Y más vino. Sin darme cuenta, la multitud del almuerzo se había ido y la multitud de la “Hora Feliz” empezaba a llegar. Después de acabar nuestros nachos, los seguimos con una orden de palitos de pollo. También habíamos consumido suficiente vino para hacer girar todo a nuestro alrededor.

—Se supone que debía volver al trabajo —murmuró Carol.

—Una de las ventajas de ser gerente —sonreí, apoyando la cabeza sobre mi mano.

Todo fue increíble. Estaba de muy buen humor. Tenía a la mejor amiga del mundo, tenía un gran apartamento, tenía una gran vida en la mejor ciudad del mundo. La vida era hermosa desde donde yo estaba sentada.

Luego me levanté y las cosas dejaron de ser tan bonitas. Me di cuenta, que había pasado toda

la tarde sentada en un solo lugar. No tenía idea de lo borracha que estaba hasta que me levanté de esa silla.

—Mierda, estoy borracha —oí como arrastraba mis pies.

Intenté acomodar mi paso, pero por supuesto, eso sólo empeoró las cosas.

—¿Quieres que tome un taxi contigo? —Carol preguntó.

—No. Estamos en direcciones opuestas —dije, tropezando con la puerta.

Me reí de mí misma, y luego me odié por hacerlo. No me gustaba emborracharme tanto cuando estaba fuera de casa. Si estuviera en casa de un amigo donde pudiera dormir, genial. De lo contrario, siempre trataba de mantenerme alerta. Pero por otra parte, normalmente no te enteras de que el tipo con el que estabas lista para dar el siguiente paso siempre fue un mentiroso y acababa de embarazar a su novia. Fue un gran día de primeras veces para mí.

Logré dar mi dirección justo después de entrar en el taxi, lo que para mí fue un buen paso. El viaje a mi edificio fue un poco borroso, durante el cual cerré los ojos y apoyé la frente contra la ventana repetidas veces. Ya me imaginaba llamando a la oficina la mañana siguiente diciendo que tenía un virus estomacal de larga duración. Probablemente sonaré como el demonio cuando llame a Deniss, así que eso será una ventaja.

Sólo había un problema. Cuando llegué a la entrada del edificio y busqué las llaves en mi bolso, mi mano no tocó nada que se pareciera a unas llaves.

—¿Qué demonios? —Murmuré, y finalmente me senté en los escalones con el bolso abierto.

Usé la linterna de mi teléfono para buscar mejor. Borracha e impaciente, volteé mi bolso. Billetera, maquillaje, pañuelos de papel, mentas...

Entonces recordé que esa mañana puse las llaves en mi escritorio, después de haber usado la eléctrica para entrar al edificio. Y nunca las volví a recoger.

—¡Mierda! Qué idiota —maldije, llevando mis manos a la cabeza—. ¡Maldita sea! ¿Qué haré ahora?

Me quedaría allí borracha sin poder entrar en mi apartamento.

JENNY

Sentada en la entrada, sintiéndome más borracha que nunca, intenté pensar qué hacer. No podía entrar al edificio, y mucho menos a mi apartamento. La idea de subir por la escalera de incendios y entrar por la ventana de mi habitación se me ocurrió, pero, si ni siquiera era coordinada estando sobria, en definitiva, no era una buena idea con esa suprema borrachera.

Ese era probablemente el peor día de mi vida en años, y seguía empeorando. Estuve peligrosamente cerca de cruzar la línea de borracho divertido a borracho deprimido; bueno, en realidad no, ya estaba en plena transición.

Me recosté de la barandilla de piedra con un suspiro. ¿Por qué yo?

¿Debería llamar a Carol y pedirle que me reciba en su casa? Temía la idea del viaje en taxi hasta su casa. Decidí llamar al supervisor del edificio pero en mi estado de ebriedad no podía recordar su número y no le encontraba sentido a mi lista de contactos en ese momento. Por un instante creí que el Universo me estaba viendo como el sujeto de un show de bromas intergalácticas. Mi episodio sería todo un éxito.

—Hola.

Abrí los ojos y luego los entrecerré buscando concentrarme en la figura que estaba al pie de los escalones. Cuando logré ver con claridad, sentí como mi estómago se hundió.

Sí, ya no me quedaba ninguna duda. Definitivamente era el blanco de un show de bromas en ese momento y todos se estaban riendo de mí. Porque era él. Mi vecino. El señor “*mi mierda no apesta*”.

Por supuesto, se veía tan impecable como en la mañana, sólo que esta vez no llevaba la corbata y su camisa estaba abierta en el cuello. En otras palabras, justo cuando pensé que no podía ponerse más ridículamente guapo, me mostró lo poco que sabía.

—Hola —dije, guardando mis cosas en el bolso. Intentando recoger mi dignidad.

—¿Necesitas ayuda con algo?

—¿Te parece que necesito ayuda?

—¿Realmente me estás haciendo esa pregunta?

Me pareció ver una sonrisa en su cara. Aún así, no sabía si se estaba riendo de mí por ser malo, o sólo porque le parecía gracioso mi desastre. No había demostrado ser un buen tipo hasta ese momento.

—Sólo quise sentarme aquí afuera un rato —le expliqué.

—¿Para despejar un poco la cabeza? A mí también me ayuda, sobre todo después de haber bebido demasiado.

—Guau —dije, con los ojos bien abiertos—. ¿Muy crítico, no?

—¿Disculpe?

—Sólo asumiste que había bebido demasiado.

—No fue una suposición.

—Me estás juzgando.

—Puedo oler el alcohol que emanas desde aquí abajo.

—No puedes hacerlo —puse una mano delante de mi boca y soplé sobre ella para oler mi

aliento—. Sí. Probablemente si puedes.

—Y no estoy juzgando. No eres la primera chica a la que encuentro así.

—Oh, estoy segura de que sí —dije, poniendo los ojos en blanco.

Me apoyé en la barandilla de nuevo. Qué demonios. Sabía que estaba borracha. Ya no me importaba.

—No es así —comenzó a subir los escalones, lentamente—. Es Nueva York. Todo lo que tienes que hacer es pasar el sábado por la noche frente a un club. Cualquier club —se sentó a mi lado, apoyando los antebrazos sobre sus rodillas y añadió—: Te daría cien dólares por cada chica que saliera con los zapatos en los pies en vez de en las manos.

No quería reírme. Menos para darle esa satisfacción. Pero lo hice, resoplando fuerte. Eso también le hizo reír. Tenía una linda risa.

—Tendré que aceptarlo —le dije.

—Deberías. De seguro no perderé mucho dinero —miró a su alrededor y continuó—: Entonces, ¿no tienes como entrar?

Asentí.

—Dejé mis llaves en el trabajo.

—Y luego te bebiste unas cuantas botellas de vino.

Levanté mi dedo índice y lo apunté.

—Eso suena bastante crítico para una persona que no me está juzgando.

—Pero es un hecho muy probable —se sacó un elegante teléfono del bolsillo de su pantalón—. Llamaré al supervisor por ti.

—¿Lo harás?

No podría explicar por qué eso me conmovió de la manera que lo hizo, pero me emocioné por la oferta. Todavía existía gente amable en el mundo.

—Claro, no hay problema —me miró fijamente—. Por cierto, soy Fran. Fran, abreviación de Franco.

—Soy Jenny Young.

Hizo la llamada. Le escuché pedirle a alguien que viniera. Luego asintió varias veces y colgó.

—Jenny Young, me parece que esta no es tu noche. Lamento decirte eso.

—¿Por qué? — Me quejé, echando la cabeza hacia atrás.

—El supervisor está en un acto escolar de su hijo, y no sale hasta las diez.

—¿Hasta las diez? —miré mi reloj— ¿Tres horas?

—Es una buena señal que aún puedas hacer matemáticas básicas.

—Ugh.

No podía creer mi suerte. De verdad que no podía.

—¿No hay posibilidad de volver al trabajo para recoger las llaves?

Fruncí el ceño mientras lo pensaba. Mi llave eléctrica también estaba en ese llavero y el edificio era completamente seguro por la noche.

—No. Tampoco tengo mi llave para entrar a la oficina.

Fran se quedó sin aliento.

—Bueno, sólo hay una cosa por hacer.

—¿Qué?

—Puedes esperar en mi casa, si quieres. Son sólo tres horas. No es una tragedia.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —Lo miré de reojo, incrédula.

—¿Crees que te lo ofrecería si tuviera algo mejor que hacer?

—Así que si tuvieras algo mejor que hacer, me dejarías sentada aquí afuera.

Sonrió con suficiencia.
—Probablemente. Vamos.

JENNY

Estaba decidida a valerme por mí misma y conservar la poca dignidad que me quedaba, o eso quería creer. Lo que no tenía, era coordinación. No podía hacer que mis piernas funcionaran. Lo oí suspirar y luego sentí sus manos agarrar mis bíceps mientras me levantaba. Me sorprendió la facilidad con la que lo hizo.

Cuando entramos en el ascensor, me apoyé contra la pared y lo miré abiertamente. A la luz, se veía aún mejor de lo que se veía en la oscuridad.

—¿Qué? —Preguntó, mirándome por el rabillo del ojo.

Era al menos medio pie más alto, aunque yo estaba en tacones.

—¿No crees que es raro? ¿Alguna vez se siente raro para ti?

—¿Qué es lo que se siente raro?

—Ser las únicas dos personas viviendo en todo el edificio.

—En realidad no.

—No te rendirás ante esos bastardos, ¿verdad? Compraron a todos los demás, pero no pueden comprarnos a nosotros. Nos mantendremos firmes y lucharemos contra ellos hasta el final — declaré dramáticamente.

—Hasta el final —respondió, mientras me miraba fijamente.

—Me desperté esta mañana y me sentía como en una de esas películas de desastres donde sólo quedan unas pocas personas.

—Como *The Stand*.

—Oh, sí, esa película es horrible.

—Terrible —estuvo de acuerdo—. El libro es mucho mejor.

—¿Pero sí entiendes lo que quiero decir?.

—Sí, lo entiendo —sonrió—. Bueno, al menos no estás totalmente sola. De lo contrario, aún estarías sentada en los escalones.

—Eso no lo sabes. Conozco gente en el vecindario.

Las puertas se abrieron, y Fran salió con una sabia sonrisa.

—¿A quién?

—A Joe, por ejemplo.

—¿Joe qué? Y no digas que se apellida Smith.

—No, no iba a hacerlo.

Salí del ascensor haciendo mi mayor esfuerzo por ir en línea recta mientras caminábamos por el pasillo.

—Así que no conoces a nadie en el vecindario. Sólo admítelo. No es un crimen. Esto es Nueva York. Sería raro si lo hicieras.

—Vale, lo admito —me apoyé contra la pared mientras Fran abría la puerta.

Sonrió.

—Así que ahora mismo soy tu único salvador.

—Podría sentarme frente a mi puerta durante las próximas tres horas.

Se detuvo antes de abrir la puerta.

—Tienes razón. Nos vemos.

—No, no. Vamos. Sólo estaba bromeando.

Sonrió -tenía una sonrisa muy, muy hermosa- y abrió la puerta.

—Whoa —dejé caer mi bolso justo al otro lado de la puerta, aturdida por lo que estaba viendo ahora—. ¡Esto es más grande que mi casa! ¿Cuántas habitaciones tienes?

—Umm, ¿tres?

Caminé por toda la sala, pasando mis manos por encima de los muebles. Todo nuevo, todo muy bonito. Mis muebles eran de Ikea o Goodwill. Los suyos seguramente habían salido de una tienda de muebles más grande, y encajaban perfectamente.

—Vaya. Tu sala de estar es el doble de grande que la mía. Tal vez el triple. ¡Y tu vista!

—Sí, es muy bonita.

—Mi vista es del callejón trasero. Ya veo por qué no quieres irte. Yo tampoco lo haría. Esto es más que agradable. Esto es increíble.

Podía ver toda la calle por las ventanas de su sala, sin mencionar el horizonte de la ciudad sobre los tejados de enfrente.

—Es bonito —dijo otra vez—. Me gusta la zona —se detuvo, me miró y luego añadió de forma significativa—: Y el paisaje.

Su comentario voló sobre mi cabeza por un segundo mientras estaba de pie junto a la ventana, pero cuando entendí el contexto de sus palabras, sentí como mis mejillas se enrojecieron.

—¿Entonces cómo es que nunca has sido muy amable conmigo cuando nos hemos encontrado antes? —pregunté, girándome hacia él.

Se deshizo de la chaqueta de su traje, lanzándola descuidadamente sobre el respaldo de un sillón de cuero. Pude ver el tamaño de sus hombros y bíceps a través del corte de su camisa blanca. Mi estómago revoloteó un poco... considerando la cantidad de comida y bebida que había en él. Siempre había sido una chica a la que le gustaban los hombros grandes y sólidos, y los suyos eran impresionantes. Todo en él era impresionante, ahora que lo pienso.

—No siempre soy bueno con los extraños —admitió—. Y normalmente me pierdo en mi propia cabeza cuando estoy solo.

—No lo entiendo.

Sonrió, moviendo la cabeza.

—Quiero decir, normalmente estoy distraído. Tengo un millón de cosas sucediendo en mi cabeza todo el tiempo. Eso es todo. La gente me toma por insolente cuando en realidad estoy... inconsciente, por decirlo de alguna manera. No es algo de lo que esté orgulloso.

Lo miré de arriba a abajo, tratando de descifrar si era sincero o no. Luego me di por vencida, ya que no podía juzgalo en mi condición, además, su sonrisa y sus hoyuelos me distraían demasiado.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó.

—¿Tienes algo de vino? —me iluminé.

—Sí, pero estaba pensando que el agua podría ser una mejor idea para ti. Sin ofender, pero me gustan mis muebles sin vómito.

Estaba a punto de protestar cuando un desagradable eructo subió por mi esófago. *Oh, que sexy.* Iba a entrar en pánico pero me las arreglé para mantener la boca cerrada, apartando la cabeza de su dirección.

—Sí —estuve de acuerdo después de eso—. El agua me vendría bien.

Lo vi entrar en la cocina abierta, que también era tres veces más grande que la mía. Era muy elegante, todo negro y cromado. Muy masculino. Me preguntaba cuánto trabajo le habría tomado

dejarla así. Habría preguntado, pero la visión de su trasero apretado era más interesante en ese momento. Estaba inclinado sacando dos botellas de agua de una sección baja de su refrigerador.

Deseaba que el supervisor tardara toda la noche en llegar.

JENNY

—Ven. Siéntate —Fran se sentó en el sofá de cuero negro, y luego acarició el lugar junto a él —. Descansa un poco. Estoy seguro de que tus pies te están matando con esas cosas.

—¿Estos? Probablemente sean mis zapatos más cómodos —me miré los pies.

—Imposible.

—No lo es. Créeme, tengo otras mucho más altas.

—Ahora suenas como si estuvieras alardeando.

Levantando una de sus piernas, apoyó su tobillo en la rodilla de la otra, con un aspecto completamente relajado, pero al mismo tiempo con un calor que derrite las bragas de cualquier mujer. Si la botella de agua que tenía en la mano hubiera sido un Martini, podría hacerse pasar por James Bond. Era abrumadoramente encantador.

—No estoy alardeando. Sólo hacía un comentario sobre mis zapatos —me hundí agradecida sobre el suave cuero del sofá—. Oh, Dios. Esto es muy, muy cómodo —dije con entusiasmo.

—Sí, es cómodo —dijo, con una sonrisa de satisfacción.

Señalé la enorme pantalla plana que ocupaba la mayor parte de la pared opuesta.

—¿Cuánto cuesta algo así?

—¿Siempre preguntas el precio de las cosas cuando visitas el apartamento de alguien por primera vez?

—No, pero balbuceo incesantemente.

—Ya veo —miró la televisión—. Fue un regalo, en realidad.

—¿Un regalo? —Parpadeé—. ¿Quién demonios da regalos así?

—Un cliente agradecido.

Miré de nuevo la televisión, donde ambos nos reflejábamos.

—¿Acaso tu cliente es un Rey? ¿Un príncipe árabe? ¿Un capo de la droga mexicano?

Echó su cabeza hacia atrás riendo a carcajadas. Tenía una gran risa, profunda y resonante.

—No. Es aún más rico que eso, en realidad.

—Sin ánimos de alardear ni nada —le devolví el disparo, pero lo estropeé con una risita estúpida. Trate de contenerme, pero era como si mi boca tuviera mente propia.

—De hecho sí lo hago —me miró con seriedad.

Incliné mi cabeza a un lado, esta vez viéndolo con otros ojos.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo con gente rica —dio un sorbo de su botella de agua, dando por finalizado ese tema de conversación, obviamente.

No podía pensar con claridad mientras estaba tan cerca de él. Tenía una masculinidad tan intensa que era difícil resistirme.

Crucé mis piernas en su dirección.

—Así que, Fran. ¿Qué debemos hacer para pasar el tiempo hasta que llegue el supervisor?

Me miró por el raballo del ojo, y no estaba segura de si había visto una sonrisa picara a lo largo de las comisuras de su boca.

—Vaya, no lo sé. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

No esperaba que volviera a lanzar la pelota en mi dirección de esa manera. No tenía una línea de seguimiento. Estaba oxidada con el coqueteo. Traté de recordar cómo Valentin y yo empezamos lo nuestro.

Valentin.

Todo volvió de repente y sin poder controlarlo mi barbilla comenzó a temblar.

—Oye... ¿Estás bien? —Fran parecía alarmado.

—Sí, estoy bien.

Sólo la palabra “bien” salió en un sollozo fuerte. El muro de contención se rompió, y todo el dolor acumulado y la decepción del día salieron de mí.

—¡Jesús! —le oí decir—. ¿Qué pasó?

Me dio una caja de pañuelos. Traté de agradecerle, pero estaba ahogada en llanto.

—Mi... novio... mi... mi... ex-novio —dije amargamente.

—Ohhhh. ¿Es por eso que saliste y te emborrachaste?

Asentí con la cabeza y me soné la nariz. Sonaba como un cruce entre un remolcador y una trompeta.

—Nosotros... estuvimos saliendo por más de un mes. Creía que pasaríamos al siguiente nivel —suspiré tristemente.

—Eso apesta.

—Eso no es todo —solté con lamento.

Ya ni siquiera me importaba si parecía una idiota. Había empezado, y nada me detendría.

—¿Cuál es el resto? —preguntó.

Puso su mano en mi espalda. No me frotaba, ni me daba palmaditas. Sólo sentía su gran mano caliente sobre mi espalda. De alguna manera, eso fue suficiente. Era reconfortante, en realidad.

—¡Tiene novia!

—Oh, que bastardo.

—Y está embarazada.

—Whoa.

Asentí con empatía.

—Estaba en el trabajo cuando recibí un correo electrónico de ella y una foto de la ecografía de su bebé. Todavía no puedo creer como nunca sospeché que yo era la otra mujer —me lamenté inconsolablemente y apoyé mi cabeza en su hombro.

—No es tu culpa, Jenny —me calmó.

No podía mirarlo a la cara por mi posición, y aunque lo hiciera no podría verlo por las lágrimas en mis ojos, pero se sentía increíblemente bien estar tan cerca de él, tanto que podría haberme quedado allí para siempre.

—No hiciste nada malo.

—Aún no te digo la peor parte —hipé.

—No me digas que tú también estás embarazada.

Me quedé sin aliento.

—¡Oh, Dios, no!

—Entonces nada puede ser tan malo.

—Es mi jefe.

—Oh, Jesús.

JENNY

Asentí y suspiré.

—No es mi jefe directo, pero es un gerente y tengo que verlo todos los días. Odio haberme involucrado con alguien en el trabajo, sólo la gente estúpida hace eso —miré a Fran a través del velo de lágrimas—. No soy una persona estúpida. Lo juro, no soy estúpida. Tienes que creerme. Es sólo que tengo el corazón roto.

—Te creo —su sonrisa era amable, incluso dulce.

Me limpié los ojos. Sentí que lo peor había pasado, lo que era un alivio

—¿Te sientes un poco mejor? —Preguntó.

—No es justo —murmuré.

—¿Qué no es justo?

—No puedes ser tan guapo y un buen tipo a la vez.

—¿Guapo? —Se inclinó, acercándose un poco más a mí, pero luego retrocedió, añadiendo—: No pienso eso de mí.

—¡Oh, vamos! —grité indignada—. ¿Tu espejo está roto? ¿O eres miope?

Se rió. El sonido causó otro extraño mariposeo en mi estómago

—Mi estómago está revoloteando.

—No te vas a enfermar, ¿verdad? —preguntó ansioso.

No podía creer que me hiciera reír cuando me sentía completamente destrozada, pero lo hizo. Intenté aguantarlo, pero antes de darme cuenta ya me estaba riendo como una hiena. No podía parar. Me miró fijamente.

—Ugh. Soy la peor —tapé mi cara con las manos— Estoy haciendo lo mismo que esa chica.

—¿Esa chica? ¿Qué chica?

Su mano estaba en mi espalda otra vez. La frotaba de un lado a otro, no de forma sexy, no como si se me estuviera insinuando. Sólo de una manera amistosa. Fue algo increíble, sin embargo.

—La que toma malas decisiones. La que se emborracha y hace cosas estúpidas, como irse al apartamento de un extraño y llorar como una idiota mientras cuenta todos sus estúpidos problemas. Que patética.

—¿Te sentirías mejor si te dijera algo estúpido sobre mí?

Lo miré a través de mis dedos abiertos.

—Oh, por favor. Como si tuvieras alguna historia vergonzosa.

—Soy un ser humano. Todos tenemos historias vergonzosas —hizo una mueca de dolor.

—Bueno, entonces, sí —me enderecé, empujando mi cabello atrás de mis hombros de forma descuidada—. Por favor. Tranquilízame con tu vergüenza.

—Uh, veamos. Cuando era niño, jugué al fútbol sala durante dos temporadas. No era totalmente atlético en ese entonces. Era como una especie de nerd, por así decirlo.

—Mentira... mierda —dije.

De ninguna manera, este tipo nunca fue un nerd. Ni siquiera en una vida pasada.

—Lo era. Podría mostrarte algunas fotos trágicas de la escuela.

—Te tomo la palabra.

—De todos modos —continuó—: Nunca había marcado un gol antes, y de repente el balón llegó a mi camino. Estaba muy emocionado porque el camino estaba despejado, así que lo pateé. Me sentía como una estrella del fútbol, un dios viviente, ¿sabes? Me refiero a animar al público, agitando los brazos, todo eso que hacen los jugadores al meter un gol. Sólo que nadie más en mi equipo estaba celebrando.

Jadeé y me tapé la boca con las manos.

—Oh, no. Marcaste para el otro equipo ¿verdad?

Asintió, frotándose su frente con la mano.

—Sí. Metí el gol en mi propio arco. Tomó años que lo olvidaran eso .

Incliné mi cabeza hacia atrás.

—Me lo puedo imaginar. Realmente es algo muy vergonzoso.

—¿Ahora si me crees que era un nerd? —dijo riendo.

—Eras un nerd —lo acepté.

Aunque en secreto, él era un dios del sexo en mi mente, pero ahora que lo estaba conociendo, había resultado ser totalmente lo opuesto a lo que yo imaginaba. No había nada más sexy que un hombre que pudiera reírse de sí mismo. Me tranquilizó, hizo todo lo posible para que me sintiera mejor. Y aparte de todo eso, estaba divino.

—Tal vez deberías mover tu cama —dije de repente.

—¿Qué?

—Puedo oírte teniendo sexo —susurré. Sus ojos crecieron al doble de su tamaño. De cerca, sus pestañas eran más largas que las de un camello—. La cabecera hace un ruido horrible —agregué.

Cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿El ruido te mantiene despierta? —preguntó, con los ojos llenos de diversión.

—No. Uso taponos para los oídos, pero una vez un cuadro se cayó de la pared y me golpeó la cabeza —dije con frialdad.

Sus labios se curvaron en una lenta y sexy sonrisa. Fue como ver un video acelerado de un capullo floreciendo. No podía dejar de mirarlo.

JENNY

Tal vez fue el vino. Tal vez fueron todas las emociones. El sentirme maltratada y vulnerable, o tal vez fue sólo esa sonrisa provocativa lo que hizo que me ardiera la piel de tanta lujuria. No importaba la razón, me incliné y lo besé antes de que pudiera pensarlo dos veces.

—¡Mmph! —Lo tomé por sorpresa, claramente.

Se puso tenso con mi movimiento repentino, pero eso sólo duró una fracción de segundo. De repente me devolvió el beso mientras yo sostenía sus mejillas enrojecidas entre mis manos. Sus labios eran suaves y fuertes al mismo tiempo.

Sus brazos se deslizaron alrededor de mi cintura apretándome con fuerza hacia él. Me dejé llevar. Su lengua se deslizaba sobre mis labios. En un gemido, los abrí, y su lengua entró buscando la mía. Mordía y chupaba mi labio inferior. Jadeé, y de repente el beso cambió. Ya no se trataba de explorar, sino de llevar. Mi boca fue aplastada posesivamente. Estaba aturdida. Solté su rostro, bajando mis manos en busca de sus poderosos hombros y músculos de acero, mi cerebro casi explotaba de placer y asombro ante su cuerpo.

Nunca me habían besado así.

Algo dentro de mí se rompió, y perdí el control. Le seguí su beso intenso, y metió su lengua en mi boca. La chupé sin pensarlo. Esto era lo que siempre había querido. Tropezando, me subí en su regazo, me senté a horcajadas sobre él y lo abracé rodeando su cuello. Sentía sus manos acariciando mi espalda hasta llegar a mi trasero. Gemí, metiendo mi lengua en su boca.

Los dos jadeábamos desesperados.

Me acerqué más y sentí su gruesa dureza justo en mi centro donde palpitaba por él. Moví mis caderas contra él, rozándolo. La lujuria era increíble.

Gruñó, agarrándome la parte de atrás de la cabeza con una mano, enredando sus dedos en mi cabello. Nuevamente tomaba mi labio inferior, lo chupaba y mordía suavemente, haciéndome soltar un largo suspiro. El movimiento de mis caderas nunca se detuvo; todo lo contrario, mi balanceo se aceleró a medida que el dolor entre mis muslos se hacía más urgente. Su mano libre se deslizó bajo mi falda, apretando mi trasero. Gemí, echando la cabeza hacia atrás, lista para perderme en él.

El timbre de la puerta y una voz al otro lado de la puerta nos interrumpió.

—¿Hola?

La campana volvió a sonar.

—¡El súper!

—Tienes que estar bromeando —murmuró Fran.

Salté de su regazo, inesperadamente avergonzada. ¿Qué pasó con las tres horas? Fran, se puso de pie haciendo un rápido ajuste debajo de su pantalón antes de abrir la puerta.

—Muchas gracias —le oí decir—. Significa mucho para nosotros que hayas venido tan pronto —voltee mi cara, así el hombre en el pasillo no vería lo caliente y agitada que estaba.

—No hay problema —le dijo a Fran—. Mi hijo tuvo miedo escénico, no se presentó, así que nos retiramos temprano. Que tenga una feliz noche —lo oí alejarse cuando Fran cerró la puerta.

Me quería morir. ¿En qué demonios estaba pensando, cogiéndome a un completo extraño? Un

divino extraño. Un forastero sexy. Pero un extraño con quien compartía piso. ¿Por qué no había aprendido mis lecciones la primera vez? Ahora tendría que evitar a Valentin en el trabajo y a Fran en casa.

—Tu llave —murmuró. Estiré la mano, esquivando su mirada, y sentí el metal frío caer mi palma. Mi cuerpo ardía tanto que me sentía como chuleta de cerdo en la barbacoa.

—Debería irme —susurré.

Recogí mis pañuelos usados, mi bolso y salí rápidamente.

—Espera —dijo Fran, pero lo ignoré.

Entré a mi apartamento y cerré la puerta detrás de mí. Sin pensarlo. Fui directamente al dormitorio, me tiré en la cama y me desmayé.

FRANCO

—Eso no me lo esperaba —dije, mientras miraba la puerta cerrada.

El calor de su cuerpo había desaparecido, pero todavía podía sentir la dulzura de sus labios en mi lengua. Su olor persistía en mi camisa, inundando mis sentidos. Mi pene seguía tan duro que dolía, y todo mi cuerpo ardía con una necesidad imperiosa de deslizar mi mano bajo su falda y tocar su suave piel de nuevo. Me empujaba el impulso de seguirla hasta su casa y terminar lo que habíamos empezado.

Espera un segundo... ¿en qué demonios estaba pensando?

Lo último que necesitaba era follarme a mi vecina. Dios mío, imagina en nivel de complicación. No, indiscutiblemente no. Incluso la idea me dio escalofríos.

Lo supe desde el primer momento en que la vi hace un año. Sabía que era problemática, y por eso siempre evité acercarme a ella. Pero no conocía la magnitud de los problemas hasta hace unos minutos.

Maldita sea, maldita sea. ¿Por qué tuvo que quedarse afuera esta noche?

Exhalé. Lo que necesitaba era un trago fuerte.

Una botella de whisky me esperaba en el bar. El primer trago me ayudó a dejar mis pensamientos primitivos y volver a la realidad.

En este momento no había lugar para relaciones o compromisos en mi vida. Necesitaba concentrarme en los negocios. Una mujer así sería pura distracción, el tipo de distracción que puede volver loco a un hombre. Ya tenía bastante con todo lo que estaba viviendo. Debía marcar distancia. No más contacto con ella.

El segundo trago me ayudó a recordar que vivía en una ciudad con un sinnúmero de mujeres a mi disposición. Sí, ella era extremadamente sexy y tenía los ojos azules más hermosos que jamás había visto, pero no era irremplazable. Nadie lo era. Necesitaba mujeres como la de anoche. Mujeres que no me hicieran querer más que una noche con ellas.

Me preguntaba incómodamente qué me llevó a contarle sobre el partido de fútbol. Nunca le había contado a nadie esa historia. Seguramente era del tipo de persona que sin esfuerzo te engaña y envuelve para que te abras a ella y cuentes todas tus desagradables experiencias.

Sólo tenía que mantenerme alejado. No se quedaría mucho más tiempo. Estaba peleando una batalla perdida. Sabía cómo funcionaban estas cosas. Las ofertas se iban a volver más y más tentadoras. Un día darían con su precio y se iría, igual que el resto de la gente en el edificio. Era sólo cuestión de tiempo. Después de eso, no la volvería a ver.

Mi teléfono sonó. Lo saqué y fruncí el ceño cuando vi quién era. *Regla número uno: Nunca des tu número de teléfono a cualquier persona.* Pero Bridget era inteligente. Ella conocía a mi familia, así que engañó a mi madre con la historia de “*Dejé los pendientes que me regaló mi abuela en su casa*”. Mi madre confiada le dio mi número. *Regla número dos: No te acuestes con gente que conocen a tu familia.*

—Hola, Bridget.

—¡Hola! —gritó entusiasmada.

Eso acabó con mi erección. Gracias, Bridget.

—Estoy ocupado —le dije, mirando mi apartamento vacío—. ¿Necesitas algo?

—Tú. Te necesito —ronroneó.

Sentí pena por ella. Nos habíamos divertido juntos hace un tiempo. ¿Por qué tenía que haber más que eso?

—No quiero ser un imbécil, Bridget, pero ya hemos hablado sobre esto.

—Lo sé, pero no hay nada que diga que no podamos volver a divertirnos, ¿verdad?

Su voz era casi un susurro. Quizás creía que se escuchaba seductora. Si supiera cuántas veces he oído esa frase, lloraría hasta quedarse dormida.

—En realidad, sí, la hay. No sería divertido para mí.

—¡Oh! Deja de ser tan malo, Franco.

Odiaba a las mujeres que me llamaban Franco. La imaginaba sentada en su apartamento al otro lado de la ciudad, haciendo pucheros mientras giraba un mechón de su cabello rubio alrededor de su dedo, tratando de averiguar cómo atraparme.

—No quiero sonar como un imbécil, pero sigues poniéndome en una posición bastante incómoda.

—No te enojas conmigo —su voz se rompió en un sollozo.

Oh, por el amor de Dios. Mujeres. Todas estaban locas.

Respiré profundamente.

—No estoy enojado —dije con toda la calma que pude—. Eres una chica hermosa. Tienes mucho para ofrecer. Seguramente hay un montón de tipos ahí afuera que estarían encantados de tenerte.

Me serví un tercer trago.

—Pero te quiero a ti, Fran. Eres el único que me hace venir así —se rió como una niña.

—Es un buen cumplido —dije.

Caminé al dormitorio, llevaba el vaso en la mano libre, me senté en la cama y me quité los zapatos. Se suponía que me iba a encontrar con unos amigos para cenar, pero me lo perdí mientras esperaba a que llegara el supervisor. Me tocaría pasar la noche según lo decidiera mi suerte.

—Es la verdad —insistió.

—Te creo —mentí, guardando mis zapatos.

Me gustaba el orden y la limpieza. En todas las áreas de mi vida.

—Entonces, ¿por qué sigues alejándome?

Realmente no necesitaba este tipo de molestias en mi vida. Hice una nota mental para recordarle a mi ingenua madre que nunca más le diera mi número de teléfono a ninguna mujer, incluso si decían que habían dejado toda su colección de joyas en mi habitación.

—No te estoy alejando. Sólo te estoy recordando mi punto de vista sobre esto. Disfruté el tiempo que pasé contigo, pero como te dije antes, no estoy en el mercado para algo más que sólo sexo casual —dije cansado.

—Tenía la esperanza de que cambiaras de opinión, supongo.

—Lo siento, Bridget.

—¿Y si sólo me das una oportunidad?

No debió ni molestarse en preguntar eso. No tendría una oportunidad ni en el infierno. Era celosa, pegajosa, necesitada y estúpida. Ahora, la bomba sexy que tenía por vecina, sí. Con ella sería una historia totalmente diferente. Es del tipo de mujeres con las que quieres crear recuerdos.

¡Dios, tengo que dejar de pensar en ella!

—Mira... —comencé.

—Por favor —me suplicó.

Me sentía como un idiota, y no me gustaba sentirme así. Maldita sea, todo esto era gracias a mi madre y su corazón sangrante.

—Deberías considerarte afortunada de no tener una relación conmigo. Soy un imbécil. Siempre estoy trabajando. No recuerdo cumpleaños ni aniversarios. Incluso olvidé la Navidad del año pasado.

—Lo siento por ti —dijo ella.

—¿Qué? —casi se me cae la bebida al suelo.

—Dije que lo siento por ti —gritó furiosa—. Soy una buena persona, y tengo mucho que ofrecer, pero no me dejas entrar en tu vida. Sólo tienes todas esas excusas de mierda del por qué no puedes estar en una relación. Nunca sabrás lo buena persona que soy.

Por primera vez desde que la conocí, sonaba como una persona real en lugar de una aspirante para doble de Marilyn Monroe.

—Mira... realmente estoy muy ocupado.

—Oh, sé que estás muy ocupado. Qué gran problema —el sarcasmo goteaba de su voz. Esto ya era más que molesto. Daría un último de mí por el bien de nuestras familias.

—No serías feliz conmigo, Bridget. No bromeaba cuando te dije eso.

—Tú tampoco serás feliz. Nadie es feliz cuando la única relación estable que tiene en la vida es con su asistente.

—Muy bien. Gracias por llamar.

Tuve que colgar, o de lo contrario le habría dicho algo para joderla de verdad.

—Lo siento, madre —murmuré y bloqueé su número.

Volví a la sala de estar y me dejé caer en el sofá. Tomé el control remoto y acordé de Jenny preguntándome cuánto costaba la televisión. Me sonreí a mí mismo.

Era extraño estar sentado ahí solo, sabiendo que ella estaba al otro lado del piso. Todo lo que tenía que hacer era ir y llamar a su puerta para poder tenerla. Por otra parte, había una buena posibilidad de que estuviera vomitando las tripas en ese momento. Nada sexy.

Pensé en el imbécil que la engañó. Ella no lo sabía, pero tuvo un escape afortunado. Levanté mi copa en un brindis silencioso por ese idiota de mierda que le rompió el corazón. Se merecía estar atado a un mocoso gritón.

Ví algo de televisión, pero estaba distraído. No podía dejar de pensar en ella. Qué desafortunado que fuera mi vecina. Caminaba inquieto por mi apartamento. Pensé en visitar mi salón favorito, pero no tuve el ánimo de vestirme y salir de nuevo. Finalmente, decidí acostarme temprano. Definitivamente no era la forma en que normalmente pasaba un lunes, o cualquier noche.

Mientras me inclinaba en mi cama para apagar la lámpara de cabecera, algo gracioso sucedió. Recordé que sólo una pared me separaba de ella, eso me provocó una erección instantánea. Su boca era tan suave y voluptuosa. Y ese trasero increíble. Redondo y lleno y...

Basta, Fran. Basta ya.

Cerré los ojos y me obligué a pensar en otra cosa. Con un poco de suerte, no la volvería a ver.

JENNY

Mi primer pensamiento consciente al despertar fue el profundo deseo de morir para terminar con esto. Mi cabeza palpitaba como si tuviera un pájaro carpintero adentro. Ni siquiera había abierto los ojos, pero el resplandor se sentía como si estuviera en la azotea del edificio viendo hacía al sol.

¿Por qué diablos no había cerrado las persianas? ¿Por qué aún estaba tan borracha?

Me tapé la cabeza con el edredón, pero eso no sirvió de nada, significaba tener que oler mi propio aliento y era asqueroso. Recordaba vagamente haber vomitado dos veces durante la noche, sin tener la voluntad para cepillarme los dientes después. Tenía la esperanza de que al menos hubiera logrado llegar al baño esas dos veces. Pero ¿quién lo sabía? Tal vez había decidido dejarme esa sorpresa. Pobre de mí, y con resaca.

Eso era malo, hasta que recordé mi viaje al apartamento de Fran. Un nivel totalmente diferente de dolor me golpeó.

—No. No. No. No —gemí, quejándome por el dolor en mi cabeza y en mi corazón.

¿En qué estaba pensando? Oh, cierto. Estaba pensando en lo divino que estaba él, y lo mucho que odiaba a Valentin.

¿Qué estará pensando de mí? No quería ni imaginarlo. Pequeños fragmentos de nuestra conversación volvieron para hundirme aún más en la vergüenza. Fui un completo desastre. Gracias a Dios, el supervisor llegó antes de tiempo, sino, quién sabe dónde habría despertado, o vomitado. Una sesión de besos como esa, sin duda habría terminado en sexo salvaje. Y quizás después le habría vomitado en su cama, o sobre su cuerpo. ¡Oh, Dios! Pensar en eso me estremecía.

Maldito vino. Nunca volvería a beber esa mierda. Fue una muy mala decisión. No había manera de que pudiera ir a trabajar, especialmente por la idea de tener que ver a Valentin. Cuando estuviera libre de las garras de una muerte inminente por resaca, pensaría cómo seguir adelante con todo esto. Mientras tanto, busqué a tientas mi teléfono, lo agarré y le marqué a Deniss. Le dejé un mensaje entre dientes que resumía algo sobre mi estómago, mi malestar y mi ausencia esa mañana. Cuanto menos detalle, mejor. Sólo la gente que mentía dejaba mensajes largos.

Decidí aventurarme a salir de la cama un par de horas más tarde, cuando desperté por segunda vez. Me sentía un poco mejor, lo que era un buen primer paso. Y no encontré sorpresas desagradables por la borrachera. Un excelente segundo paso.

Una vez que me puse en movimiento y comprobé que mi cabeza no estaba a punto de caerse, el horror me invadió de nuevo mientras aparecían los recuerdos de mi comportamiento con Fran anoche. No podía sacudir el recuerdo de ese... ese beso.

En realidad, ni siquiera sé si eso se podría considerar como sólo un beso. Aún en mi estado de total miseria, seguía latente el recuerdo de cómo se sentían sus labios contra los míos, e incluso era un poco excitante.

Supongo que tenía mucha práctica. Su técnica era suave, sexy, y tan intensamente masculina que casi se me derrite la tanga. Me imagino a las mujeres lanzándose sobre él. No quería ser una más en su lista. Pero ya lo estaba. Literalmente me había lanzando encima él.

Estaba sentada en el borde de la bañera con la cabeza entre las manos, esperando mientras se llenaba.

—Me subí a su regazo —me dije— Intenté acostarme con él. Oh, Dios.

Pero Dios no me ayudó. Seguro estaba observándome y moviendo la cabeza en señal de desaprobación. No fue culpa mía. Fue culpa del vino. Y de Valentin. Él era la razón por la que el vino y yo nos juntamos en primer lugar.

Entré en la bañera y mientras me empapaba en burbujas, pensé en Fran de nuevo y apenas pude evitar ahogarme. De ninguna manera pasaría otra vez por ese tipo de humillación.

—Probablemente piense que soy una puta —murmuré miserablemente.

Bueno, su opinión quizás no sea mejor de lo que había sido antes. Lo recordaba vagamente dando algún tipo de explicación de que estaba perdido en sus propios pensamientos la mayor parte del tiempo, pero por alguna razón, no le creí. No estaba perdido en sus pensamientos. Él fue intencionalmente hostil conmigo. Eso sólo fue un consuelo frío de su parte, pero era lo más cercano a un consuelo que tenía.

—Maldición, Valentin —grité.

De paso, había llorado desconsoladamente. ¡Ugh! Qué estúpida fui.

Entonces recordé que Fran había intentado consolarme. Había sido amable, ¿verdad? No recordaba con claridad. Sin embargo, nunca se lo preguntaría. No podía soportar tanta humillación.

Me quedé en la bañera hasta que mis dedos se arrugaron. Para cuando salí, me sentía mucho mejor, al menos físicamente. Mentalmente, por otro lado, no dejaba de preocuparme por lo que le diría a Fran cuando nos volviéramos a encontrar. Eso era inevitable y tenía que estar preparada. Le agradecería, por supuesto, porque él se había ocupado de mí. Se lo debía.

Tal vez podría usar una bolsa en la cabeza mientras le doy las gracias, ya que no podía ni imaginar mirarlo a los ojos, estaba segura de que me pondría roja como un tomate. ¡Quizás una carta! Listo, eso era todo. Respiré aliviada.

Le escribiría una carta de agradecimiento. No. Le compraría una tarjeta y la deslizaría por debajo de su puerta. No. La dejaría en su buzón. De esa manera, no me sentiría humillada si estuviera al otro lado de la puerta en ese momento. Sí. La solución perfecta.

Cuando salí a la sala de estar, mis pensamientos habían pasado de Fran a la idea del desayuno. Mi estómago seguía hecho un desastre, gracias al vino, pero todos los que alguna vez han tenido una resaca saben que la comida grasienta es la mejor solución.

Percibí un olor increíble, alguien cercano estaba cocinando algo. Entonces, me quedé paralizada. No tenía más vecinos, sólo Fran. Y no había manera de que me pudieran llegar olores de cocina de los edificios cercanos. Fui de puntillas hasta la puerta de entrada, oliendo el aire. Claro que sí, el olor se hacía más fuerte cuanto más me acercaba.

¿Qué diablos...?

Me acerqué a la mirilla de la puerta, pero el pasillo estaba vacío. Finalmente, me atreví a abrir la puerta, y lo que encontré me dejó boquiabierto. En el suelo, había una caja que me hizo agua la boca, contenía el pastelillo especial de la tienda de delicatessen cercana, una botella de agua de un litro y una gran taza de café. Perfecto para la resaca.

Miré el pasillo de un extremo a otro, pero por supuesto, Fran no estaba en ninguna parte. El pastelillo y el café seguían calientes.

Hmmm...

Me preguntaba cómo lo sabía.

JENNY

Al día siguiente compré una linda tarjeta de agradecimiento con un oso tímido sosteniendo un ramo de flores y la dejé en su buzón. No lo oí, ni lo vi más. También fue gratificante no escuchar más ruidos sexuales al otro lado de la pared. O había movido su cama o no había traído a nadie a casa. Por razones desconocidas, me encontré con la esperanza de que fuera la segunda opción.

El día que regresé al trabajo fue el más duro, pero comprendí que todo lo que tenía que hacer para continuar como siempre era mantenerme alejada de Valentin. Descubrí que tenía un gran talento para ello. De hecho, fue sorprendente cuántas excusas se me ocurrieron para evitarlo. Incluso, empecé a usar auriculares en mi escritorio, sólo para que el sonido de su voz no me revolviere el estómago. Qué pena que no me pagaran por evitarlo.

Me era casi imposible creer que hubo un tiempo en el que yo era toda una maestra inventando razones para visitar su oficina. Cuánto empeño solía poner en eso. Dejaba documentos en su escritorio, imprimía informes en lugar de enviarlos por correo electrónico, incluso fingía llevar carpetas a su oficina sólo para tener una excusa por si alguien me veía entrar.

Por lo general, cada vez que la semana se hacía larga y pesada, me encontraba con Carol en el brunch que estaba sólo a unas cuadas de nuestras oficinas. Siempre éramos nosotras dos, y en ocasiones, nos acompañaban un par de sus amigos del trabajo. Era una de mis constantes, una forma de descomprimirme después de una larga semana. Y hasta ahora, no había pasado por una semana más larga que ésta.

Desperté el sábado por la mañana sintiéndome orgullosa de mí. Había sobrevivido una semana entera en el trabajo y, para ser sincera, no había sido demasiado difícil. Mi rendimiento laboral tampoco se había visto afectado. De hecho, Deniss me había felicitado por uno de mis informes. En mi mente, Valentin ya era historia.

Vestida con un suéter blanco, jeans ajustados y un par de zapatillas a juego, me dirigí a la panadería de la esquina.

—Llevaré ese pastel de café, por favor —dije, señalando el último pedazo en la caja de vidrio.

Gracias a Dios entré a tiempo, por lo menos quince personas se habían acercado detrás de mí para unirse a la cola. Si llegaba a casa de Carol sin ese pedazo de pastel sería mi fin. Observé a la chica detrás del mostrador poner cuidadosamente el pastel en su caja púrpura distintiva. Un par de migas húmedas que estaban pegadas al utensilio que usó para mover la torta, cayeron sobre el mostrador y quedaron allí. Seductoramente me desafiaban a lamerlos.

Transferí mi lujuria al pastel de la caja. Se veía tan bien que por un segundo consideré llevármelo a casa y tenerlo todo para mí. Valdría la pena las horas extra en el gimnasio como castigo, sin mencionar la decepción de Carol. Vi a la mujer cerrar la caja y atar una cinta morada a su alrededor.

En ese momento, recibí un mensaje de Carol. Como si me hubiera leído la mente.

«Será mejor que traigas el pastel de café, señorita. Juro que iré a buscarlo a tu apartamento si me dices que se han acabado».

¡Ups! Me descubrió.

Le contesté:

«¡Tengo el último! Puedes empezar a recaudar dinero para construir una estatua en mi honor».

Llevaba la caja de la panadería por la cinta, mientras me abría paso a codazos hasta la puerta. Ya había escaneando la calle desde las ventanas de la tienda en busca de un taxi disponible. En una fría mañana de sábado, por lo general no era fácil encontrar uno. Estábamos en la época fría del año a la que nadie se acostumbra.

Miré a lo largo de la calle repleta de gente, con la esperanza de encontrar un taxi cuando mi corazón dio un giro. Reconocí el pelo oscuro, la mandíbula cuadrada y los hombros anchos. Predominaba dentro del mar de simples mortales entre los que caminaba.

¡Oh mierda!

Había logrado evitarlo en nuestro edificio, gracias a un horario cuidadosamente pensado que hice, pero, por supuesto, aún existía la posibilidad de encontrarme con él en la calle, entre un millón de personas más.

Qué mala suerte la mía.

Aún así, no sabía si me había visto. Yo era una de las docenas de personas en la acera. Decidí fingir que no lo había visto, como si tuviera demasiadas cosas en la cabeza para poder verlo, aunque él fuera la cosa más gloriosa dentro de mi línea de visión. Seguí caminando, aferrada a mi pastel de café y con la cabeza en alto, escaneando la calle en busca de un taxi. Nadie podía decir que mis prioridades no estaban definidas.

—¡Jenny!

Me quedé helada de horror. Esa no era la voz que esperaba oír. De repente, me di cuenta que Fran era la menor de mis preocupaciones. Me di vuelta y encontré a Valentin caminando hacia mí, con una estúpida sonrisa en su cara. ¿Cómo llegué a pensar que era guapo? Oh, Dios, ¿En realidad me acosté con él? Necesitaba que me examinaran la cabeza.

Con él estaba una mujer alta y glamorosa, con su rostro medio oculto por unas enormes gafas de diseño. Su cabello dorado brillaba con el sol, y su ropa gritaba: “*Pagué una pequeña fortuna por esto*”. Tenía una mano doblada posesivamente alrededor del brazo de Valentin. No había duda, era ella.

No tenía escapatoria, a menos que estuviera dispuesta a saltar al tráfico. Fran, y mi ex, junto a su novia embarazada, se acercaban por ambos extremos de la acera. Mi cerebro gritaba desesperado.

—¡Jenny!

Valentin me alcanzó, aún sonriendo. Para mi sorpresa, Lillian también sonreía. A grandes rasgos, debo añadir.

—Hola —dije con voz ronca.

¿Por qué estaba sonriendo? Pensaba que yo era una puta. El texto de su correo electrónico había quedado grabado en mi pobre cerebro para siempre. Nunca olvidaría el sentimiento de odio que me transmitieron esas palabras. Y sin embargo, allí estaba ella, sonriente delante de mí.

¿Y si sólo intentaba distraerme con su sonrisa? ¿Y si me golpeaba? No podría golpear a una mujer embarazada. Tal vez podría ofrecerle mi pastel de café como un gesto de paz.

No. El pastel no.

Valentin puso una mano en mi hombro. Quise creer que la sensación de ardor era sólo mi imaginación. Sin embargo, la necesidad violenta de quitársela a golpes no lo era. Di un paso atrás y le estreché la mano.

—¿Cómo has estado? Apenas te he visto en la oficina estos últimos días —dijo.

Sentía que estaba en una pesadilla. ¿Me había vuelto loca? ¿Estaba realmente loca? ¿De qué otra manera podría explicar las vibraciones cálidas y amistosas que recibía de ellos dos?

—Escucha —continuó, sonriéndole adorablemente a Lillian antes de voltear hacia mí nuevamente—. Eres una de las primeras personas en saberlo. Lillian y yo no comprometimos, nuestra celebración será en el St. Regis dentro de tres semanas. Más te vale que estés vayas —se rió.

Parpadeé sorprendida. ¿Qué había hecho yo para merecer esto? Por su parte, Lillian sonreía de oreja a oreja. Levantó su mano izquierda para presumir el diamante de tamaño medio que brillaba en su dedo anular.

Ya no me quedaban dudas, era una pesadilla. Eso era todo. De eso se trataba todo esto, en unos segundos, miraría hacia abajo y descubriría que estaba desnuda. Y todo el mundo me señalaría y se reiría de mí.

Tenía que ser eso.

Estaba frente a mi ex y a la mujer a quien había engañado conmigo, y ambos sonreían y me invitaban a su maldita fiesta de compromiso.

¿Cuánto faltaba para despertarme?

Abrí la boca para hablar, pero otra voz me interrumpió.

JENNY

—Nos encantaría estar allí. Considéranos un sí definitivo.

Fran me puso un brazo alrededor de la cintura, me apretó contra su cuerpo, y me plantó un beso largo y apasionado. Mis rodillas se debilitaron pero no pude evitar que mi cuerpo respondiera. Mis hormonas enloquecieron cuando levantó su cabeza y me miró profundamente a los ojos. Me quedé mirándolo incapaz de decir una palabra. Después de esa mirada persistente que no pude romper por completo, se volteó para sonreírles a Valentin y Lillian.

Estaba aturdida por su repentina aparición y por ese beso. Me aliviaba tener su brazo alrededor de mi cintura, de lo contrario estaría tendida en el suelo. Incluso, me sorprendió bastante ver que el pastel seguía intacto. Me atreví a mirar a Valentin y la expresión en su cara no tenía precio. Su sonrisa de felicidad triunfante había desaparecido por completo, ahora su rostro sólo reflejaba horror y confusión. Era todo lo que quería ver en él.

—Uh... ho... hola. Valentin Williams —extendió su mano hacia Fran.—Fran Black —estrechó su mano con una amplia sonrisa en el rostro—. ¿Es este el Valentin del trabajo del que me hablaste? —Me miró con indulgencia.

Quería darle una patada en la entrepierna, pero sonreí.

—¡Entonces, sí me escuchas cuando hablo de trabajo! —Le sonreí a Lillian—. No sé tú, pero a veces cuando le cuento mis cosas siento que estoy hablando sola.

Ella no contestó. Parecía que no entendía nada de lo que estaba pasando. Por mi parte, todavía apostaba a que seguía en una pesadilla, pero ahora no estaba sola, tenía a alguien a mi favor, me despertaría sudando pero aliviada.

—Um... vale —Valentin me miró y luego a Fran.

Casi podía oír su cerebro maquinando. ¿Pensará que también lo estaba engañando?

—¿Te veo el Lunes en la oficina? —le pregunté, negándome a dejar que la sonrisa se me escapara de la cara.

—Sí. Por supuesto —dijo, pero se quedó ahí parado como un idiota.

—Bueno, entonces. Gracias por la invitación —le expresé, después de un silencio incómodo.

—Nos vemos allí, sin falta —dijo Fran.

Casi lo pateaba de verdad.

Valentin se sacudió de su trance y asintió. Ambos sonreímos y saludamos mientras mi ex y su prometida se alejaban. Me las arreglé para esperar hasta que doblaran en la esquina antes de empujar el brazo de Fran.

—¿Estás loco? —Siseé, girando alrededor de él.

—¡Whoa! Cálmate, por favor. No te enojés.

¡Arrogante hijo de puta!

—¿Calmarme? ¿Cómo me pides que me calme? ¿Quién diablos te crees que eres para hacer semejante estupidez? —Grité.

—¿Siempre estás tan tensa? —Su voz era suave y calmada.

—¿Cómo te atreves? —Me quedé sin aliento.

Sentía mi cara ardiendo de ira.

—¿Cómo me atrevo a qué?

—A besarme. A aceptar la invitación a la fiesta de compromiso de Valentin. A ser un total imbécil haciéndote pasar por mi novio —lo miré con frustración.

—¿Ser un imbécil? Estaba tratando de ayudarte —levantó las manos.

Parecía sorprendido, lo que me sorprendió más. ¿Acaso tenía que estar feliz y agradecida por su intervención?

—¿Ayudarme? Ese es mi jefe. Trabajo con él —gruñí.

—Dijiste que no era tu jefe. Que sólo era un gerente. Y la verdad es que sí parece un verdadero imbécil —miró por encima de su hombro, en la dirección en la que Valentin se había ido.

—Bueno, gracias por la evaluación —dije sarcásticamente—. Pero tengo que coexistir con él, diariamente, en la oficina.

—Sí, y yo te lo hice más fácil —recordó—. A menos que te guste la idea de que piense que te estás consumiendo por él.

—No lo sabes —dije, poniendo los ojos en blanco.

—¿En serio? ¿Crees que esa invitación no es una forma de restregártelo en la cara? Y no te engañes pensando que su prometida realmente te quiere en su fiesta, sólo quiere hacerte sentir como una mierda. Eso lo hice para que al menos pudieras aparecer ese día, pero simplemente no tienes que darle lo que ella quiere. Pensé que te estaba ayudando a mantener las apariencias —explicó—. Supongo que me equivoqué.

Me di cuenta de que tenía razón, pero todo lo que había hecho era complicar las cosas.

—Ojalá me hubieras avisado que ibas a hacer eso.

—No sabía que lo iba a hacer hasta que lo hice. Además, estabas fingiendo que no me habías visto —soltó una sonrisa burlona.

—No es verdad —intenté no parecer sospechosa.

—Voy a creerte —me miraba con diversión en los ojos.

Se estaba divirtiendo. Yo le provocaba eso.

—Estoy un poco apurada —dije, sosteniendo la caja con el pastel—. He quedado con una amiga para almorzar. Por eso estaba un poco distraída.

—Está bien, está bien. No estoy aquí para detenerte —levantó las manos, retrocediendo—. Diviértete en tu almuerzo. Y asegúrate de decirme a qué hora te recojo para la fiesta.

—¿Qué?

—La fiesta de compromiso —se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

—¿Espera un minuto! —lo llamé—. No creerás que vamos a ir, ¿verdad?

—¿Perderme una fiesta en el St. Regis? Hasta me compraré un traje nuevo —dijo por encima del hombro.

Corrí tras él, le cogí la mano y le di la vuelta para que me mirara.

—No tan rápido, señor. Ni creas que iré a esa estúpida fiesta. En primer lugar, no puedo imaginarme nada peor que pasar una noche viendo a mi ex y a su prometida celebrar su gran amor el uno por el otro. Segundo, todos mis compañeros de trabajo estarán allí, así que no me atrevería a ir con la persona más indiscreta que conozco. Dios sabe lo que podrías decir o hacer. Mi trabajo es lo más importante para mí.

—No ir sería un gran error —dijo lentamente

—Esa es mi decisión, lidiaré con eso luego.

—Vale. Es tu vida. Se te permite meter la pata si quieres —se encogió de hombros.

No necesitaba decir esa última parte. Lo hizo para hacerme enojar. Respiré profundamente.

—No quiero sonar ingrata. Así que, gracias por ayudarme el otro día, pero de ahora en adelante por favor no me ayudes. No necesito tu ayuda.

—¡Cien dólares a que sí!

—¿Disculpa?

Sonreía y se veía tan sexy que me provocaba morderlo.

—Ya lo has oído.

—Muy bien. Tú te lo buscaste, amigo.

—¿Qué? —su expresión perdió esa mirada engreída.

—Quinientos dólares a que necesitarás mi ayuda primero —lo desafié.

Sabía que no necesitaría su ayuda, pero debía tomar provisiones por si me quedaba otra vez fuera del edificio, por si necesitaba que me prestaran un poco azúcar o surgía cualquier otra cosa. No podía perder esa cantidad de dinero en una apuesta sin sentido. Prefería gastarlos en un par de zapatos hermosos.

—Estás perdida —me dijo, mientras se reía. Tenía un extraño brillo en sus ojos.

—Y para que lo sepas, quiero el fajo en billetes de cincuenta dólares, por favor —dije.

Sus cejas se elevaron burlonamente mientras sonreía y me alejaba. Lo vi desaparecer entre la pesada multitud. Y allí me quedé, parada en la acera con mi corazón latiendo fuerte, queriéndolo, y odiando el hecho de que yo lo quería.

JENNY

—¿Qué hizo qué? —Carol gritó.

Estaba sentada a mi lado en el sofá, con los pies metidos debajo de ella.

Asentí con la cabeza. Las otras chicas llegaban más tarde, así pude contarle toda la terrible historia a Carol en privado. Sorbí el Bloody Mary que me había dado en cuanto llegué. Vio lo afectada que estaba y sabía lo que me hacía sentir mejor.

—Sabía que era un idiota sin personalidad, pero está resultando ser un completo psicópata. Deberías estar agradecida porque todo terminó entre ustedes. No quieres estar con alguien así. Sí te alegras de que todo haya terminado, ¿verdad? —exigió saber.

Tomé un pequeño sorbo de mi bebida. Estaba buenísima, en realidad.

—¡No lo sé! ¡Jesús, sólo ha pasado una semana!

—¿Todavía quieres a ese imbécil? —sus ojos se volvieron redondos.

—No, por supuesto que no. Es sólo la rapidez con la que se comprometió con ella, y la forma en la que actúa ahora, como si nada hubiera pasado entre nosotros. Me siento como en un mundo paralelo. Supongo que me dolió.

—Los dos son unos enfermos. Es la única manera de describirlo —escupió, mientras me miraba con expectación—. ¿Y? ¿Qué dijiste?

—No dije nada —murmuré, mirando mi vaso para evitar mirarla a los ojos—. Alguien más se encargó de responder por mí.

—De acuerdo. Ahora estás empezando a intrigarme de verdad. ¿Quién habló?

—No te asustes, ¿pero recuerdas a Fran? —me reí.

Miré para ver cómo sus ojos se hacían más anchos y redondos de lo que nunca los había visto.

—¿Tu vecino? ¿El señor soy tan jodidamente sexy?

Eché mi cabeza hacia atrás soltando una carcajada.

—Sí. Él me salvó.

Le di los detalles, observando cómo su mandíbula se caía más con cada detalle.

—Es tu héroe —suspiró, con las manos cruzadas sobre su pecho.

—Oh, perdóname. ¿Desde cuándo eres tan romántica?

—¡Desde que empezaron a pasar cosas románticas en tu vida, Jenny Young! —saltó sobre los cojines, aplaudiendo. Sus brazaletes plateados chocaban musicalmente.

—No es romántico. Fue sólo una coincidencia, es todo.

—Puede que suenes convincente cuando dices cosas como esas. Pero estoy segura que ni tú te lo crees, chica.

—Lo creo —insistí firmemente.

—Olvidas que te conozco desde el primer día que llegaste a la universidad. Recuerdo a la dulce y tímida chica sentada en el borde de su cama en nuestro dormitorio. Lo sé todo sobre ti, incluyendo todos tus gestos.

—¿Mis gestos?

—Sé cuando mientes —dijo con una sonrisa—. Incluso sé cuando sólo te mientes a ti misma.

—¿Cómo lo sabes? —Le pregunté, de repente curiosa.

—Por un lado, te tocas la oreja. Mano izquierda, oreja izquierda.

Dejé caer mi mano sobre mi regazo y Carol echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—Lo siguiente —dijo una vez que se había calmado— tus fosas nasales se abren.

—Oh, no —me apreté la nariz.

—Sólo digo que deberías pensártelo dos veces antes de pensar en mentirme.

Suspiré, riéndome de mí misma.

—Muy bien —murmuré—. Puede que me haya ayudado un poco.

Ya que estábamos sólo nosotras dos y ella podía descifrarme tan bien, decidí por fin contarle.

—¿Un poco? —exclamó—. Es como un caballero con armadura brillante que siempre viene a rescatarte.

—Estaba en el lugar correcto en el momento correcto. Probablemente me estaba persiguiendo para avergonzarme o para burlarse de mí por lo que pasó el lunes, y escuchó por casualidad lo que estaba pasando. Le hablé de Valentin, ¿recuerdas?

—Sí, y te evitó la vergüenza de estar sola en esa situación. Y tiene razón, apuesto a que la perra de Lillian le dijo a Valentin que se acercara y hablara contigo. Apuesto lo que sea a que te clavara un cuchillo en el pecho en algún momento.

—Sí, bueno, el cuchillo es para ella. Aún no sé qué fue lo que le vi a Valentin —agité la cabeza con tristeza—. ¡Y se va a casar con él! ¿No debería conocerlo mejor? No cambiará sólo porque tenga un anillo en el dedo.

—¿Quién sabe? Tal vez ella piense que puede cambiarlo —ambas nos reímos, sabíamos que eso era imposible—. Sí, es más fácil para ella culparme, aunque no tenía idea de yo que existía, hasta el lunes.

—Supongo que está embarazada y desesperada —admitió Carol, poniéndose de pie.

Su largo y suelto caftán fluía sin esfuerzo mientras se movía. Me paré y la seguí hasta la cocina. Era pequeña y acogedora, igual que la mía, aunque la suya estaba pintada de un amarillo soleado para compensar la falta de ventanas.

—Bueno, al menos ahora no tienes que preocuparte de ir sola a la fiesta.

Carol abrió el refrigerador y sacó el jugo de tomate.

—No voy a ir a la fiesta, en absoluto.

—Tienes que ir.

—No, ¿para qué?

Carol mezcló tranquilamente otro Bloody Mary para nosotros. Hice una nota mental para no exagerar como lo hice el lunes. No valía la pena emborráchame de esa manera. Me llevó dos días completos recuperarme.

—Tienes que ir porque si no lo haces, significa que ella gana. Y no puedes dejarla ganar. ¿Quieres que piense que te ha intimidado? Créeme, si no apareces, eso es exactamente lo que ella pensará.

—No me importa lo que ella piense —Me apoyé en su mostrador.

—Si yo fuera tú, iría. Salvaría mi orgullo llegando acompañada con tipazo como Fran. Por lo que me has dicho, es capaz de hacer lo que sea para hacerte quedar bien —Me dio un Bloody Mary fresco y continuó—: Confía en mí, mi intuición nunca se equivoca cuando se trata de cosas como éstas, y creo que él es el mejor acompañante que puedas tener. Pudo haberte dejado sola el lunes por la noche, pero no lo hizo, al contrario, te llevó a su apartamento y trató de calmarte cuando perdiste la cabeza.

—Bueno —dije mordiéndome el pulgar—. Le dije que no quería que fuera conmigo. No sé con qué locura vaya a salir ahora.

—Bueno, tendrás que decirle que has cambiado de opinión —tomó un sorbo.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque hicimos una estúpida apuesta, el primero de los dos en pedir ayuda al otro pierde y paga. Se supone que él debería pedirme ayuda antes de que yo fuera con él.

Ella sonrió sobre el borde de su vaso.

—Creo que esto podría ser el comienzo de una muy, muy buena novela romántica.

—Y yo creo que ya has bebido demasiado. No hay hombres para mí en un futuro cercano. Necesito un descanso después de Valentin.

—Vale, entonces... —se miró, con las cejas arqueadas.

El timbre sonó antes de que pudiera preguntarle por qué estaba tan contenta consigo misma.

JENNY

—¿Está todo bien con Valentin?

Me di vuelta en mi silla para encontrar a Deniss de pie en la puerta de mi cubículo, pero miraba al final del pasillo con el ceño fruncido de preocupación. Me puse de pie y seguí su mirada. La puerta de Valentin estaba abierta, y las dos lo vimos caminando de un lado a otro como un maníaco. Pasaba sus manos inquietas por su cabello, murmurando algo en sus auriculares. Sonaba muy molesto. Me preguntaba con quién estaba hablando.

—No sé qué le pasa, pero si sigue así tendrá que comprarse un peluquín pronto —murmuré.

—Ha estado así desde la semana pasada —dijo ella, moviendo la cabeza—. Parece que estuviera perdiendo la cabeza.

Me mordí la lengua para no reírme.

—Tiene sentido. Escuché que recibió una gran sorpresa la semana pasada.

—Oh, por supuesto. El bebé. El compromiso. No soporto que los hombres no se molesten en dejar su vida personal en casa. Si una mujer viniera aquí actuando como una loca...

—Sé a qué te refieres —estuve de acuerdo.

Parecía arrepentida cuando se volvió hacia mí.

—¿Sabes lo que es gracioso? Y no te ofendas... pero pensé que ustedes dos tenían algo.

—¿Nosotros? —Me reí, mientras sentía como mi sangre se congelaba.

—Lo sé, es una locura —me guiñó un ojo y se inclinó un poco a mí—. Siempre he pensando que puedes hacerlo mejor que él. Eres demasiado inteligente como para fijarte en un tipo así —susurraba—. No sé en qué estaba pensando. Lo siento, espero no haberte insultado con ese comentario.

—Para nada —Le sonreí indulgentemente.

Cuando Deniss se fue, esperé unos minutos a que Valentin colgara el teléfono. Cuando lo vi calmarse un poco y sentarse en su escritorio, me revisé en mi espejo compacto. Mi cabello era brillante y lleno de vida, el color en mis labios seguía intacto, el rojo era un buen color para mí. La abuela siempre me decía que hacía que mi piel se viera saludable. No tenía los dientes manchados de labial, así que todo estaba en orden. De hecho, me veía bastante bien. Pasé mis manos por mi falda lápiz negra, enderecé mi columna y me dirigí a su oficina.

Llamé a la puerta de cristal. Sus ojos casi se le salen al verme. Él hizo un movimiento con su mano y yo entré.

—Hola, Jenny. ¿Cómo te va? —me dijo con una gran sonrisa.

Esto iba a ser incómodo.

—Hola. Quería hablarte de algo —Forcé una sonrisa.

Se recostó en su silla, su sonrisa era cada vez más amplia.

—Lo sé. No puedes ir a la fiesta, ¿verdad?

—¿Qué? —Mis ojos se abrieron de par en par.

—Que no puedes ir a nuestra fiesta de compromiso —Se dio una palmada en el muslo—. Lillian lo pensó bien —Se regocijó.

—¿Qué? —le repetí como una tonta.

—Dijo que de ninguna manera saldrías con un tipo como Fran. Estaba fuera de tu alcance. Pensó que probablemente era un amigo gay que se había compadecido de ti. Supuso que vendrías a mi oficina en algún momento de esta semana con alguna excusa de que no podrías asistir.

Tragué en seco y deseé haber cerrado las persianas. Llevaba puestos los tacones más afilados y puntiagudos que tenía. Pensé en acercarme y apuñalarle los ojos con uno de ellos. Pero entonces, recordé lo que me dijo uno de mis maestros: *Una mujer fuerte no se venga de sus enemigos, sigue adelante en su camino y deja que el Karma haga el trabajo sucio por ella.*

—No te preocupes. No hay problema. Entiendo perfectamente que aún tengas el orgullo herido. No tienes que ir —Terminó.

Le mostré una sonrisa falsa.

—Siento decepcionar a Lillian, pero Fran y yo vamos a ir. A menos que tú o Lillian sientan que es demasiado incómodo. Obviamente, no queremos estropearles su día especial. En ese caso, por supuesto, no iremos. Probablemente nos quedemos en casa teniendo sexo. Por cierto, puedes decirle a Lillian que Fran no es gay. Todo lo contrario. Es un Dios en la cama. Simplemente increíble.

Las cejas de Valentin casi se unían con su línea de cabello, estaba comenzando a retroceder.

—No, para nada. No es nada incómodo. A los dos nos encantaría que fueran —Entonces sonrió.

—Bien. Te veremos allí entonces.

—Sí. Espero verlos a los dos en la fiesta.

—De acuerdo.

—Tal vez podamos tener una cita doble alguna vez.

Quería vomitar.

—Qué gran idea —Me di la vuelta para salir de su oficina.

—Mmm... Jenny.

—¿Sí? —Me di la vuelta.

—¿Querías preguntarme algo?

Sus ojos se burlaban.

—Sí, por supuesto. Así es —Sonreí—. Quería preguntarle si podía llevarme ese archivo de allí.

Le señalé un archivo que le había traído hace dos semanas mientras usaba todas las excusas que se me ocurrían para venir aquí.

—¿No tienes una copia en tu computadora?

—Lo borré accidentalmente esta mañana —dije y me acerqué al archivo. Lo tomé, lo abrí y fingí que lo revisaba—. Sí, este es —Levanté la cabeza—. Gracias por esto.

Con una sonrisa en la cara, salí de su oficina. Volví a mi pequeño cubículo, me senté en mi silla y dejé que mi cabeza golpeará la mesa en un ruido sordo.

Mierda. Estaba en un gran problema.

JENNY

Me quedé en la puerta principal hasta que oí a Fran caminar por el pasillo y entrar a su apartamento. Esperé unos siete minutos más antes de ir a llamar a su puerta. Él abrió y yo quería desmayarme. Nadie debería verse así de bien después del trabajo.

Le mostré mi sonrisa mas encantadora.

—¿Trajiste los quinientos dólares? —Se cruzó de brazos.

—¿Qué?

—¿No estás aquí para pedirme que vaya contigo a la fiesta?

—No —mentí—. Te dije que no voy a ir a ese... evento.

Un extraño brillo pareció asomarse en sus ojos. Los estrechó.

—¿Qué es lo que quieres?

Como quería jugar de esa manera, entonces, se merecía todo lo que pensaba hacerle.

—Bueno, estaba pensando... deberíamos hacer algo juntos ¿no crees? No sé, cosas provocativas.

Sus ojos mostraban un tipo de maldad que me gustaba.

—¿Seguro que no quieres ir a la fiesta? —preguntó. Su voz ronca había bajado una octava

—Quiero algo mejor que eso, cariño.

Me estaba luciendo.

Sus ojos se abrieron de par en par con sorpresa.

—¿En qué estás pensando?

—Comamos pastel de chocolate juntos —Sonreí seductoramente.

Para mi sorpresa, no reaccionó en absoluto. Se estaba haciendo el bueno.

—Claro —dijo en voz baja.

—Lo hornearé y lo traeré. No me tomará más de una hora en total. ¿Te parece bien? ¿Todavía estarás por aquí?

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo secamente.

—Bien. Nos vemos pronto.

Llevaba puesta mi falda lápiz que me hacía ver un buen culo, así que lo balanceé por todo el camino de regreso a mi apartamento. Debí haber hecho un buen trabajo porque no cerró su puerta hasta que llegué a la mía.

Una vez dentro no perdí ni un minuto. Hice magdalenas con una receta para pastel de un libro, reduje a la mitad todos los ingredientes. Una vez que los puse en el horno, empecé con el glaseado. Cuando estuvieron listas, las saqué, las puse en un plato y las metí en el congelador por unos minutos.

Mientras esperaba que se enfriaran un poco me apliqué una capa de brillo y me esponjé el pelo. Cuando la parte superior de las magdalenas ya estaba fría, las saqué. Las puse en un plato decorativo y me fui hasta la puerta de Fran. Llamé a la puerta y esperé.

—Hola —dijo, deslizando sus ojos hacia el plato.

—Vengo trayendo ofrendas de paz —dije con una dulce sonrisa.

—No sabía que estuviéramos en guerra —su voz era firme.

—Sabes lo competitivos que pueden ser algunos neoyorquinos durante una apuesta. Sólo quería que supieras que no soy así.

—Cuantos colores —comentó.

—Sí, es colorante artificial para comida. Sé que te gustan las cosas artificiales —me reí.

Cruzó los brazos sobre el pecho. Tenía un pecho fuerte y definido.

—¿Tienes algún tipo de problema con las mujeres que traigo a casa?

Había visto a mujeres entrar en su piso. Mujeres con pechos grandes.

Sonreí alegremente.

—Ya que estamos hablando de traer mujeres a casa, ¿no me vas a invitar a entrar?

Él se hizo a un lado y yo entré. Fui directamente a la cocina y puse el plato en la isla de granito altamente pulido. Todo en su cocina parecía nuevo. Estaba claro que el hombre nunca cocinaba. Abrí el refrigerador y saqué un cartón de leche. Llené dos vasos, me senté en uno de los taburetes y empujé el plato hacia él.

—¿Está envenenado? —preguntó.

No me digné a responder a esa pregunta. En vez de eso, agarré la magdalena que estaba más cerca de mí, cuando estaba a punto de llevármelo a la boca, él se inclinó hacia adelante, cogió mi mano y me la quitó.

Me mordí el labio.

—Muy bien —dije y tomé otro.

Esperó hasta que mordiera mi magdalena antes de hundir sus dientes perfectos en la suya.

—¿Qué tiene esto? Está delicioso —dijo, sonando sorprendido.

—Lo sé. Es una receta secreta.

Lamí el glaseado y sus ojos se fijaron en mi lengua. Cuando terminé, me puse de pie.

—Bien, debería irme.

Me miró sospechosamente, pero no dijo nada, mientras me seguía hasta la puerta. Cuando volví a casa me puse unos jeans y me senté en el asiento del inodoro a esperar. Veinte minutos más tarde oí que tiraba de la cadena. Bingo. Volví a la sala de estar y dejé que el sonido de Adele llenara el aire, no tan fuerte, como para poder oír si llamaban a mi puerta. Menos de diez minutos después oí dos golpes en la puerta.

JENNY

Abrí la puerta y encontré a Fran parado allí. Tenía el pelo revuelto, la cara pálida, y había un brillo de sudor en la cara.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Corta el juego —gruñó—. ¿Qué hago para revertir esto?

—¿Gano la apuesta?

Empujó un montón de billetes de cincuenta hacia mí.

—No quiero dinero. Quiero que me lleves a la fiesta.

—Muy bien. Date prisa.

Abrí la puerta más ampliamente.

—Entra y siéntate.

Saqué una pequeña botella oscura del bolsillo trasero de mi pantalón y se la entregué. Me miró fijamente a la cara.

—¿Cómo lo tomo?

—Desenrosca la tapa y bébetela.

Miró el texto chino de la etiqueta.

—¿Qué demonios es esto? ¿Estás segura de que no me va a matar?

—¿Por qué querría matarte? Necesito que me lleves a la fiesta —dije dulcemente—. Tómallo. Son hierbas chinas. Es un poco amargo, pero funciona casi instantáneamente. Un amigo me lo trae de Hong Kong.

Me miró fijamente mientras se lo tragaba todo. Luego cerró los ojos y se recostó en el sofá. Los hombres eran tan dramáticos. Era sólo un poco de laxante con sabor a chocolate. Esperé cinco minutos y me senté en el sofá frente a él.

—¿Te sientes mejor ahora?

Abrió los ojos.

—Ligeramente —murmuró.

—Bien. Te traeré un poco de agua.

—Me envenenaste —acusó melodramáticamente.

Oh, por el amor de Dios.

—Yo no te envenené. Te di un laxante. Sólo tuviste que ir corriendo al baño una vez. No es el fin del mundo. De hecho, es algo bueno. Ayuda a despejar tu intestino.

—Así que hiciste trampa para ganar —refutó, parecía un cachorrito lastimado.

Suspiré.

—Yo no hice trampa. No pusiste ninguna regla y estaba desesperada.

Se tocó el estómago con cautela.

—Si digo que lo siento, ¿podemos llamarlo una tregua? —le propuse y él asintió—. Lo siento.

Volvió a asentir con la cabeza.

Fran me estaba empezando a gustar. Y eso era algo malo. Algo muy malo.

—Deberíamos pasar una hora juntos y discutir esto de una manera madura y responsable. Aclarar nuestras mentiras. Ya sabes, dónde, cuándo, cómo nos conocimos, etc.

—De acuerdo.

—Cocinaré para ti —sugerí.

Él retrocedió. En realidad retrocedió horrorizado.

—De acuerdo. Bien. Sólo me ofrecí porque parece que no sabes cocinar —levanté ambas manos.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Acabas de insultar mis habilidades culinarias?

—No. Absolutamente no. Estoy deseando comer tu comida —mentí.

—Estaré ocupado el resto de la semana. El próximo martes, ¿estás de acuerdo? A las siete y media.

—Genial.

Se puso de pie y yo salté tras él.

—Lo siento mucho —dije mientras caminábamos hacia la puerta.

Me miró y sonrió repentinamente.

—¿Cuánto lo sientes?

Di un paso atrás, sorprendida por el cambio de humor tan abrupto. Sabía que yo había empezado todo esto, pero no había pensado bien en las consecuencias.

—¿Cuánto quieres que lo sienta? —pregunté insegura.

Me miró a los ojos fijamente, haciendo que mi interior se derritiera.

—Lo pensaré y te lo diré la próxima vez que te vea.

JENNY

Mi primera parada al entrar al edificio siempre era el buzón. Saqué algunos sobres y me dirigí al ascensor. Apareció una sonrisa en mi cara cuando recordé lo bien que me iba en el trabajo. Podía mantener mi cabeza en alto y cuando me encontraba con Valentin, que era muy a menudo, me resultaba fácil actuar como si no guardara rencor en absoluto. Tal vez no lo sentía. Mi corazón nunca le había pertenecido y me sentí realmente aliviada de descubrirlo.

Deniss tenía razón. Era mucho mejor que él. Todavía no entendía en qué estaba pensando cuando decidí acostarme con él. Cuando lo miré, lo único que vi fue a un chico de fraternidad que nunca había crecido. Hacía ejercicio, pero tanta bebida con sus amigos lo mantenía ligeramente blando y un poco gordito. Su idea de leer era una revista Franim. No tenía nada en contra de las películas de acción, pero eso era todo lo que estaba dispuesto a ver. Ahora iba a ser padre. No estaba segura de por quién me sentía peor, si por Lillian, por el bebé o por él.

Presioné el botón del ascensor y miré mi correo. Un sobre escrito a mano en medio de facturas y correo basura me hizo olvidarme de Valentin. Lo abrí cuando entré en el ascensor. Había un boleto adentro, junto con una nota.

«Tengo una entrada extra para el show de esta noche. ¿Estás libre? - Fran».

Miré más de cerca el boleto y me quedé sin aliento. ¿Adele? ¿Tenía una entrada extra para ver a Adele? ¿Quién carajos tiene una entrada extra para ver a Adele? Y por lo que parece, el asiento estaba a sólo cuatro filas del escenario. Mis manos temblaban de emoción mientras luchaba por averiguar si todo era parte de una broma pesada. Una dulce venganza por el truco del laxante que le hice.

No quería que pensara que lo que pasó aquella noche en su apartamento volvería a pasar. Estaba demasiado borracha cuando nos besamos. No perdería el control de nuevo, y definitivamente, no tenía ninguna intención de acostarme con él.

Recordé como ese beso me hizo revolotear el alma. Con él, podría perder mi corazón, y eso sería una estupidez. Mucho más estúpido que salir con Valentin.

Pero... Adele.

Intenté conseguir entradas, pero fue imposible. Ni siquiera logré conseguir asientos en la sección para los desmayados. Nada. Y aquí estaba Fran, entregando una como si no fuera nada.

Si lo dejó en mi buzón, significa que probablemente estaba en su apartamento. Me armé de coraje y fui hasta su puerta. Tenía que mantenerme firme. No podía ceder ante sus fríos ojos grises o ante esa atracción magnética que parecía salir de él. O de esa boca sensual.

Cuando abrió la puerta, tenía una sonrisa en la cara y un cóctel en una mano.

—Hola.

No podía ser más irresistible. Meforcé a no mirar su cuerpo. Llevaba sudaderas, y pude ver el contorno de sus grandes pectorales.

—Hola. ¿Hablas en serio? —Saqué el boleto.

Se encogió de hombros y una sonrisa sexy tiraba de la comisura de su boca.

—¿Parece una entrada de verdad?

—Sí.

—Bueno, entonces supongo que hablo en serio.

Miré de nuevo el boleto, y luego a él.

—¿Quién va a ir? Quiero decir, ¿cuántas entradas hay?

—Dos.

—¿Tú y yo?

—Eso es todo, sí.

No pude evitar inclinar la cabeza hacia un lado y entrecerrar mis ojos ante la incredulidad.

—¿Eres fan de Adele?

—¿A quién no le gusta Adele? —Se encogió de hombros.

—No te veo sentado en uno de sus conciertos, eso es todo.

—Lo harás si vienes conmigo esta noche.

Sorbió su licor de ámbar, incapaz de borrar la sonrisa de sus labios. Maldita sea, soy tan dócil. Me tenía en sus manos.

—¿Puedo hacerte una pregunta seria y puedes responderme honestamente? —Asintió con la cabeza—. ¿Te debo algo por esto?

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Parezco el tipo de hombre que espera algo de una mujer cuando sólo intenta hacer algo bueno?

—No.

—¿Por qué siento que estás mintiendo? —Agitó la cabeza con disgusto y empezó a cerrar la puerta.

Puse mi mano con fuerza contra la madera para que no la cerrara.

—Está bien, está bien. Tal vez soy desconfiada —admití, queriendo cortarme la garganta.

—Desconfiada. Sí, entiendo —dijo, pero sus ojos habían perdido su brillo.

Estaba tan contento cuando me abrió la puerta y yo fui a joderlo todo.

—Lo siento, soy una tonta. No te lo tomes personal, por favor —le dije.

Me miró fijamente, tomándose un tiempo mientras parecía que lo estaba pensando. Entonces abrió la puerta y casi me caigo.

—Supongo que puedo ser un buen tipo y ponerme en tu lugar.

Me enderecé.

—Muchas gracias. Eres un verdadero amor.

—¿Qué puedo decir? —Su sonrisa parecía asomarse de nuevo.

Le sonreí. El ambiente entre nosotros era diferente. Oh, Dios. Y tenía entradas para ver a Adele en vivo.

—¿A qué hora debo estar lista?

FRANCO

Todavía sonreía como un tonto mientras cerraba la puerta. Sabía que a Jenny le gustaba Adele porque había oído una de sus canciones la última vez que estuve en su apartamento. Comprar los boletos fue una apuesta segura. Incluso si se hubiese negado, no habría tenido problemas en regalarlas a otra persona. A la mayoría de la gente le gustaba Adele.

Excepto a mí.

La odiaba. No me gustaba la música comercial de ningún tipo. A mi parecer, fue diseñada para complacer al dominador común más bajo, básicamente, jingles pegadizos y basura. Para mí, no hay nada mejor que escuchar una buena versión de Carmina Burana.

Terminé mi bebida y me metí en la ducha. Me sentía lo suficientemente bien como para cantar.

Si alguno de mis amigos supiera lo que estaba haciendo -básicamente cortejando a una chica- se reiría como un tonto. No podría culparlos tampoco. Si alguien me hubiera dicho un par de semanas antes que estaría sentado en un concierto de Adele para meterme en los pantalones de una chica, le habría dicho que se internara en un psiquiátrico.

Estábamos hablando de mí, después de todo. Franco Black. El tipo que era alérgico a la palabra relación. Es extraño, pero desde el primer día que ella estuvo en mi apartamento, me encontré haciendo cosas que estaban completamente fuera de lugar.

Quiero decir, ¿qué carajos? ¿Fingí que estábamos juntos para ayudarla? ¿Quién era yo? ¿La Madre Teresa? Fue una locura, pero cuando vi a ese imbécil y a su novia cacareando, no pude evitarlo. Nadie la intimidaría mientras yo estuviera cerca. Necesitaba que alguien la cuidara y ese era yo.

Si cualquier otra mujer hubiera hecho ese truco que me hizo con el laxante... estaría usando sus lágrimas como lubricante en este momento. Pero con Jenny, yo era otra persona y eso me intrigaba cada vez más.

Debajo de esa fachada de chica fuerte e independiente, se escondía un corazón inocente y puro. Probablemente me escupiría a la cara si supiera que la considero así. Ella quería ser una chica mala, pero era blanda en su esencia. La ciudad aún no la había arruinado ni endurecido. Era lo opuesto a Bridget o a la cuadrilla de mujeres con la había estado, que fingen ser indefensas por fuera, pero por dentro son de acero puro.

No sabía por qué diablos tenía ese efecto en mí. ¿Qué era lo que me empujaba a querer estar cerca de ella? ¿Quizás era porque parecía querer mantenerse alejada de tener una relación conmigo? Cualquiera que fuera la razón, todo lo que quería hacer era agarrarla y besar esos dulces labios.

Supongo que siempre me gustó Jenny, pero me resistía firmemente. Después de ver esos hermosos ojos azules tan de cerca y sentir su calor sobre mí esa noche, no había forma de negar la atracción.

Ella podía fingir todo lo que quisiera, pero yo sabía que también sentía algo por mí. La pasión de ese beso me lo decía. La forma en que me chupó la lengua como si estuviera hecha de azúcar. Joder, había estado peligrosamente cerca de perder el control. Habría seguido si no nos hubieran

interrumpido. De hecho, en ese momento estaba decidido a levantarla, llevarla al dormitorio y abrirle las piernas. Ahora pensar en eso, me estaba provocando una erección. Sí, había algo en ella que me afectaba.

Había tenido una intensa hora de ejercicios en el gimnasio, así que me sentía animado y listo para la noche. Era sólo cuestión de tiempo para tomar lo que era mío. Sonreí ante esos pensamientos, mientras me abrochaba la camisa negra que había elegido, y luego la acomodé dentro de mis pantalones grises.

Llamé a su puerta a las siete en punto. La puerta se abrió casi inmediatamente. Me quedé sin aliento cuando la vi, llevaba un sencillo vestido negro que se derramaba sobre sus generosas curvas como si fueran agua. Su largo cabello colgaba sobre uno de sus hombros, rizado sólo un poco.

—Coincidimos —susurró tímidamente.

Encontré mi aliento.

—No. Estás fuera de mi alcance. No hay manera de que pueda coincidir contigo.

Se sonrojó y miró hacia otro lado. Estaba asombrado. Era increíble lo hermosa que era sin esfuerzo. Me preguntaba si tenía idea de eso. No podía ignorar lo irresistible que era. Un cuerpo ardiente. Ojos grandes y azules. Labios bien definidos. Ya podía ver mi pene entrando en esa boca.

—¿Llamaste un taxi? —preguntó mientras caminábamos hacia el ascensor.

—¿Por qué llamaría a un taxi?

Ella frunció el ceño.

—Espero que podamos encontrar uno a tiempo.

—El hecho de no llamar un taxi no significa que no llegaremos a tiempo. Este no es mi primer concierto.

Sus labios se curvaron y mi pene respondió.

—¿No lo es? ¿Tienes un montón de entradas de conciertos por ahí? ¿Es parte de tu rutina normal?

Toqué su boca y algo dentro de mí se rompió. Demonios, ya estaba perdido.

—Nada contigo es normal —dije.

Sus labios se abrieron con un jadeo silencioso. Le quité la mano y se mordió el labio inferior.

Era como una niña pequeña en una tienda de dulces dentro de la limusina. Le eché champán en la copa y ella insistió en beber en vasos. Era tan dulce y anticuada. Brindamos por una gran noche. Nunca había estado en una limusina, y me alegró ser el primero en llevarla en una.

La miré con admiración. El color de sus mejillas. La curva de su boca cuando sonreía. Su piel brillante. Y mi corazón se llenaba de algo desconocido.

En el concierto cantó todas las canciones, aplaudiendo y gritando durante tres horas. Aunque había confesado que Adele no era lo mío, no tuve que fingir que lo disfrutaba. Lo que no sabía era que disfrutaba más de ella que del concierto. No pude evitar sonreír durante todo el espectáculo protagonizado por Jenny Young.

El gran problema vino después del concierto, cuando la acompañe hasta su puerta y le di un beso en la mejilla. La oí suspirar un poco, luego me di la vuelta y me alejé. Me mató hacerlo, pero cuando era un chico sin experiencia, mi abuelo me decía: *Siempre déjalas queriendo más, muchacho.*

Gracias, abuelo.

JENNY

No pude dejar de pensar en Fran todo el día, ni el miércoles, ni el jueves. En realidad creía que estaba obsesionada con él. Sabía que tenía que parar o terminaría siendo un caso perdido. Carol me llamó el viernes por la tarde y acordamos cenar juntas. Eso sería una buena distracción.

El problema era que Carol sólo quería hablar sobre Fran y la fiesta de compromiso. Se inclinó hacia mí desde el otro lado de la mesa.

—Entonces, ¿ya sabes qué te vas a poner?

—No tengo ni idea. Tendré que cavar en el armario para encontrar algo adecuado.

Ella frunció el ceño.

—Espera un segundo. Dijiste que esto es en el St. Regis, ¿verdad?

—Sí. ¿Y bien?

Cavé en la canasta de pan que estaba en la mesa. Nunca más volvería a cometer el error de beber con el estómago vacío. El pan servido en cestas en los restaurantes siempre fue mi mayor debilidad. ¿Cómo podría no serlo? Deliciosos pancitos esponjosos. Ni siquiera podía fingir que era malo.

—Así que, —dijo ella con severidad— probablemente sea un evento bastante elegante. Sin ofender, ¿pero tienes algo adecuado para eso?

Puse los ojos en blanco.

—Caray, no me ofendas —resoplé.

—Lo digo en serio.

—Sé que lo haces. Tengo algunas cosas lindas, pero son más bien trajes de “fiesta de trabajo”.

—Correcto. Y Valentin ya te ha visto en ellos.

Giraba sus rizos rojos entre sus dedos distraídamente mientras pensaba.

—No me importa si ya los ha visto. Valentin es una de las personas más inconscientes que conozco, así que dudo mucho que recuerde alguno de mis trajes. Probablemente estará distraído mirando a su adorable Glamazon para darse cuenta.

—Vale, de acuerdo. Olvídate de él y de lo que piense —Tomó un sorbo de su vino, mirándome—. ¿Qué hay de Fran?

—¿Qué pasa con él?

De repente me interesé mucho por el menú, a pesar de que lo conocía de memoria. Ese era nuestro restaurante italiano favorito.

—Mmm. Eso pensé.

—¿Pensaste qué? —exigí—. Por favor, cuéntame lo que está pasando por mi cabeza ahora mismo.

—¿Por qué no dejas de engañarte, Jenny? —Se acomodó en su silla y sonrió—. Fuiste al concierto con él.

—Sí, por Adele.

Ella se rió.

—Adele no te cortejó con champán y un paseo en limusina. Ella no te despidió con besó en la mejilla en la puerta de tu apartamento, y luego se fue dejándote jadeando por más.

Me sonrojé, mirando a mi alrededor.

—¿Podrías no decir esas cosas tan alto en público por favor?

—Lo siento, pero sabes que es verdad. ¿Qué hay de malo en querer lucir bien para él?

Suspiré, jugando con mi vaso de agua. No podría describir cómo me sentía, exactamente.

—Pensé que Valentin era un tipo de confianza —murmuré finalmente, aún mirando mi vaso—.

Y ya ves lo equivocada que estaba. ¿Cómo puedo siquiera considerar salir con tipo que le tiene fobia al compromiso como Fran? Desecha a las mujeres como se desecha un condón. Un solo uso y a la basura. No creo que pueda soportar algo así ahora mismo. Mi orgullo ya está hecho tiras.

—Bien, entonces —Cruzó los brazos con una expresión severa apareciendo en su cara—. No lo hagas por Fran o Valentin. Hazlo por ti. Te mereces entrar a esa fiesta sintiéndote hermosa, fabulosa y fuerte.

Abrí la boca, pero no salió nada. Me di cuenta de que tenía razón. No se trataba de ninguno de los dos. Necesitaba que Lillian y Valentin supieran que no me habían quebrado. Si quería jugar, era para mostrarles que no me hundiría como ellos creían. Podía tener clase, elegancia y buen gusto.

Carol se tomó mi silencio como una aceptación.

—Entonces. ¿Cuándo iremos de compras?

JENNY

La siguiente vez que vi a Fran fue el lunes por la noche, cuando literalmente nos encontramos. Parecía sorprendido, lo que me confirmó que no lo había planeado. Cada uno venía de direcciones opuestas y a medida que nos acercábamos deseaba que el terreno se abriera y me tragara. Estaba hecha un desastre sudoroso. Realmente no necesitaba que me viera en ese estado. Aunque para mi sorpresa, él también estaba empapado en sudor.

La gran diferencia era que él se veía insoportablemente sexy. ¿Por qué este hombre era tan atractivo? Me preguntaba si había un momento del día en el que no se viera como de un millón de dólares. Normalmente no me gustaban los tipos sudados. Pero Fran se veía como para comérselo, incluso cuando la parte delantera de su camiseta estaba empapada y él venía sin aliento.

Lo primero que me vino a la mente fue la idea de él sudando y sin aliento en la cama. Malditas hormonas, tratando de meterme en problemas.

—¿También corres? —preguntó, quitándose los auriculares.

Agité la cabeza.

—Sólo cuando tengo ganas de castigarme.

No necesitaba saber que yo estaba haciendo ejercicio de último minuto sólo por la fiesta.

Se rió.

—Vamos. El ejercicio no es un castigo.

—Entonces, ¿realmente te gusta correr? —le pregunté, alzando una ceja.

—Diablos, no. Lo odio. Pero todos los chicos “guays” lo hacen.

Tuve que reírme porque estaba en lo cierto. Parecía que todos mis amigos eran corredores, incluso Carol.

—¿Por qué crees que pase eso? —pregunté mientras subíamos las escaleras de la entrada juntos.

—Tendencias. Es lo que todos hacen. Comen comida orgánica, beben agua de coco y jugos verdes.

—Bueno, en realidad no soy una persona que siga tendencias. Tal vez nunca lo he hecho, a menos que seguir al repartidor de comida porque no tomo mi orden completa como eso, entonces sí.

Se rió cuando subimos al ascensor.

—Creo que tienes una idea muy acertada.

Lo escaneé cuando no me estaba mirando. Si correr fuera lo que le dio ese cuerpo, nunca lo desalentaría. No pude evitar admirar sus gruesas y tonificadas piernas, su trasero firme, sus anchos hombros, toda una obra de arte. Y eso era todo lo que pasaría, pura admiración. Sólo observarlo y admirarlo, sin fantasear en lo absoluto.

—No me gusta correr, pero me gusta el agua de coco. Tengo algunas botellas en mi nevera. Es una de las mejores cosas para beber si quieres hidratarte naturalmente. Y ahora sueño como un comercial —sonreí.

Fue lo suficientemente amable como para disimular su risa.

—Me convenciste. Compraré una caja.

—Oh, que amable. Pero en serio, ¿quieres un poco?

—Sí, sólo un poco, me vendría bien —hablaba despacio y en voz baja.

Sus ojos parecían estudiarme. Eso hacía que me hormigueara la piel. Sentía el calor acumulándose en mis mejillas.

—Espero que no pienses que esto es como un intento de seducción improvisado —balbuceé.

Oh, Dios, Jenny. Cierra tu estúpida boca.

Demasiado tarde. Ya había soltado la retahíla de estupideces.

—Guau —Parpadeó con los ojos tan abiertos como un ciervo.

—Lo siento...

—No, no lo sientas. Wow... —Se bajó del ascensor, y luego se apoyó contra la pared—. Eso definitivamente no es un intento de seducción.

—¿Podrías olvidar eso, por favor?

Mis mejillas ardían con el calor de mil soles.

—No, en serio. Este es un gran momento para mí. Nunca pensé en el agua de coco como un afrodisíaco hasta este momento.

—No se me antoja ir a la cárcel por matarte.

Sonrió.

—Sólo estoy decepcionado, eso es todo.

—Cállate. Me voy a casa.

—Entonces, ¿no hay agua de coco para mí?

Me di la vuelta, empezando a caminar por el pasillo.

—Si realmente quieres un poco...

Soltó una carcajada.

—Oh, por supuesto que quiero un poco.

—Estúpida agua de coco.

—Realmente me gusta. Podría decir que es mi favorita.

Me mordí el labio para no reírme mientras me seguía hasta la puerta principal.

—Quizás deberías buscarte tu propia agua de coco.

—Podría buscarla, pero apuesto a que la tuya es mejor.

Abrí mi puerta, manteniéndola abierta para que él pasara. Un acto totalmente en contra de mi buen juicio.

—Cuidado, o acabarás bebiéndolo solo —le dije.

—Lo sé —Me siguió adentro, y lo vi mirando a su alrededor—. Esto es acogedor.

Suspiré.

—Acogedor es otra palabra para decir pequeño.

—Lo grande está sobrevalorado. La diferencia está en cómo lo usas.

Recordé cuando estuve a horcajadas sobre él y en lo grande y grueso que sentía debajo de mí.

—¿Seguimos hablando de apartamentos?

Sonrió lentamente.

—¿Tú qué crees?

Algo estaba pasando dentro de mí.

—¿Todavía quieres el agua de coco?

—Sí, claro. He venido hasta acá para eso.

Me reí mientras sacaba las dos botellas de la nevera, luego miré mi reflejo en la puerta del microondas antes de regresar a la sala de estar. No me veía nada mal. Al regresar lo encontré sentado en el taburete del piano.

—¿Tocas? —le pregunté, mientras le entregaba una de las botellas.

—Ni una nota —admitió—. Estaba admirando el piano en sí mismo. Es hermoso. No quiero sonar arcaico ni nada, pero ya no los hacen así —Pasó sus manos por encima de las teclas, suavemente y sin hacer ruido, y luego cerró la tapa—. Es muy bonito.

—Gracias. Era de mi abuela.

—Oh, ¿en serio? ¿Lo trajiste hasta aquí?

—Quien sea que lo haya traído, lo hizo cuando se mudó por primera vez —corregí.

—¿Este era su apartamento?

Asentí, mirando a mi alrededor.

—Era de ella. Mi segundo hogar cuando estaba creciendo. Se mudó aquí después de la muerte de mi abuelo. Aún era joven. Mi abuelo murió atropellado por un coche cuando salía de su oficina.

—Oh, lo siento.

—Fue muy duro para ella, sobre todo porque mi mamá y mi tía ya habían crecido. Su casa era demasiado grande y vivía sola, así que la vendió y compró este lugar.

—¿Y ella te lo dio a ti? —Apoyó las manos sobre la tapa del piano—. ¿Junto con esto?

Volví a asentir con la cabeza.

—Es todo lo que tengo a mi nombre, en cierto modo. En realidad, más que en cierto modo. Es todo lo que tengo.

Abrió su agua de coco y tomó un trago largo. No pude evitar reírme ante la mueca de sufrimiento en su cara.

—Odio el agua de coco —admitió, moviendo la cabeza.

—¿En serio? Lo disimulas muy bien.

—Sigo pensando que hay algo mal en mí, ya que a mucha gente le gusta. Tengo que ser yo quien se equivoque si es tan popular.

—Siento lo mismo por la col rizada —admití.

—¡Oh, Dios mío! ¡Yo también la odio!

—¡Lo sé! Es asqueroso.

—Pensé que era el único.

—Ya ves que no estás sólo en esto.

—Así que ambos hemos estado corriendo, comiendo col rizada y bebiendo agua de coco aunque no nos guste.

—En realidad me gusta el agua de coco —le recordé—. Y secretamente me gusta correr.

—Gracias por esto —Señaló la botella en su mano y se puso de pie.

—Ni siquiera te gusta —le recordé.

—Sí, bueno, valió la pena tragar algo asqueroso si eso significaba pasar un poco más de tiempo contigo.

Presioné mis labios.

—He pasado demasiado tiempo contigo últimamente —murmuré, moviendo la cabeza con disgusto.

—¿Por qué lo dices? —preguntó mientras abría la puerta.

—Es sólo un chiste verde, olvídalo.

Se detuvo, lo pensó, y luego sonrió antes de salir al pasillo.

—Estás aprendiendo.

JENNY

Por alguna extraña y desconocida razón, me afeité las piernas y la línea del bikini con un cuidado meticuloso el martes por la noche. Luego, aún más inexplicablemente, me froté el cuerpo con un exfoliante de azúcar hasta que brilló. Después de secarme con la toalla, me apliqué un poco de crema con perfume de lavanda por toda mi piel.

Elegí una de las piezas de seda más sexys que tenía y ropa interior de encaje color chocolate. El sujetador tenía un bonito cierre rojo en la parte delantera. También había dedicado mucho tiempo sobre mi cabello, poniéndolo cuidadosamente en grandes rollos para luego cepillarlo y que cayera como olas alrededor de mis hombros.

Obviamente no quería que Fran pensara que había hecho ningún esfuerzo en absoluto. Quería parecer como si acabara de llegar del trabajo, tomé lo primero que vi en mi guardarropa y me lo puse. Una capa de rímel y brillo y ya estaba lista. Miré mi teléfono. Faltaban cinco minutos para las siete. Cogí la botella de vino que había comprado por el cuello y fui a llamar a la puerta de Fran.

Se abrió de repente, y Fran llenó el umbral. Nunca me acostumbraría a su presencia. Su pelo estaba un poco despeinado y sus ojos mostraban signos definidos de estrés. También había un olor extraño que provenía del interior de su apartamento. Levanté las cejas.

—¿Está todo bien?

—Claro. Pasa.

Le entregué la botella de vino.

—Gracias —dijo, y me la quitó distraído—. Toma asiento por favor. No tardaré mucho. La comida está casi lista.

Ah, la fuente del olor. Sonreí y mantuve mi voz feliz.

—¿Qué comeremos?

—Pollo.

Asentí con la cabeza.

—¿Sólo pollo?

Frunció el ceño.

—No. Por supuesto que no. También hay ensalada.

—Oh, genial. Me encanta el pollo y la ensalada.

—¿Puedo ofrecerte un trago?

El olor se hacía más fuerte.

—Te diré algo —dije, inclinando la cabeza en dirección al olor— ¿por qué no vamos a la cocina? Puedes abrir la botella de vino y podemos hablar mientras terminas de cocinar.

Dudó.

—Me encanta ver a la gente cocinar —añadí con una gran sonrisa, y sin esperar a que respondiera caminé hacia la cocina. El lugar parecía como si un tornado lo hubiera golpeado. Estaba lejos de ser la cocina inmaculada que había visto antes. Casualmente, desempolvé un poco de harina de uno de los taburetes de la isla y me senté—. Tal vez deberías revisar si está listo.

Caminó hacia el horno, se puso un par de guantes negros y lo abrió. Una nube de humo se

desprendió al sacar una bandeja con algo que se parecía más a un ladrillo ennegrecido muy grande que a un pollo. Miré la cosa carbonizada rectangular que estaba en el centro de la bandeja con una mezcla de sorpresa. ¿Cuántos días había estado cocinándolo para quemarlo tanto?

La alarma de incendios se activó. Fran corrió a buscar una revista para sacudir el humo, mientras yo abría una ventana. La alarma se detuvo después de unos de segundos y ambos nos reunimos frente al pollo carbonizado.

—¿Que era? —le pregunté.

—Pollo Buffalo con pan partido —dijo sombríamente.

Había un libro de recetas abierto en la isla con una foto de pollo Buffalo y pan partido. Se veía delicioso.

—No debiste haber empezado con un proyecto tan ambicioso —dije en voz baja.

—¿Te gusta la comida china? —murmuró.

—Me encanta.

Llamamos a mi restaurante favorito y le di al Sr. Chan nuestra orden.

—¿No quieres una doble ración del número ocho y el número sesenta y seis hoy? —preguntó sorprendido.

Se refería a mi habitual doble pedido de rollitos de huevo, y a su delicioso postre de Banana Split. No me malinterpreten, estuve tentada de agregarlos a la orden, pero miré a Fran, y en seguida de acordé de mi ropa interior.

—Hoy no, gracias, señor Chan.

Colgué y le sonreí a Fran mientras se acercaba con una copa de vino.

—Gracias —le dije, agarrando la copa. Nuestros dedos rozaron y mi estómago revoloteó un poco.

Puso algo de música, lo que parecía como una orquesta. Una mujer cantaba y su voz era lo suficientemente alta como para romper cristales. No lo había escuchado antes. Quizás era un gusto adquirido.

Nos sentamos uno al lado del otro en el sofá.

—Así que, dime, ¿cuánto tiempo llevamos viéndonos? —dijo.

—¿Tres semanas? —Arrugué la nariz

Asintió con la cabeza.

—¿Así que nos estabas engañando a Valentin y a mí?

—Sí —Me mordí el labio.

—De acuerdo. ¿Dónde nos conocimos?

—Hagámoslo simple. Nos encontramos fuera del ascensor. Dijiste hola y eso fue todo. Una cosa llevó a la otra y boom.

—Boom —dijo suavemente, sus ojos brillaban.

—Boom —repetí, incapaz de apartar la mirada, estaba hipnotizada.

Sus ojos expresaban deseo. Recordé su beso posesivo, la manera como chupaba y mordía mi labio y en seguida sentí crecer el calor entre mis piernas. La habitación parecía como si estuviera girando.

Jesús, ¿cuánto alcohol había consumido?

Su teléfono sonó, haciéndome salir de la hipnosis y tomé un gran trago de mi vino. Ignoró su teléfono.

—¿No vas a contestar?

—No. ¿Qué más necesito saber sobre ti?

—Que me encantan los zapatos.

Asintió.

—Me di cuenta.

—Corro. Ambos corremos, obviamente. Me gusta comer, pero estoy constantemente a dieta.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—No, no lo sé. Creo que tiene una figura perfecta. En todo caso, tampoco te vendrían mal unos kilos de más.

No pude evitarlo. Me sonrojé. ¡Oh Dios! Este hombre sabía decir las cosas correctas.

FRANCO

Llegó la comida. Nos sentamos a la mesa y parecía que no podía creer el mensaje dentro de su galleta de la fortuna.

«Una boca cerrada no te llevará muy lejos».

Lo leyó a regañadientes y no pude evitar reírme. Luego rompí mi galleta.

«El mayor peligro podría ser tu estupidez».

Ahora era ella quien se reía de mí. Disfrutaba verla reír y eso marcó la diferencia durante el resto de la cena. Los dos estábamos relajados y la conversación era fácil y fluida a medida que nos íbamos conociendo. Era sarcástica e inteligente, dos cosas que me gustaban en una mujer. Siempre hubo una tensión sexual entre nosotros que me estaba hirviendo a fuego lento. Para cuando terminó la cena, ya estaba más que excitado, sólo por su compañía. En uno de sus movimientos su vestido se subió por sus muslos. Cuando intentó acomodarlo la detuve, colocando mis manos alrededor de las suyas.

—Estaba disfrutando de la vista —dije, en un tono lento y suave.

Se mojaba los labios nerviosamente, pero me permitió que le tomara las manos.

—Muéstramelo —susurré.

—¿Qué? —susurró ella, sus ojos azules estaban abiertos de par en par.

—Tu dulce centro. Lo he estado queriendo toda la noche. Es hora de que lo pruebe un poco. Levántate y muéstramelo.

La había visto chupar fideos a través de esos labios carnosos durante toda la cena sin poder reaccionar, pero ahora estaba ardiendo por dentro, mi sangre se sentía como fuego recorriendo todo mi cuerpo. Anhelaba su carne como un adicto a su droga. Necesitaba quitarle la ropa y beber su dulce néctar.

Ella empujó su silla, se puso de pie y se acercó a mí, quedando entre mis piernas. Deslicé mis manos suavemente debajo de su vestido. Su piel era cálida y sedosa.

—Estás temblando —murmuré. Sus mejillas se tornaron rosadas—. ¿De qué tienes miedo, preciosa? Eres la mujer más sexy que he conocido —Se mordió el labio y parecía que no me creía—. Quieres esto, ¿no?

Ella asintió nerviosa y yo sonreí un poco. Mis dedos alcanzaron el borde de encaje de sus bragas y las bajé, deslizándolas suavemente. La ayudé a sacar una de sus piernas de la prenda, quedando enganchada alrededor de su otro zapato. Usando mi otra mano, despejé la mesa de todos los platos y restos de comida.

—Sube a la mesa y recuéstate —le dije.

Dudó un segundo antes de obedecerme. Abrí sus piernas hasta tener una vista completa de su centro recién afeitado. Era rosa y tan perfecto que quería llorar. Levantó la cabeza, vio la forma en cómo la miraba y se puso aún más roja. Mi pene palpitaba, estaba tan duro que me dolía. Su olor hizo que se me hiciera agua la boca. Nunca había tenido tantas ganas de comerme una vagina en mi vida.

—Maldita sea, estás tan mojada —mi voz era ronca y gruesa.

Me incliné hacia adelante y pasé mi lengua a lo largo de su perfecta vulva, lamiéndola

rápidamente. Sus jugos fluían por mi lengua. Mierda, sabía como un pedazo de cielo.

Ella gemía y se retorció mientras la lamía una y otra vez. Su delicioso jugo envolvía mi lengua y corría por mi garganta. Su pequeña cavidad se abrió más para mí y metí mi lengua dibujando círculos dentro de ella. Sus caderas se movían buscando mi boca, desesperada. Sus manos se engancharon de mi cabello.

Chupé su clítoris y se puso tensa.

—Oh, Fran —gimió, golpeando su coño contra mi boca.

Seguí chupando hasta hacerla estallar, su vagina bombeaba y sus líquidos rodaban por mi barbilla.

—Ya me vine. Para —jadeó.

La agarré de sus nalgas, aferrándome a ella y seguí chupando mientras todo su cuerpo se doblaba. Continué lamiéndola aún cuando ella ya había acabado, sólo quería seguir disfrutando de su dulce sabor. Respiraba con dificultad cuando le di un último beso y levanté la cabeza.

—Vaya —susurró ella, con los ojos cerrados.

—Quiero ver tus tetas.

Se sentó en la mesa y se quitó el vestido. Su sostén tenía el broche en la parte delantera y cuando lo soltó, sus pechos se liberaron rebotando. Sus tetas eran grandes y llenas con puntas rosadas. Me rogaban que los chupara. Mi erección se sentía caliente y gruesa en mis pantalones.

Jenny Young, objeto de demasiadas fantasías, estaba desnuda en mi mesa de comedor. Fueron incontables las veces que me había masturbado pensando en ella.

La miré con hambre. Tomé uno de sus pechos y sentí su agradable peso en mi mano. Hice rodar su duro pezón de un lado a otro entre mis dedos hasta que ella gimió y su cuerpo se arqueó. Me gustaba ver su cuerpo completamente expuesto. La miré fijamente y percibí una extraña sensación. Una que nunca había tenido antes. La posesividad ardía dentro de mí.

Ella era mi mujer. Era mía y sólo mía. Que Dios ayude a todo aquel que esté interesado en ella.

Me incliné hacia adelante y le mordí el pezón. Respiró sorprendida y luego gimió profundamente; el sonido era erótico y primitivo. Lo chupaba fuerte, y ella temblaba y gemía como un animal. Los sonidos que emitía me hacían sentir salvaje y extrañamente fuera de control. Me rodeó con sus piernas presionándome a su centro abierto para frotarlo contra mi erección vestida. Se sentía tan bien que casi llego dentro de mis pantalones. Cada nervio, cada célula gritaba para que la penetrara. En ese momento nada importaba, excepto ella. Su cuerpo. Su boca. Su sexo. Sus gritos de placer. Ella era mi única realidad.

Me quitó la camisa, soltando los botones desesperada. Sus dedos se veían pálidos arraigados en el pelo de mi pecho.

Oh, sí, Jenny.

Comenzó a desabrocharme el cinturón. Sus dedos estaban frenéticos. Lo único que pasaba por mi mente era el deseo que sentía por ella. Sentía que sólo ella podía darme la satisfacción que deseaba, que superaría todas las demás experiencias que había tenido en mi vida. Bajó la cremallera tirando de mis pantalones. No podía esperar a entrar en ella. De repente, mi pene estaba en sus manos, agarrándolo por la base y un gemido retumbó en mi pecho.

¡Oh! Es enorme —susurró con asombro.

JENNY

Su pene parecía estar hecho de yeso liso. Era... monumental. Cada pulgada estaba libre de imperfecciones y sin defectos. Como un hermoso mástil rosado. No sabía si encajaría dentro de mí. Pero ya estaba por averiguarlo. Se colocó el condón y frotó su punta contra mi humedad. Cerré los ojos con anticipación.

De repente mi tono de llamada me sacó de mi frenesí. Por un segundo me quedé paralizada.

—Déjalo —gruñó.

Quería ignorarlo, pero nadie me llamaba a estas horas de la noche. Carol sabía que yo estaba con Fran, así que nunca me llamaría. A menos que fuera una emergencia. Podría ser mi madre. Mi madre y yo nos habíamos distanciado desde la muerte de mi abuela, pero yo era todo lo que tenía. Mi teléfono siguió sonando.

No puedo —susurré—. Podría ser una emergencia. Quizás es mi madre.

Él se alejó de mí con una clara expresión de frustración en el rostro. Bajé de la mesa y fui por el teléfono. De repente me di cuenta que estaba completamente desnuda. Agarré el teléfono y miré la pantalla. Por un segundo no podía creer lo que estaba viendo.

¡Deniss!

¿Qué demonios...? ¿Por qué me llamaría a esta hora de la noche? Nunca me había llamado después de las ocho. Nunca. Algo debe estar muy mal con ella. Miré a Fran y me veía con expresión de incredulidad.

—Lo siento, pero debo contestar —le dije.

Gruñó y se recostó. Yo tomé la llamada.

—Oh, gracias a Dios —gritó Deniss con urgencia. Sonaba asustada y temblorosa.

—¿Qué pasa, Deniss? —le pregunté, con la sangre helada.

—Siento mucho llamarte tan tarde, pero no tenía a nadie más a quien llamar.

—¿Estás bien? ¿Qué necesitas?

—Es mi hermano. Creo que está muerto.

—¿Qué? —Me quedé sin aliento.

—La policía acaba de llamarme. Tuvo un accidente automovilístico —dijo ella, su voz temblaba incontrolablemente—. Quieren que vaya a identificar el cuerpo. Tengo la dirección, pero no tengo a nadie que me acompañe.

—Oh, Deniss. Lo siento mucho. Por supuesto, iré contigo.

—Siento molestarte, pero realmente no tengo...

—No te preocupes, Deniss. Me complace poder ayudar.

Empezó a llorar. No podía creer que fuera la Deniss que conocía. Se caracterizaba por lo fresca, tranquila y despreocupada que era. No sabía qué decir.

—No llores, Deniss. Por favor, no llores. Llegaré tan pronto como pueda.

—Gracias, Jenny —Suspiró—. Muchas gracias. ¿Cuánto tiempo te llevará llegar aquí?

Sonaba tan agradecida que sentí pena por ella.

—Llamaré a un taxi ahora mismo.

—Gracias, Jenny. No sabes lo que esto significa para mí. Espero no haberte despertado.

—Está bien. No, no lo hiciste.

Le pedí que me enviara su dirección y colgué. Fran caminó hacia mí. Se había subido la cremallera de su pantalón y tenía en sus manos mi sostén, mis bragas y mi vestido para entregármelos.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó.

—No. Eso la haría sentir incómoda.

No podía mirarlo a los ojos. Usé mi vestido para taparme un poco. Y él se inclinó hacia adelante para besarme en la frente.

—Te llamaré un taxi.

Me vestí rápidamente mientras él estaba al teléfono solicitando un Uber para mí.

—Lo siento —dije.

—No hay problema —me respondió, pero sus ojos ya no brillaban.

Fran insistió en bajar en el ascensor conmigo. Me acompañó hasta que entré en el taxi y cerró la puerta.

—Asegúrate de que haya entrado en el edificio antes de que te vayas —le dijo al conductor y le dio un billete de veinte.

—Vaya, gracias —dijo el tipo.

Fran se quedó en la acera viendo hacia el coche mientras nos alejábamos. Me di la vuelta para verlo. Se veía alto, ancho, tan poderoso.

Cuando llegué a la dirección que Deniss me había indicado, la encontré esperándome en el vestíbulo del edificio. Llevaba jeans y un suéter verde. Tenía el pelo revuelto y estaba pálida y conmocionada. Apenas podía creer que era la misma mujer para la que trabajaba. Parecía otra persona.

—Gracias por venir, Jenny. Siento hacerte venir hasta acá a estas horas de la noche —su voz se quebró.

—Está bien. No te preocupes —dije rápidamente.

Ella se apretó la frente con la mano y gritó penosamente:

—¡Dios! ¿Cómo ha podido suceder esto? Lo vi la semana pasada.

Se sentía el dolor en sus palabras. No sabía cómo reaccionar ante su pérdida y su dolor. ¿Qué se supone que haga? ¿Le doy un abrazo y la consuelo o me quedo ahí parada? Ella nunca había sido una persona muy afectiva y siempre trazó una fina línea entre nosotras. Nuestra relación era sólo de jefe y subordinado. Además, tenía aversión a los gérmenes.

—Oye, está bien. Tranquila. —dije, sin intentar tocarla.

Ella apretó los labios.

—Muy bien, vamos.

JENNY

Para mi sorpresa, Deniss no fue llevada a la habitación donde levantan una sábana y te muestran el cadáver. En cambio, nos dijeron que esperaríamos en una pequeña habitación. Ella caminaba nerviosa hasta que entró una mujer. Vestía una blusa blanca, una falda gris y llevaba un portapapeles en sus manos. Se presentó como Ruth Corwan. Era una consejera del dolor.

—La identificación será a través de una foto y yo estaré con ustedes durante todo el proceso —explicó en voz baja.

—¿Así no tendré que ver el cuerpo de mi hermano? —preguntó Deniss.

Agitó suavemente la cabeza.

—Puedes tomarte todo el tiempo que necesites. Pondré este portapapeles sobre la mesa. La fotografía está boca abajo y cuando estés lista puedes darle la vuelta. La foto mostrará a tu hermano acostado. Tiene algún traumatismo craneal, pero su cara no está marcada. También tiene algunos moretones en el cuello.

Deniss asintió lentamente y puso sus manos sobre la mesa con sus uñas pálidas bellamente cuidadas.

—Tómate todo el tiempo que quieras —dijo Ruth en voz baja—. No hay ninguna prisa. Estoy aquí para ayudarte.

—Siento que tengas que estar aquí —dijo Deniss.

Ruth agitó la cabeza y sonrió amablemente.

—No lo sientas. Considero mi trabajo un honor y un privilegio. El nacimiento y la muerte son procesos naturales. Algunas personas están al principio de la vida de una persona y otras al final.

Lentamente, Deniss levantó una esquina de la foto y le dio vuelta. Su hermano no se parecía en nada a ella. Su pelo estaba cubierto de sangre en un lado y tenía un moretón en el cuello, pero por lo demás, parecía que estaba durmiendo. Miró la foto por un largo tiempo. La habitación estaba en absoluto silencio, tanto como para escuchar caer un alfiler. Podía oír mi propio corazón.

Luego respiró temblorosamente.

—Sí, es Mickey.

Ruth se acercó, tocó la mano de Deniss y esta brincó hacia atrás en el asiento. Una expresión de sorpresa cruzó por la cara de la mujer y casi quería contarle sobre la fobia a los gérmenes que tenía.

La mujer le dio detalles de dónde podía ir para recibir consejería y ayuda si la necesitaba y luego se puso de pie para irse.

—Puedes irte ahora si quieres —me dijo Deniss. Le temblaban las manos.

—No, me quedaré contigo.

Me miró con gratitud. Me quedé con ella hasta que se sintió lo suficientemente bien como para irse. Eran casi las tres de la mañana y el aire estaba frío afuera. Llamé a un taxi y la dejé en su apartamento antes de volver al mío.

Salí del ascensor y caminé lentamente hasta mi apartamento. Me sentí extrañamente agotada. Ver a Deniss de esa manera me afectó muchísimo. ¿Ese era el destino que me esperaba algún día? ¿Tendré que llamar a uno de mis empleados cuando me encuentre en un momento de terrible

dolor?

Seguía viendo su cara pálida y sus labios temblando en mi mente.

Cuando traté de abrazarla, ella se paró en el círculo de mis brazos tiesa como un pedazo de madera hasta que de repente se desplomó una presa dentro de ella, me abrazó con fuerza y sollozó como un bebé. ¿Cuán solitaria debe ser su vida?

Saqué mi llave y la puerta de Fran se abrió.

—¿Estás bien? —preguntó desde el otro lado del pasillo.

Asentí con la cabeza.

Nos quedamos mirándonos fijamente durante unos segundos. Luego cruzó el espacio entre nosotros a pasos agigantados y me empujó entre sus fuertes brazos. Podía sentir el calor que venía de su cuerpo, olerlo y escuchar el latido constante de su corazón. Me sentía tan cómoda y segura entre sus brazos. Lo deseaba tanto que me dolía, pero sabía que no podía tenerlo.

Sentí que las lágrimas calientes empezaban a rodar por mi cara. Realmente no sabía por qué estaba llorando. No era tan cercana a Deniss. Tal vez fue sólo la conexión humana, sentía su tristeza dentro de mí. Fran estuvo en silencio, hasta que me alejé de él.

—¿Quieres venir a mi casa? —preguntó.

Agité la cabeza. Estaba demasiado confundida con todo. Él. Mi vida. Mis prioridades. Sabía una cosa con seguridad. No quería ser como Deniss dentro de quince años. Si seguía saliendo con tipos como Valentin y Fran, eso era exactamente lo que me esperaba.

—Creo que sería un error que continuáramos con esto.

Una extraña expresión apareció en sus ojos, pero fue tan rápida que no la pude descifrar, especialmente por cómo me hacía sentir.

—¿Por qué?

—Estoy muy confundida con todo esto Fran. Acabo de romper con Valentin, y ni siquiera sé cómo me siento al respecto. No quiero ir de su cama a la tuya. Creo que necesito tiempo para evaluar mi vida, mis prioridades y hacia dónde quiero ir.

Sus cejas se apretaron.

—Me parece justo.

—Lo siento si te he engañado. Si no quieres venir a la fiesta conmigo mañana, lo entenderé.

—Te llevaré a esa fiesta. De ninguna manera les daré el gusto de reírse de ti.

Mi corazón latía un poco más rápido ante la expresión determinada de su rostro.

—¿Lo harás?

Asintió con la cabeza.

—Claro que lo haré.

Lo miré fijamente. Era tan hermoso. Quería extender la mano y tocar su rostro.

—Entonces, ¿somos amigos?

Algo dentro de mí dolió al preguntarle eso.

Se encogió de hombros.

—Sí.

—Gracias, Fran.

—No hay problema. ¿Nos vemos mañana?

Estaba demasiado triste para hablar. Sólo asentí con la cabeza. Al entrar en mi apartamento y dar la vuelta para cerrar la puerta, él estaba ahí parado.

—Buenas noches, Jenny. Que duermas bien.

—Buenas noches, Fran —susurré. Entonces cerré la puerta.

Esa noche me decidí. Iría a la fiesta de mañana con Fran y luego, eso sería todo entre nosotros.

La verdad es que nunca podría ser su amiga. Había complicado las cosas acercándome a él. Ahora me mataría ver el desfile de mujeres que traería a su apartamento, especialmente ahora que había probado cómo era como amante. Deseaba que aceptara la oferta del comprador y se mudara. Gracias a Dios que no llegamos hasta el final, pero el pensamiento me hizo doler el corazón.

JENNY

¿Estás segura de que me veo bien? —Me di vuelta ante el espejo una vez más y miré mi espalda totalmente descubierta.

Carol me miraba desde el borde de mi cama y podía ver su sonrisa por el reflejo del espejo.

—Voy a tener que buscar cumplidos nuevos por internet para que me creas.

—Siento como si estuviera mostrando demasiado.

—¿Qué tiene de malo mostrar la espalda? Tienes una piel sensacional. Si fuera tan bajo en el frente, entonces si tendríamos que hablar.

—Si fuera tan bajo en el frente, me arrestarían — Agité la cabeza, preocupándome—. ¿No es demasiada piel para el St. Regis? No quiero que piensen que estoy trabajando, y no me refiero como servidor.

Carol frunció el ceño.

—Es sexy, obviamente, pero de una manera elegante y con clase que sería totalmente aceptable en el St. Regis.

Me volví a enfrentar al espejo, mordiendo mi labio. Nunca fui tan insegura.

Con un suspiro exasperado, sacó una prenda de un bolso lleno de accesorios que había traído con ella.

—Aquí. Si te hace sentir mejor, usa esto.

Me puso un chal plateado en los hombros y se echó para atrás. Iba a juego con los tacones de tiras de plata que me prestó después de hacerme prometer que cuidaría de ellos como si fuera mi propio hijo. La amistad era amistad, pero un buen par de zapatos eran irremplazables.

Di un paso atrás frente al espejo, logrando un ángulo completo para verme mejor. El vestido era azul marino con cuello de cabestro. La parte delantera era recatada y elegante, pero de espalda totalmente descubierta, acercándose peligrosamente al coqueteo con la parte superior de mi tanga. Por la tela del vestido, no parecía que permanecería en su lugar, pero estaba tan bien ajustado que lo hizo, incluso cuando me senté.

Alisé la parte delantera del vestido, que quedaba justo por encima de la rodilla. Tenía que admitirlo, el corte delgado abrazaba mi figura y me hacía sentir como esas estrellas de cine de los años cincuenta que apretaban los hombros hacia adelante y soplaban besos sensuales la cámara. Me preguntaba qué haría Fran con este vestido y recordé sus ojos grises y ardientes vagando hambrientos sobre mi cuerpo.

—¿Adónde te fuiste? —preguntó Carol mientras enchufaba mi rizador de pelo.

—A ninguna parte. Estoy justo aquí.

—No, no lo parece. Te ves preocupada. ¿Te pasa algo? ¿Es por esa mujer? ¿Deniss?

—No.

—Hay gente solitaria y triste como ella en todas las grandes ciudades. No te pareces en nada a ella.

Asentí con la cabeza.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

—No estoy preocupada —negué.
—Vamos. Inténtalo de nuevo.
—Estoy... estaba... um... pensando. Preguntándome...
—¿Sobre Valentin?
—¡Dios, no!
—Bien, porque no vale ni un minuto más de tu vida.

—¿No vale la pena? Entonces, ¿por qué carajos voy a ir a esta fiesta? Recuérdamelo.

Me sentó en la silla de comedor que había arrastrado a mi dormitorio y empezó a trabajar en mi cabello. Su hermana era estilista y le había enseñado un millón de trucos, lo que explicaba por qué sus rizos naturales nunca parecían encrespados o despeinados incluso en días ventosos o húmedos.

Me cubrí el pecho con una toalla y empecé a maquillarme mientras ella me separaba el pelo en secciones y me lo pinzaba por toda la cabeza.

Ella agitó el rizador de pelo para demostrar su punto de vista.

—Para mostrarle a la cara que estás bien. Para elevarte por encima de las mierdas que buscan arrastrarte y acabar con tu buena fortuna.

—¿Buena fortuna?

—Ella se está conformando con Valentin. Tienes a Fran —me dijo.

—No tengo a Fran —le recordé.

—Ella no lo sabe —dijo alegremente.

—Esta noche, saldrás y te divertirás. Muéstrale lo bien que la estás pasando —tenía un brillo divertido en sus ojos—. Y si por casualidad decides besuquearte un poco con un tipo un millón de veces más caliente que Valentin, podrías hasta aparecerle en sus sueños más salvajes, bueno...

—No habrá besuqueo —le disparé.

—Y te preguntas por qué te considero una anciana.

Ella puso los ojos en blanco y agitó la cabeza con la expresión de una madre decepcionada.

—Estás asumiendo que él querrá besuquearse conmigo. Ya te lo dije, estuvo de acuerdo en que seríamos amigos.

—Amigos, mi trasero. Cariño, espera a acabe contigo. Cuando ese hombre te vea tendrás suerte de ir a la fiesta —Me guiñó un ojo en el espejo.

—No lo creo.

Su suspiro resonó por toda la habitación.

—¿Qué tiene Fran que te aleja así? Por lo que me has dicho, es divertido y encantador. Y te salvó cuando Valentin estaba siendo un imbécil insensible. Lo siento, pero no entiendo como no te despertaste en su cama esta mañana. Supongo que voy a tener que quedarme aquí hasta que él venga y averiguarlo por mí misma.

Carol no sabía que casi lo hice. No sabía todo lo que había pasado entre nosotros anoche.

—No te atrevas —la amenacé.

Ella resopló de risa.

—Estás loca si no crees que me voy a quedar para echarle un vistazo.

JENNY

Suspiré.

—Bien, pero no digas ni hagas nada que me avergüence.

—Me pregunto por qué sigue soltero.

—Tal vez tenga una chica muerta en su armario a quien abraza todas las noches.

—No seas tonta. Tal vez le han fallado en el pasado. Ya sabes cómo se siente eso.

—O tal vez está obsesionado con su madre y ninguna mujer estará a su altura.

Ella se rió.

—Probablemente está demasiado ocupado para iniciar una relación, o está esperando a alguien tan especial como tú.

—O la verdad. Es un mujeriego indomable.

—No todo tiene que ser tan serio, Jenny. Se vale divertirse un poco.

—Puedo divertirme sin sexo, gracias. El sexo con Valentin es lo que me metió en este lío. Seguí mi impulso sexual y mira adónde me llevó —Miré los ojos de Carol, reflejados sobre mi cabeza—. Por favor, deja que me cure un poco antes de volver a salir con alguien.

—Por supuesto. Haz lo que te haga sentir bien. No debería sentirte presionada por mi opinión. Sólo quiero que seas feliz.

Me di vuelta y tomé su mano.

—Sé que quieres lo mejor para mí.

—Te quiero, Jenny.

—Lo sé. Yo también te quiero, Carol.

—Cielos. ¿Cómo diablos llegamos hasta aquí? —Ella se rió.

Yo también me reí.

—Ni idea, pero ¿sabes qué me haría feliz ahora mismo? —le pregunté.

—¿Qué?

—Un helado de chocolate extra grande y un paquete de cigarrillos.

—No fumas desde la graduación.

—Nunca es demasiado tarde para retomar un mal hábito. Tengo que hacer algo por mis nervios y no puedo masticar mis uñas ya que acabo de hacerlas.

—Relájate y déjame hacer mi magia.

Y lo hizo. Rizó, retorció, peinó y pinzó hasta que mi cabello se convirtió en una masa rizada en la parte posterior de mi cabeza. No podría haber hecho algo así ni en un millón de años. De intentarlo seguramente terminaría con un nido de pájaro en la cabeza.

Una cosa que sí podía hacer y me quedaba fabulosamente bien era maquillarme. El ahumado de ojos se veía bastante impresionante con mis labios escarlata.

Carol tenía razón. Me puse de pie frente al espejo y me veía genial. Después del golpe que le di a mi tarjeta de crédito con la manicura, pedicura, vestido nuevo y bolso, debería estarlo. Estaría pagando por esta noche de fiesta durante un buen tiempo, pero ya que lo hacía para mantener mi orgullo intacto, valdría la pena.

Había un pedacito de mí -quizás más que un pedacito- que quería hacer que Valentin se

arrepintiera de lo que había hecho. Quería que me mirara esta noche y lamentara haberme engañado.

—Gracias, Carol —dije tocándome el cabello—Eres como mi hada madrina de la vida real.

Hizo una reverencia exagerada.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—Tres minutos más tarde que la última vez que me preguntaste —murmuró mientras limpiaba nuestro desastre.

—Dios, estoy tan nerviosa —dije, poniendo una mano sobre mi estómago.

—No hay nada por lo que estar nerviosa. Estás estupenda.

Deslicé mis pies en sus tacones de cinco pulgadas, delgados como un lápiz, e hice un pequeño recorrido por mi habitación para adaptarme a ellos.

—Siento mariposas en el estómago.

—Supéralo —dijo ella sin darse la vuelta.

—Creo que son náuseas.

Ella giró.

—No vomites en los zapatos, o te juro por Dios que nuestra amistad se acaba.

—Me alegra saber dónde estoy en tu lista de prioridades —Me senté, mis rodillas temblaban como gelatina—. No puedo creer que esto me tenga tan alterada. Ojalá no me hubiera encontrado con ellos ese día. Ojalá Fran no hubiera interferido. Podría haberles rechazado la invitación y ya.

—¿Y qué estarías haciendo esta noche? —Se sentó a mi lado, dándome palmaditas en las rodillas.

—No lo sé, pero no estaría nerviosa, con náuseas y a punto vomitar en tus zapatos. De eso estoy segura.

—Vas a ir a una fiesta fabulosa —dijo ella con firmeza—. Con un tipo que te hace reír y te trata bien. Por lo menos, disfruten la noche, pasen un buen rato juntos. Olvida la razón por la que vas. Sólo diviértete.

Miré por la ventana nerviosa.

—¿Cómo está el tiempo afuera?

—Y ahora soy meteoróloga —murmuró, comprobando una aplicación en su teléfono—. Está fresco. Despejado. No llueve, gracias a Dios. No te peiné para nada.

—¿Qué hora es ahora? —Me levanté, paseando de un lado a otro.

—Son casi las ocho. Llegará en cualquier momento. ¿Podrías calmarte, por favor?

—No sé qué me pasa —admití—. Todas las amigas de Lillian probablemente ya saben quién soy. ¿Y si quieren desquitarse conmigo?

—Me llamarás y yo iré a patearles el culo a todos —gruñó ella—. De igual forma, no creo que lleguemos a eso. Esto ya no se trata de una historia de venganza.

—Espero que no.

—Además, no estarás sola. Fran sabe lo que pasa. Él te protegerá. Tengo un buen presentimiento sobre él.

Justamente en ese momento sonó el timbre de la puerta. El sonido fue como un aviso para mi vejiga ya que tuve ganas de orinar de repente, pero no me atreví a dejar a Carol sola con Fran, no confiaba en su boca. Ella se puso de pie para recibirlo mientras yo me miraba en el espejo una vez más.

—Hola —Oí a Fran decir, con sorpresa en su voz—. Estoy aquí por Jenny.

Carol no respondió de inmediato. Me asomé para ver por qué y entendí al instante. También me quitó el aliento. Algo en lo más profundo de mi cuerpo se encendía, mientras yo presionaba

mis labios para contener el gemido que amenazaba con escapar de mi boca. Empecé a repetir mentalmente mi regla: *nada de sexo*.

JENNY

No podría describirlo en toda su esencia aunque lo intentara durante una semana. No había palabras para describir el aura que parecía rodearlo. Precioso, elegante, sexy, cortés, viril... podría seguir y seguir en una lista larga, pero no estaría ni cerca de ser suficiente.

Todo lo que podía hacer era admirar lo majestuoso que se veía con ese traje negro, el cuello de su camisa blanca abierto en la garganta, tal como había sido esa noche en los escalones de la entrada. Llevaba una gabardina negra con una bufanda gris que combinaba con sus ojos de acero. ¿Cómo iban a lidiar los otros hombres de la fiesta con toda esta perfección masculina?

Sus ojos se movieron de Carol hacia mí, mostrando asombro.

—Vaya —dijo en un suspiro.

Cada célula de mi cuerpo se estremeció con esa única palabra. Sentí que mi nuca se me erizaba y un escalofrío me atravesó mientras sus ojos me recorrían de pies a cabeza.

—¿Pasé la prueba? —murmuré.

No dijo ni una palabra. No paraba de mirarme.

—Así que, soy Carol —dijo, aún de pie en la puerta—. Es un placer conocerte.

—¡Oh! —Fran se rió, y luego le estrechó la mano—. El placer es mío. Fran Black.

—Lo sé —dijo ella, sonando un poco risueña.

Por un momento dude que fuera Carol la que reía. Era la persona más obstinada que conocía. Los hombres no la hacían reír así. Rara vez lograba hacerla reír y eso que soy su mejor amiga.

—Bueno, esto es genial, pero creo que deberíamos irnos. No queremos perdernos la ceremonia, estoy segura de que Lillian y sus amigas nos están esperando con ansias.

Saqué mi abrigo del perchero y Fran estuvo a mi lado enseguida para ayudarme a ponérmelo. Puso su mano sobre mi hombro y temblé ante su tacto, se sentía muy bien.

—Nadie te molestará mientras yo esté cerca —me aseguró Fran.

—Ahora me siento mucho mejor —bromeé, pero cuando lo miré -un poco más cerca, gracias a los zapatos de Carol- no sonreía. Lo decía en serio. Por una vez, estaba hablando muy en serio.

Carol fue al dormitorio a recoger sus cosas, dejándome a solas con Fran por un momento. Me miró de arriba a abajo otra vez.

—Hablando estrictamente desde la zona de amigos, te ves increíble —dijo en voz baja.

Sentí que me sonrojaba y no pude corresponder a su mirada. La opresión en el centro de mi pecho era demasiado.

—Tú tampoco te ves tan mal —dije torpemente.

Vaya, qué subestimación. Debería haber un castigo por decir algo así.

—Siempre me veo bien —se encogió de hombros—. Pero tú...

—Sabes, me estás haciendo pensar que me veo mal el resto del tiempo —susurré.

Sus ojos brillaban.

—Recuerdo cómo te veías anoche.

Tragué con fuerza. Mi decisión de alejarme de él después de esta noche ya estaba pendiendo de un hilo.

—Confío en que sólo recuerdes eso.

—Oh, no. Recuerdo todo, hasta la noche en que nos conocimos.

Mi corazón dio un vuelco cuando escuché el tono íntimo de su voz. ¿Me estaba engañando? Porque sonaba como si realmente le gustara, a menos que esa fuera parte de su técnica. Lo miré a los ojos. Quería hacer una broma, decir algo gracioso para romper la tensión, pero estaba completamente muda.

—Muy bien, chicos. Diviértanse —dijo Carol, poniéndose su abrigo mientras caminaba por la sala de estar.

No nos miraba a ninguno de los dos pero podía imaginarme lo que estaba pasando por su cabeza. Sin duda mañana tendríamos una llamada maratónica.

—Nosotros también nos vamos. Tomemos el ascensor juntos —sugirió Fran.

Casi deseé que la dejara ir porque de repente quise estar a solas con él. Quería que me mirara como lo hizo cuando salí de la habitación, mientras yo temblaba y sentía calor por todas partes. Decidí que podría manejar el daño a mi tarjeta de crédito si eso significaba que me mirara de esa manera.

Los tres salimos del apartamento y caminamos por el pasillo. Fran y Carol hablaban. Ella ya había superado la explosión de sangre que se produce al verlo por primera vez y ahora hablaban casualmente. Para Carol no era difícil socializar rápidamente, era ingeniosa, divertida e interesante. Deseaba poder ser como ella.

Aún así, aunque él hablaba con ella, su mano estaba en mi espalda cuando salimos del edificio.

—Que tengan una buena noche —dijo Carol.

Le eché una mirada mientras entraba en la limusina y ella me dio dos pulgares arriba. Entonces, cuando Fran no estaba mirando, se abanicó mientras redondeaba los ojos y jadeaba. Puse los ojos en blanco y la limusina se alejó de la acera.

—Parece agradable —dijo Fran con una sonrisa.

—Ella es la mejor.

De momento me golpeó más fuerte que nunca el hecho de que nos dirigiéramos a la boca del león. Esperaba que no fuera tan malo como lo imaginaba.

—Estarás bien —dijo, leyendo mi mente—. Nos divertiremos.

Su mano tocó la mía, tímidamente al principio. Cuando no me alejé, sus dedos se cerraron alrededor de los míos y me apretaron, suavemente. Una corriente me subió por el brazo y me atravesó todo el cuerpo.

—Espero que tengas razón —Respiré.

Tenía el corazón acelerado e intentaba convencerme de que esa reacción era producto de los nervios y no de su toque.

JENNY

Fran me extendió su mano para ayudarme a salir de la limusina. Cuando salí quedamos cara a cara.

—No había notado lo alta que eres —dijo en voz baja.

—Son los zapatos, por supuesto.

Se inclinó un poquito hacia adelante, y por un momento pensé que me iba a besar en la acera, pero por supuesto, sólo lo hizo para ver mis zapatos. No pude evitar el golpe de desilusión que me llenó el corazón.

Nos dirigimos hacia el hotel. Los escalones alfombrados de rojo que conducían a las puertas doradas, olían a glamour y lujo. Por eso me sorprendió que Valentin organizara su fiesta aquí.

Los porteros asintieron a Fran y él también asintió.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó Fran mientras subíamos los escalones.

—Nunca. Esto es un poco caro para mi gusto.

—Vives en una zona de alquiler elevado.

—Gracias a mi abuela —le recordé, mientras los botones empezaban a girar las pesadas puertas giratorias.

—Por supuesto —dijo suavemente mientras se unía a mí para entrar.

—Gracias, Sr. Black —dijo el botones, mientras Fran le daba una propina.

—Supongo que eso significa que has estado aquí antes.

—Unas cuantas veces —contestó, sonando como si no fuera gran cosa.

Cierto, no es gran cosa.

—¡Jesús! —susurré.

Casi me caigo cuando miré todo mi alrededor. Era pura indulgencia con mármol por todas partes, el alto techo tenía un mural de cielos azules y querubines. Incluso el buzón era de baño de oro con una impresionante figura de un águila posada en la parte superior.

—¿Te sorprende? —Fran resopló.

Ignoré su actitud y me deleité con los pisos de mármol, los techos altos, el oro que cubría casi todo. Las lámparas brillaban, el piso brillaba. Fue como entrar en un palacio. Me di cuenta de que me había detenido en seco y me sentí avergonzada.

—Parezco una campesina —murmuré.

—Es algo lindo —sonrió indulgentemente.

—No voy a sobresalir esta noche.

Me cogió del brazo.

—No te han visto todavía, los vas a deslumbrar a todos.

—Siento como que todo aquí me supera —admití.

—¿Por qué? ¿Por todo esto? —Hizo un gesto de desdén con la mano mientras caminábamos lentamente en dirección al ascensor—. No dejes que esto te afecte. Es sólo un lugar. Cualquiera con suficiente dinero puede alquilar un salón de baile por una noche. ¿Y qué?

—Que no estoy acostumbrada a estas cosas. Especialmente cuando se trata de la fiesta de compromiso de mi ex.

—Deja de pensar en él como tu ex —me aconsejó, y por una vez no bromeaba—. Es uno de los gerentes. Tú trabajas con él. Eso es todo.

—Vale, tienes razón. Tengo que cambiar mi forma de pensar.

—Además, yo soy en quien deberías concentrarte esta noche —me recordó.

—¿Eh?

Entramos en el ascensor. Me alegré de que fuéramos los únicos dos allí.

—Soy tu novio, ¿recuerdas? —Mostró una de sus sonrisas sexys patentadas y mi estómago revoloteó.

—Oh, claro. Maldita sea, me olvidé de todo eso.

—Me rompes el corazón, nena —Sonrió.

Le devolví la sonrisa.

—No puedo evitarlo, eres una persona olvidable.

Chasqueó los dedos, luciendo arrepentido.

—Y yo que pensaba que mi abuelo se olvidaba de mi nombre porque estaba senil. Ahora comprendo mejor.

Agité la cabeza. Era imposible mantenerme serio cuando estaba con él, pero necesitaba serlo en ese momento.

—¿Qué debemos hacer ahora? Quiero decir, ¿cómo deberíamos actuar?

—Como si estuviéramos enamorados —murmuró,

Jadeé suavemente cuando sentí sus manos en mi cintura y tiró un poco de mí, hasta que nuestros cuerpos se tocaron. No podía respirar. Por un momento imaginé que las puertas se abrirían y me encontrarían desmayada en el suelo. O muerta, porque mi corazón parecía haberse detenido. De cualquier manera, habría una persona menos en la fiesta y Valentin podría usar el dinero que le ahorré para comprar una corona para mi funeral.

—Correcto. Estamos enamorados. Estamos enamorados —Mi voz temblaba un poco cuando hablaba.

—Cuidado —susurró con una sonrisa astuta—. Dilo tres veces, y podría hacerse realidad.

Mi corazón dio un vuelco.

—Nunca podría estar enamorada de un hombre que disfruta correr. Lo siento.

Cuando se abrieron las puertas, ambos estábamos riendo. Ese fue un buen comienzo. Parecíamos una pareja feliz.

Entramos juntos en el salón de baile, y tuve éxito en contener mi asombro total. El techo abovedado estaba tapizado de grandes y esponjosas nubes con hermosas lámparas doradas que reflejaban su glamurosa luz sobre la habitación.

—Para ser una fiesta de compromiso, realmente lo planificaron todo muy bien —dije, tratando de asimilarlo todo.

Las flores, la luz de las velas en todas las mesas alrededor del perímetro de la habitación. La banda tocando tranquilamente en una esquina.

—Sí, es difícil imaginar cómo la boda puede superar esto —estuvo de acuerdo Fran—. Puedes contármelo luego.

—Si crees que voy a ir a su boda, estás loco.

Se rió mientras me ayudaba a quitarme el abrigo.

—Vamos. Si tú vas prometo que iré contigo. Podría ser muy divertido. Mucha gente te estará mirando.

—Puedo lograr eso sentándome en el borde del edificio y sin tener que usar una sonrisa falsa durante horas. Gracias, pero no, gracias.

Había decidido ir sin el chal de Carol y sentí el frío en mi espalda una vez que me quité el abrigo. Entonces me di cuenta del grado de desnudez que tenían algunas de las otras mujeres. Era como si estuvieran haciendo un concurso para ver quién podía verse más desnuda. Vi más escotes de costado en ese salón de baile de lo que usualmente veía en la alfombra roja de los premios Oscar.

JENNY

Miré el salón mientras Fran entregaba nuestros abrigos, notando los besos de aire y los chillidos de alegría de amigos que probablemente se vieron en la mañana pero que ahora se saludaban como si hubieran estado en lados opuestos del mundo durante años. Me alegré más que nunca de tener a Carol en mi vida.

La sensación de la mano de Fran sobre mi espalda desnuda me sacó de mi pensamiento.

—¿Vamos?

—No lo sé. ¿Estás seguro de que podemos lograrlo?

—Sólo sígueme la corriente, ¿ok?

—De acuerdo —susurré.

Se inclinó y murmuró en mi oído.

—Creo que eres la mujer más hermosa de aquí. No tienes competencia. Y apuesto todo mi dinero a que vas a entrar ahí y los dejaras a todos boquiabiertos con lo feliz que te ves sin ese ridículo en tu vida.

No pude evitarlo. Lo tenía tan cerca de mí, diciéndome todas esas cosas al oído y maldición. Su mano estaba tocando mi espalda desnuda y tan sólo quería que la moviera un poco más bajo. Por un momento pensé que su colonia me tenía en una especie de trance. Antes de darme cuenta, volteé la cabeza y lo besé, inocentemente, suavemente, como una novia besaría a su novio antes de unirse a un grupo de personas. Su palma presionó un poco más fuerte en mi espalda mientras lo hacía.

—Gracias —susurré, mi piel todavía hormigueaba donde me había tocado.

—Mira, si sigues así... —murmuró.

Tenía sus ojos medio cerrados y una sonrisa jugando en sus labios cuando nos separamos.

—¿Así como? —pregunté inocentemente.

—Volviéndonos locos a mí y a mi pene.

—Eso es muy incivilizado de su parte, Sr. Black —lo regañé.

—Sí, lo sé. Soy un cavernícola que sólo piensa con su pene.

—Por suerte para ti, me gustan los cavernícolas —Le guiñé un ojo.

¿Realmente estaba haciendo eso? ¿Estaba coqueteando con él? Hacía un buen trabajo, esa fue la parte más loca. Me hizo sentir ingeniosa y hermosa con sólo tratarme como si lo fuera. Tomados de la mano empezamos a adentrarnos en el salón, me di cuenta de que me sentía lo suficientemente segura como para enfrentarme a cualquier cosa que me preparara la noche.

Menos mal, ya que la primera persona que nos saludó fue nada menos que Valentin. Fran apretó mi mano antes de estrechar la suya.

—Me alegro de volver a verte —dijo con una amplia sonrisa.

—Sí, igualmente.

Valentin me miró y sus ojos se abrieron de par en par a tal punto que pensé que se saldrían de sus orbitas. Me di cuenta de que ya no sabía cómo actuar. Había estado tan convencido de que Lillian tenía razón respecto a Fran, de que era gay y fingía ayudarme a salvar las apariencias, pero ahora parecía que el suelo se desmoronaba bajo sus pies.

Podía fingir ser el chico prodigio ultra seguro del mundo de la planificación financiera, pero yo lo conocía mejor que eso. Al final, vivía bajo el tormento de que personas más inteligentes y talentosas que él descubrieran lo farsante que era. En ese momento, lo miré como realmente era. De pie junto a Fran, se veía francamente ridículo. Por fuera y por dentro. Me sorprendió la idea que alguna vez me pareció atractivo.

—Es una gran fiesta —dije suavemente, echando un vistazo a la habitación—. Realmente te esforzaste al máximo, ¿no?

—Oh, esto no tiene nada que ver conmigo —dijo, con cara de avergonzado—. Todo esto es obra de Lillian.

—Espero que eso no sea un indicio de lo que vendrá —bromeó Fran.

Sólo yo sabía que no estaba bromeando. Le apreté la mano, con fuerza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Valentin, con una sonrisa que se le escapaba.

Me apresuré a intervenir antes de que Fran diera el golpe final.

—Oh, ya sabes cómo es esto. Si las mujeres dejáramos cosas así a nuestros hombres, nunca lo harían bien.

Le lancé una mirada a Fran, enviándole señales de advertencia con los ojos. Por mucho que me encantaba ver a Valentin retorcerse -realmente me encantaba más que el chocolate negro y el vino combinados-, lo último que quería era que el ambiente en la oficina se hiciera más incómodo.

—Ella tiene razón —dijo Fran, con una sonrisa afable—. Nunca conseguiría organizar algo como esto. Sólo dime cuanto debo pagar, ¿ok?

—Oh, mis futuros suegros pagaron por todo —Se encogió de hombros, con una mirada tímida en su cara.

Le hice una mueca de dolor a Valentin. De repente sentí pena por él y por la trampa que le tendió Fran. Estaba a punto de abrir la boca para cambiar el tema de conversación cuando Lillian nos alcanzó. Me lanzó una sonrisa completamente falsa antes de volverse hacia Valentin.

—Te estaba buscando —le dijo, en un tono que me recordó a una madre hablando con su hijo pequeño.

—Lo siento. Sólo estaba saludando a nuestros invitados.

Ella lo miró con sentido.

—Mis padres quieren que conozcas a unos viejos amigos de la familia.

Se volvió hacia nosotros, fijando los ojos en Fran más tiempo del debido antes de llevarse a Valentin con ella. Para ser una novia, parecía muy hostil.

Vimos cómo ella prácticamente lo arrastró hasta un grupo de cuatro personas sin sentido del humor. Sentía pena por Valentin. Sin siquiera intentarlo, Fran lo había expuesto como lo que era: un débil sin voz en su propia vida. Y nunca tendría voz mientras estuviera con Lillian. Me di cuenta de que ella frotaba su mano sobre el cuello de él como si lo estuviera ajustando antes de deslizar su brazo a través del de él.

Fran también se dio cuenta.

—Pobre tonto —murmuró.

JENNY

—¿Crees que es un imbécil? —le pregunté a Fran

—¿No es así?

—Un poco, pero tal vez puedas controlar tus emociones —susurré.

Miré alrededor para asegurarme de que no nos oyeran por casualidad, pero nadie nos prestaba atención. Todos estaban demasiado ocupados teniendo un tiempo fabuloso para escuchar nuestra conversación.

Levantó una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Al desprecio. Se siente en cada palabra que le dices.

Se rió.

—Está bien, jugaré limpio. Pero se lo merece, por idiota.

Ambos aceptamos champán que nos ofreció un camarero con una bandeja de plata equilibrada en una mano.

—¿Por qué piensas eso? Sólo por curiosidad. ¿Cómo lo describirías? —pregunté intrigada.

Sus ojos se entrecerraron ante la duda.

—¿Por qué siento que me estás tendiendo una trampa o probándome?

—Oh, es totalmente una prueba.

Quería saber más sobre Fran, cómo pensaba, cómo se veía el mundo desde su perspectiva.

Puso los ojos en blanco, pero respondió de todos modos.

—Apostaría lo que fuera a que empezó a salir con ella porque hacía felices a mamá y papá. Es hermosa, no me malinterpretes, pero aún así, aunque pareciera la parte trasera de un autobús igual le habría pedido que se casara con él.

Eso dolió.

—Es hermosa, ¿no?

—¿Estás celosa?

—No —dije inmediatamente—. ¿Por qué iba a estarlo?

Sonrió.

—¿Qué más dije después de eso?

Parpadeé.

—¿Dijiste algo más?

Sus ojos se suavizaron y tocó mi nariz con su dedo índice.

—Sí, lo hice. De todos modos, ella no es lo que él realmente quiere, aunque podría ser lo que necesita, alguien que lo domine y le diga qué hacer y cómo hacerlo, ya que él no puede tomar una decisión por sí solo.

—¡Oh! ¿A quién querrá realmente?

No pude evitar preguntarlo. Mi orgullo herido necesitaba oírlo.

—A ti.

Su voz había bajado una octava. Me dije a mí misma que el latido entre mis piernas era sólo por el efecto del champán.

Me puso un brazo alrededor de la cintura. Lo dejé hacerlo, se suponía que era mi novio falso por esta noche.

—Pero él perdió porque ahora yo te tengo.

—Ahora estás yendo demasiado lejos —murmuré, sonrojándome furiosamente.

—No, no lo estoy. Tenemos público —susurró.

Me quedé sin aliento.

—¿Lo hacemos?

—Absolutamente —dijo, con una sonrisa de lobo en el rostro.

—Ahora sería un buen momento para actuar como si estuvieras loco por mí.

Actuaba totalmente natural y tenía sus brazos alrededor de mi cintura, acercándose más a él. Me enfoqué en seguirle la corriente, después de todo, estábamos jugando un papel juntos. Para mí era difícil no actuar como una imbécil nerviosa cuando sentía su duro cuerpo apretado contra mí. ¿Valentin nos estaría mirando?

Miré fijamente los hermosos ojos de Fran y me mojé los labios.

—Si sigues haciendo eso, voy a tener que llevarte al baño y follarte hasta que grites, así no habrá dudas de que soy tu novio.

—Oh, eres tan romántico —murmuré.

Una parte de mí jugaba a sentir que todo esto era real, que éramos pareja, coqueteando y divirtiéndonos.

Me besó la frente y su boca permaneciendo allí por un breve instante.

—Sabes a maquillaje.

Su aliento era fresco y olía a champán.

—¿Crees que tengo este aspecto impecable naturalmente?

—Me gustas mucho sin la lamida de pintura.

Agitaba las pestañas.

—Oh, Sr. Black, usted dice las cosas más bonitas.

—Y usted, Srta. Young, está buscando problemas.

Me mordí el labio. Me excitaba la idea de tener problemas con él.

—Estabas en medio de describir a Valentin cuando nos interrumpieron —dije, con voz ronca.

Sus ojos perdieron su brillo.

—No hay mucho más que decir sobre él. No tuvo las pelotas para romper con ella y aprovecharte cuando te tenía. Ahora que está embarazada, le espera un futuro previsible con ella, aún y cuando el matrimonio se acabe, porque probablemente será así.

—Vaya. Eso es muy triste.

Puse una mano en su pecho siguiendo la corriente del asunto. Yo era su novia falsa. Aunque la verdad era que me gustaba tocar el acero caliente. Sentí el latido de su corazón bajo la punta de mis dedos. Podría acostumbrarme a la estafa de las relaciones falsas si eso significaba poder tocarlo así.

—No estarás sintiendo pena por él, ¿verdad? —Frunció el ceño.

—¿Ahora mismo? No. Me engañó y me usó. No merecía que me mintiera de esa manera, pero aún así no puedo enfadarme por el curso de los hechos, porque esquivé una bala con esta.

Y no estaría allí con él, con su brazo en mi cintura y su cara perfecta tan cerca de la mía. Era tan buen actor que si nos viera desde el otro lado del salón, juraría que realmente éramos una pareja de novios.

Diablos Fran, ¿sabes lo bien que hueles y cuánto quiero quitarte esa camisa ahora mismo?

Sonrió suavemente.

—Supongo que lo hiciste y me alegra haber estado allí para ti cuando ocurrió, aunque eras una borracha inconsciente.

Jadeé y estaba a punto de lanzar una réplica cuando una voz masculina irrumpió.

—¡Sabía que eras tú!

JENNY

Ambos nos dimos vuelta para encontrar a Alexander Fields, CEO, y dueño de mi firma, parado frente a nosotros. Me quedé estupefacta. Ni siquiera sabía que el hombre me conocía. Estaba segura de que no me reconocería ni en una prueba de reconocimiento con un arma apuntando a su sien.

Abrí la boca para decir algo, cualquier cosa, cuando Fran habló.

—Alex. Qué bueno verte aquí. No me lo esperaba.

—Yo podría decir lo mismo. Este no es exactamente tu tipo escenario —Su voz era cálida y amistosa.

Noté el entusiasmo con el que estrechó la mano de Fran. Me preguntaba cómo conocía a mi jefe. El hombre era un misterio para mí. De repente, me sentí como la extraña, por mucho que Fran fingiera que éramos nosotros contra ellos, ese también era su mundo. Me encontré mirando a Fran bajo una luz diferente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Alexander Fields.

El brazo de Fran se deslizaba alrededor de mi cintura otra vez.

—No has conocido a mi novia, Jenny, ¿verdad? Trabaja con Valentin.

Las cejas de mi jefe saltaron antes de que sus oscuros ojos se posaran sobre mí.

—Oh, por supuesto. Jenny. Es tan bueno verte aquí esta noche. Te ves encantadora.

Me di cuenta de que el viejo no tenía ni idea de quién era yo. Fran pudo haberle dicho que mi nombre era Britney Spears y probablemente lo habría aceptado.

Sonreí educadamente.

—Gracias, señor.

Nuestros mundos chocaban ante mis propios ojos y no tenía ni idea de qué hacer al respecto. A nadie en su sano juicio le gustaría tener una pequeña charla con su jefe en una fiesta, especialmente si su jefe no tenía idea de quiénes eran. No tenía nada en su contra, éramos una gran empresa con muchos departamentos, y él era un hombre ocupado. Sin embargo, no pude evitar sentirme un poco desanimada por el hecho de que mi jefe me había tomado en cuenta sólo por esta farsa.

El Sr. Fields le dio una palmada a Fran en la espalda.

—Franco, hijo mío, esta es una reunión providencial —sus ojos se habían iluminado detrás de sus gafas con montura de alambre—. Vamos a pasar este fin de semana en los Hamptons. ¿Por qué no te unes a nosotros? Sería maravilloso tenerte ahí —Me miró a mí y añadió—: A los dos, por supuesto. Millicent y yo estaremos encantados de que nos acompañen.

Sentí una sensación de vacío en mi estomago como la que produce una montaña rusa. Fran me miraba fijamente buscando una respuesta en mis ojos, y no pude evitar voltear para ver que Valentin y Lillian se acercaban a nosotros, mano a mano. Por supuesto, Valentin nunca perdería la oportunidad de lamer la bota de su jefe.

Alexander les hizo un gesto para que se acercaran.

—Tú también, Valentin. Si no vas a hacer nada este fin de semana, por favor, ven a los Hamptons y pásalo con nosotros. Será genial.

—Nos encantaría, Alex —respondió Lillian, logrando mirarme mal mientras se acurrucaba en los brazos de Valentin.

Valentin, muy a su manera, parecía un barco a la deriva.

—¿Y bien, Franco?

Mi jefe me hizo devolver la atención a Fran.

Tanto Valentin como Lillian miraron a Fran, y él me miró con una mirada inquisitiva en sus ojos. Estaba esperando a que me negara. Docenas de excusas pasaron por mi cabeza en ese momento: Me tengo que hacer un tratamiento de conducto. Necesito pintar mi apartamento. Inventaría cualquier excusa, lo que sea para no pasar un fin de semana entero con mi jefe y la pareja de la noche. Por una fracción de segundo, incluso consideré exponerme a una enfermedad contagiosa para salir de ella.

¿La gripe aviar sigue siendo un problema?

Pero el problema era que no podía decirle que no a mi jefe. Sería descortés, sin mencionar el suicidio profesional que eso implicaría. Discretamente le pedí a Fran que encontrara una manera amable de decepcionar a mi jefe. Pero su respuesta no fue la que esperaba.

—Me apunto si tú lo haces, cariño —dijo, con voz suave.

Hice una nota mental para recordar empujarlo delante de un autobús, o al menos herirlo la próxima vez que estuviéramos solos. Entonces mis labios se estiraron y las palabras salieron a través de dientes apretados.

—Por supuesto, me encantaría.

JENNY

Me las arreglé para mantener la calma mientras esperábamos por la limusina. Una vez adentro, exploté.

—¿Tienes una bolsa de papel en la que pueda hiperventilar? ¿O tal vez un arma cargada que pueda vaciar en mi cabeza?

Fran me miró fijamente, inconsciente.

—¿Tan molesta estás? ¿Por qué?

—¿Estás loco? ¿No pudiste sólo decirle que era con poca antelación, o que teníamos otros planes para este fin de semana?

Fran se acomodó en el asiento.

—¿Y por qué tú no lo dijiste? —desafió.

—No podía rechazarlo. ¿Cómo podría hacerlo? Es mi jefe —me lamenté.

—Está bien, está bien, ¡me puso en un aprieto! Y que me miraras con esos grandes ojos tampoco ayudó mucho, no podía pensar con claridad.

—¿Qué? ¿Intentas culparme? —reclamé.

—Es difícil pensar cuando tienes una erección—dijo con gallardía.

—Todo es una broma para ti, ¿no? —lo acusé con rabia.

Me picaba la mano para quitarle esa expresión engreída de la cara.

—Oh, vamos, Jenny. Relaje. No será tan malo.

—¿No será tan malo? ¿Un fin de semana con mi jefe que ni siquiera sabe quién soy, no te parece tan malo? Y claro, ¿Cómo podemos hacerlo más incómodo? Oh sí, invitemos a Valentin y su nueva prometida que me odia —gemí, con los ojos cerrados.

—Deberías ver esto como una gran oportunidad para conocer a tu jefe. Otras personas matarían por una oportunidad como ésta.

Abrí los ojos.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No.

Él no lo entendía. No quería conocer a mi jefe de esta manera. Y definitivamente no quería pasar tiempo con Valentin o Lillian. Me mordí el pulgar y traté de pensar.

—Tal vez puedas ir solo. La invitación obviamente era para ti. El Sr. Fields ni siquiera sabía quién era yo hasta que me presentaste —Lo miré por el rabillo del ojo—. Muy magistralmente hecho, por cierto —añadí.

—Sí, bueno, puedo ser sutil cuando lo intento.

—Podrías haberte esforzado más, señor delicadeza.

—Podrías haber dicho que estarías ocupada —argumentó.

—¡No quería ser grosera!

—¡Yo tampoco! Ir por mi cuenta va a ser inútil, ya que Valentin estará allí. A menos que quieras que piense que hemos terminado.

Exhalé.

—Supongo que no hay forma de evitarlo, ¿eh?

—Me haces pensar que no quieres pasar el fin de semana conmigo.

—No todo es sobre ti, narcisista.

—No me gustaría ser una molesta para ti.

—Cállate. Deja de buscar excusas para evitar que me enfade contigo —Me crucé de brazos, moviendo una de mis piernas hacia adelante y hacia atrás.

—Vaya. Parecemos una pareja de verdad. Dejamos una fiesta y ahora estás enojada conmigo por algo que dije adentro —Me miró con una ceja levantada—. Quiero decir, si voy a pasar por este tipo de problemas como si fuéramos realmente una pareja, debería considerar entonces aprovechar lo bueno también. Es lo justo.

—Simplemente encantador —me quejé.

—¿Eso es un sí? —preguntó esperanzado.

Lo miré con ira.

—No cambies de tema. Esto es serio. Una cosa es fingir estar juntos unas horas en una fiesta, pero ¿un fin de semana entero? —Luego, otro pensamiento se apoderó de mí. Mis ojos se abrieron de par en par—. ¡Oh! ¡Vaya! ¡Dios! Tendremos que compartir habitación. Sólo nosotros dos en un dormitorio. Con una cama.

Un brillo maligno apareció en sus ojos.

—No creo que debas entrar en pánico por eso. La mayoría de las chicas disfrutan su tiempo en mi cama.

Puse los ojos en blanco y me enfadé.

—Te jactas de ti mismo, ¿no?

—Tu admiración te ha llevado a escucharme desde el otro lado de la pared de mi dormitorio.

—Dios, no puedes ser más imbécil.

Sus ojos se arrugaron en las esquinas.

—Me han llamado burro una o dos veces.

Lo miré con incredulidad.

—¿Cómo puedes bromear sobre el tamaño de tu pene cuando estamos en este lío? ¿Cómo vamos a lograrlo? Tendremos que actuar como si estuviéramos locos el uno por el otro durante todo un fin de semana.

Movió su mano en señal de negación.

—No me cuesta nada hacerlo.

—¿De verdad?

—Claro.

—Muy bien. Tendremos que aprender más el uno sobre otro. Como en la película Green Card.

Me miró sin comprender.

—Fue una gran película. Me hizo llorar muchísimo. Esta pareja tenía que fingir estar enamorada y casarse para que el tipo pudiera obtener una tarjeta verde —Suspiré pensando en la película—. Tendremos que actuar como si estuviéramos enamorados.

—Creo que se conformarán con las muestras de lujuria —Se encogió de hombros.

—¿Qué pasa si nos sorprenden por separado y nos interrogan y nuestras respuestas no coinciden?

—Tienes una idea muy extraña de lo que la gente hace los fines de semana en los Hamptons.

—Sólo quiero que seamos convincentes, eso es todo. Odiaría que descubrieran que estamos mintiendo. Eso sería demasiado humillante.

—Comprensible —Asintió gravemente.

—Correcto. Entonces, vamos a conocernos mejor —Me volteé abruptamente para enfrentarme

a él.

—¿Cómo conoces a Alexander Fields?

—Realmente no es mi amigo —dijo, evadiendo mi mirada.

Entrecerré los ojos.

—Parecía que te conocía muy bien. A menos que sea normal para ti aceptar invitaciones de extraños a sus retiros de fin de semana.

—Tengo una cara muy confiable. Es un verdadero problema. No puedo tener un fin de semana para mí.

Lo miré fijamente.

—Hablo en serio. ¿Por qué te invitó si no te conoce?

Suspiró, frotando su mano sobre el costado de su cara.

—Es amigo de la familia, ¿de acuerdo? Se encarga de la planificación financiera de mi padre, ese tipo de cosas. Se conocen desde hace años.

—Oh, ya veo. ¿Cómo no lo supe antes?

—¿Saber qué?

JENNY

—Eres millonario, ¿no? —dije, casi acusadoramente.

Que el Sr. Fields, manejara los asuntos financieros de su padre significa que la familia de Fran debe estar en la categoría de los multimillonarios.

—¿Y qué? —Frunció el ceño.

—Así que nada —Miré por la ventana.

—Haces que suene como si eso fuera algo malo.

—No lo es. Sólo digo que no se cómo no lo supe antes. El apartamento, la limusina, todo eso. Se encogió de hombros.

—De todos modos, así es como Alex me conoce. De niño me hacían llamarlo tío Alex.

Traté de mantener mi cara impassible, pero a pesar de mis mejores esfuerzos, me estaba quebrando.

—¿Vas a contarme todo tipo de historias vergonzosas sobre ti?

—Ya conoces mi historia más vergonzosa. ¿O estabas demasiado borracha para recordarlo? —bromeó.

—Oh, nunca podría olvidar algo así, incluso si encurtieras mi cerebro en alcohol.

—Gracias —dijo secamente.

Nos detuvimos frente a nuestro edificio, y esperé mientras Fran caminaba alrededor del auto para dejarme salir. Ahí estábamos otra vez, cara a cara. Era imposible estar molesta con él cuando sonreía de esa manera o se veía como lo hacía. Por Dios, y olía tan bien. No era justo.

Después de un momento sin aliento, cuando no sabía si desmayarme o besarlo, él murmuró:

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Creo que deberíamos salir a cenar mañana por la noche a las siete.

Subió los escalones dejándome sola. Lo seguí, apresurando el paso detrás de él para alcanzarlo.

—¿En serio? ¿Para qué?

Sonrió mientras me sostenía la puerta.

—Necesitamos conocernos mejor el uno al otro y normalmente tengo hambre alrededor de las siete.

—Y yo tengo hambre a las seis.

—Ves. Eso es algo más que sabemos el uno del otro.

Sonreí.

—Tal vez pueda hacer el sacrificio de cenar más tarde de lo habitual.

—Que generoso de tu parte —dijo, en modo de sarcasmo y añadió—: Tal vez cada uno deba pagar por su cena, entonces.

Esperamos el ascensor, y deseé que nunca llegara. Podría quedarme allí en ese momento para siempre. Todo mi cuerpo palpitaba con cada latido de mi corazón.

—Oh, sabes que pagarás la cena, amigo. Si puedes permitirte una limusina, puedes permitirte mi cena.

Me miró raro.

—Debo advertirte de una cosa.

—¿Qué? —pregunté con cautela.

—Por lo general, los hombres siempre esperamos algo después de pagar la cena. Así es como funciona el mundo —Me guiñó el ojo.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—No somos amigos con beneficios, Fran. Así que puedes olvidarte de cualquier idea que tengas para después de la cena.

—Tenía que intentarlo —murmuró entre dientes.

—Vayamos a algún lugar donde no tenga que disfrazarme para encajar.

—Te llevaré a un lugar con la comida más grasienta que puedas imaginar. ¿Cómo suena eso?

—Ahora sí nos entendemos.

Nos reímos mientras caminábamos por el pasillo. Siempre me acompañaba hasta mi puerta y eso me encantaba. Estaba bastante conforme con el transcurso de la noche, no pudo haber ido mejor. Éramos la pareja perfecta, aunque fuéramos una completa farsa. Nunca olvidaría las caras de envidia de las otras chicas de la fiesta. Todas lo querían.

—Es un poco espeluznante aquí arriba a veces, ¿no crees? —dije.

—¿Qué quieres decir? —preguntó cuando llegamos a mi puerta.

—Sólo nosotros dos, en extremos opuestos del piso, tal como estamos. El silencio es casi espeluznante —Pesqué mis llaves en el bolso—. ¿Quieres entrar un momento? Esta conversación es fascinante, pero tengo los zapatos de Carol y si no me los quito en diez segundos...

Asintió con la cabeza y me siguió dentro. Me quité los zapatos incluso antes de quitarme el abrigo, suspirando de satisfacción cuando mis pies tocaron el suelo.

—Juro por Dios que no entiendo cómo Carol maneja esos dispositivos de tortura medievales —dije, mientras disfrutaba el alivio de mis pies descalzos.

—Llevabas zapatos muy incómodos la noche que nos conocimos —me recordó.

—No son tan incómodos como estos —Señalé los zapatos tirados en el suelo.

Me quité el abrigo y lo invité a quitarse el suyo también. Se sentó en el sofá y observó cómo me quitaba los pendientes y la pulsera. Me gustaba el trato entre nosotros. Se sentía natural.

—Como decía, a veces es un poco espeluznante tanto silencioso.

—Hasta que traigo una chica a casa —Sonrió.

Eso dolió de alguna manera pero fingí una sonrisa descuidada.

—No he oído ninguna actividad en los últimos días. ¿Has movido tu cama?

—No.

Mi corazón casi se me sale del pecho y estalla en un millón de piezas brillantes de pura alegría. Le di la vuelta a mi cara para que no viera lo feliz que estaba.

M.I M I

—En realidad —continuó—. Me gusta la soledad. Tal vez ya me acostumbré demasiado. No sé si podría volver a vivir en medio de un montón de gente otra vez.

—¿Estás seguro de que no te quieres convencer ti mismo?

Agitó la cabeza y sacudió la barbilla hacia la ventana.

—Tengo suficiente ruido ahí fuera. Además, también están todas esas voces en mi cabeza.

Me reí y me senté en el banquillo del piano, de frente a él.

—Eso explica muchas cosas.

—En serio, hay más que suficiente gente ahí fuera. Aquí es donde tengo un poco de paz y tranquilidad. Puedo oírme a mí mismo.

Me mastiqué el costado de la boca, reflexionando sobre lo que había dicho.

—Nunca lo pensé de esa manera. Estoy tan acostumbrada al ruido implacable, las sirenas de la policía, el tráfico, el sonido de las voces de la gente, que el silencio absoluto se siente extraño.

Me miró fijamente.

—Tendré que llevarte a mi rancho en Iowa, donde no oirás nada, ni una sola cosa, por la noche. Es la cosa más maravillosa.

Los pelos en mis brazos se erizaron al pensar en ese sueño de una noche silenciosa en su rancho de Iowa. Entonces mi boca se abrió y empecé a balbucear cosas estúpidas y tontas que nunca diría de otra manera.

—Supongo que tienes razón. Vivir en un piso vacío tiene sus beneficios. Eres tú, y un montón de apartamentos vacíos donde puedes poner música tan fuerte como quieras, o tener una fiesta masiva sin tener que soportar las quejas de tus vecinos.

Recorrió mi apartamento con la vista.

—Este apartamento es demasiado pequeño para una fiesta masiva.

—No es tan pequeño —dije, a la defensiva—. No todos podemos tener lugares grandes y espaciosos como tú. No todos tenemos un asesor financiero que nos maneje nuestra fortuna.

—Ohh, que sensible.

—No. En realidad no me importa ser pobre.

—No eres pobre. Tienes este apartamento.

Me encogí de hombros.

—No vale nada para mí mientras viva aquí.

Asintió pensativo.

—Ya deben haberte hecho una oferta loca. ¿Por qué no vendiste? Podrías comprar un apartamento mucho mejor en otro lugar.

—Le prometí a mi abuela que no vendería. Ella fue extrañamente insistente al respecto. Cuando se estaba muriendo me agarró de la muñeca y me dijo que si vendía este apartamento viviría para arrepentirme.

Me miró con curiosidad.

—Eso es intenso. ¿Por qué?

—No lo sé. Le pregunté una vez y me dijo: “*Es tu fortuna. Es mi regalo para ti*”. No es como

si hubiera pertenecido a la familia desde siempre o algo así. La heredera legítima de este apartamento era mi madre, pero mi abuela no quería que ella lo tuviera y ya sabes el resto de la historia.

Me apoyé en el piano, con la barbilla en una mano.

—¿Alguna vez te enseñó a tocarlo? —preguntó, haciendo un gesto al piano.

—Se esforzó mucho, pero falló —sonreí—. No tengo oído para la música. Supongo que aprendí algunas canciones, pero nadie me confundiría con un pianista profesional.

—¿Recuerdas algo? —Se puso de pie y se acercó a mí.

—Tal vez.

—Toca algo para mí. Por favor.

—¡Olvidalo! —Le hice señas para que se alejara.

—Vamos. Sólo una canción.

—Estoy fuera de práctica.

—Esto no es un concurso de talentos. Sólo quiero oírte tocar.

Se sentó a mi lado en el banquillo y me pregunté cómo sería realmente una relación con un hombre como él.

—Está bien, pero... no te rías de mí si la cago.

Me di la vuelta, tratando de ignorar la pequeña emoción que sentía por su cercanía.

—No lo haré —Parecía divertido.

—Júralo.

—Oh, por el amor de Dios. ¿Quieres un juramento de sangre?

Mantuve la expresión de seriedad en mi rostro.

—Está bien. Lo juro —Se río.

Me rompí los nudillos y luego moví los dedos para calentarlos.

—No hay nada como sentirse en un aprieto —murmuré antes de tocar las teclas.

Pensé en tocar la melodía de Chopsticks, pero por alguna extraña razón decidí ir por el favorito de mi abuela. Era una gran fan de Sinatra. No lo había tocado desde que murió.

—*Llévame a la luna...*

Comencé a cantar, en un tono suave mientras tocaba lentamente. Muy lentamente. Mi voz no era la mejor, pero podía seguir una melodía.

—*Y déjame jugar entre las estrellas... Déjame ver cómo es la primavera en Júpiter y Marte...*

Luego sólo susurré la letra mientras tocaba, concentrándome más en las teclas y la melodía. Sentía sus ojos sobre mí, pero pude manejar los nervios después de todo, a pesar de que el color se apoderó de mis mejillas, y no pude borrar la sonrisa nerviosa de mi cara.

Me detuve después del primer verso.

—Es lo mismo una y otra vez —murmuré, mirando hacia las teclas.

—Lo sé. Mi madre es fan de Sinatra.

—¿En serio? Y acabo de destruir esa canción.

—No lo hiciste. Fue realmente agradable.

—Agradable es otra palabra para “no muy bien” —Me reí, recordando su primera visita al apartamento.

—Esta vez no.

Levanté los ojos de las teclas del piano y me atreví a mirarlo. Su sonrisa era cálida y genuina. Si supiera las ganas que tenía de lanzarme sobre él.

—Mejor me voy —dijo, poniéndose de pie como si el banco se hubiera incendiado de

repente.

—Oh, ¿huelo mal? —Me reí un poco, tratando de encubrir mis locos pensamientos.

—No más de lo habitual —bromeó con un guiño—. Acabo de recordar que tengo algo importante para mañana temprano.

—¿Importante?

Se rió.

—Tengo una reunión, en realidad.

—Vas a mirar videos de cabritas en internet, ¿no?

—Eres extraña —Me miró de reojo.

—¿No te gustan las cabritas?

—Son casi tan lindas como tú.

Dios, quería tanto a este hombre. Pero no. Prometí que no lo haría. No podía acostarme con él, eso lo arruinaría todo. Me gustaba como persona y tendría que conformarme con eso.

Caminé hacia la puerta y se la abrí. Se quedó allí por un momento, y yo lo miré con expectación.

—Soy más alto que tú otra vez —sonrió—. Me gusta más de esta manera.

—¿Por qué? ¿Te gusta sentirte más grande que una mujer? ¿Misoginia disfrazada, tal vez?

—No. Porque es más fácil para mí hacer esto...

Tocó con el lado de su dedo índice la parte inferior de mi barbilla y inclinándola hacia arriba, luego se acercó ligeramente para besarme. Mi corazón latía con fuerza mientras sus labios se movían lentamente sobre los míos. Fue un beso sencillo y casto, pero había algo tan intensamente sexy que tuve que aferrarme a la puerta para no caer de rodillas al suelo cuando estas se debilitaron.

—Se supone que somos amigos —dije, en una voz casi audible.

—Pensé que debíamos practicar —murmuró cuando terminó—. Tenemos que hacer un buen espectáculo el próximo fin de semana.

Cuando compartiremos una habitación, pensé, y al hacerlo me di cuenta de que no sentía horror, sino anticipación.

JENNY

El jueves fue un día extraño para mí. Valentin seguía lanzándome extrañas miradas de dolor que yo ignoraba por completo. Definitivamente no quería que empezara ningún chisme en la oficina, ahora que nuestro asunto había terminado. Entonces Deniss vino por primera vez desde la muerte de su hermano pero cuando me acerqué a ella se comportó como si el accidente, o su llamada en medio de la noche, nunca hubieran ocurrido. Me aparté y la dejé seguir adelante.

Todos habían planeado reunirse en un bar de cócteles en el centro.

—¿Qué hay de ti, Jenny? ¿Vienes? —preguntó Valentin.

—Tengo una cita con Fran —respondí, y me gustó mucho decir la verdad

—¡Oh! Entiendo —dijo, frunciendo el ceño.

Salí temprano del trabajo y llegué a casa mucho antes de las seis. Había tantas cosas que podía hacer con mi tiempo. Como botar todas las latas caducadas de mi despensa, lavar mi ropa, limpiar debajo de mi cama, sacar las sobras de la nevera, o incluso descansar para lucir lo mejor posible en mi cita con Fran.

En vez de eso, caminé y me desgarré el cerebro haciéndome todo tipo de preguntas. ¿Por qué me besó cuando lo hizo? ¿Por qué me tocaba la espalda, el brazo, mi mano? ¿Fue sólo para enviar un mensaje a Valentin y a todos los demás en la fiesta?

¿O era más que eso?

No importaba por qué lo había hecho, no podía olvidar cómo se sentía. Era como una extraña electricidad que me recorría todo el cuerpo. Me dejó sin aliento. Me sentía como la niña enamorada por primera vez. Sólo que ya no usaba frenos y tenía pechos más grandes. Aunque siguiera siendo tan idiota como lo era entonces. ¿Realmente había tocado el piano para él?

Bueno, él me lo había pedido, ¿no?

Entonces recordé la sonrisa suave en su cara y esa mirada casi asombrada en sus ojos y me confundí de nuevo.



Le abrí la puerta a Fran, vestía un suéter de cuello de tortuga y pantalones negros. Incluso con ese tipo de suéter, se veía como para comérselo. Su mirada se dirigió hacia mis zapatillas planas, probablemente mi único par de zapatos bajos, además de mis zapatillas de deporte.

—Ya veo a que te refieres con vestir casual.

Le hice un gesto señalando su imagen.

—Y tú no estás vestido exactamente como para ir al Ritz. De todos modos, dijiste que te gustaba cuando yo era más baja que tú.

Puso una mueca de dolor.

—Si así es una relación contigo, tendré que replanteármelo.

—Acostúmbrate. Tú fuiste quien nos metió en todo este lío.

Me propuse caminar detrás de él para ver su trasero. ¡Santo cielo!, podría usar ese par de jeans el resto de su vida. Me dibujé una señal de la cruz rápida antes de que pudiera atraparme.

Terminamos caminando unas cuantas cuadras hacia una pizzería con una ventana que daba a la calle para que los clientes pudieran ordenar afuera o adentro. No hacía mucho frío afuera, era una buena noche para caminar, así que decidimos hacerlo mientras comíamos.

—Así quemamos calorías mientras comemos —bromeé.

—Ya te lo dije, no tienes que preocuparte por eso —dijo, mordiendo su gran rebanada con extra de queso.

—Lo hago. Es todo humo y espejos —respondí.

Di un mordisco a mi rebanada. Era el cielo en un plato de papel y casi tan grande como mi cabeza.

—Lo juro, en mi próxima vida seré dueña de una tienda de quesos —añadí.

De repente dejó de caminar.

—Te he visto desnuda —replicó.

Me ahogué y tuvo que golpearme en la espalda para que volviera a respirar.

—Gracias —dije, con lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien?

—Dios, casi muero. Ojalá no dijeras esas cosas —refunfuñé.

—Lo siento. No pude evitarlo. Soy un imbécil —Sonreía con malicia.

Se limpió un poco de salsa de tomate de los labios y no pude evitar mirarlo. Ese hombre tenía labios para morir.

Empezamos a caminar de nuevo.

—Entonces, ¿esto es todo? —preguntó—. ¿Sólo un poco de pizza y un paseo por la ciudad?

Me encogí de hombros.

—Puedo ser multifacética.

—Provocador.

Sus cejas se movían hacia arriba y hacia abajo.

—Sabes a lo que me refiero. Dios, tengo que pensar bien todo lo que te digo por si hay un posible doble sentido.

—Nunca dije que no tuviera un elevado sentido del humor.

—Como intentaba decirte antes de que me interrumpieras tu humor infantil —continué—: Me gusta salir de noche tanto como a cualquier otra persona, pero no necesito salir todo el tiempo. A veces una chica sólo quiere quedarse en su apartamento y comer pizza. Y siempre es mejor con una buena compañía.

—Me siento halagado.

—No estaba hablando de ti.

—Por supuesto que no.

JENNY

Soltó una carcajada resonante y seguimos caminando durante más de una hora. Sólo después de llegar a casa me di cuenta de que nunca presté atención por dónde pasábamos exactamente. No importaba. Estaba ocupada hablando de mi familia, de cómo mamá vivía en Long Island y papá se mudó a Newark. Fran tenía un millón de preguntas, que atribuyó a la necesidad de conocernos para el fin de semana.

—Tengo que saber de ti —me recordó—. Así pareceremos pareja.

—Háblame más de ti —sugerí—. He hablado de mí durante hora.

Se encogió de hombros.

—No hay mucho que contar. Además, los Fields ya saben todo lo que necesitan saber sobre mí y es poco probable que te pregunten cosas al respecto.

—Uff. Que vida tan aburrida —Me reí. Parecía ofendido.

—Es la verdad.

—Mentiroso. Vives en un apartamento precioso en un piso casi vacío. Te conté por qué no me he ido, al menos creo que lo dejé claro, ¿pero tú? ¿Por qué sigues aquí?

Se encogió de hombros, mirando al suelo.

—Es donde vivo. Eso es todo. No quiero irme.

Ahora me gustaba aún más por eso. Cómo deseaba que las cosas fueran diferentes entre nosotros.

—Me siento mejor sabiendo que no estoy sola. Ya sé que no estoy loca por querer quedarme.

Me miró a los ojos y agitó la cabeza.

—No, no estás loca por quedarte. No por eso.

—Eres un encanto. Tendré que asegurarme de que todo el mundo lo sepa cuando estemos en los Hamptons —Puse una mano sobre mi corazón y agité mis pestañas para dramatizar—. Y cuando me dijo que estaba loca, Sr. Fields, supe que era el indicado para mí.

Echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—Y les diré que a pesar de tu locura, estoy contigo porque siento pena por ti, ya que alguien tiene que asegurarse de que te tomes la medicina y te pongas bragas dentro de la ropa.

Me reí.

—Muchas gracias —le dije—. Sé que nunca te lo dije, pero estoy muy agradecida contigo.

—¿Por qué?

—Por lo que hiciste en la calle aquel día cuando estaba con Valentin y Lillian. No muchos tipos estarían dispuestos a hacer algo como eso. Eres uno entre un millón, Fran. Sabías que estaba en problemas y te metiste. Así de fácil —Le toqué el brazo—. Nunca te lo agradecí bien. Quería golpearte en ese momento, de verdad. Pero sé que fue porque sentías lástima por mí y querías ayudarme. Así que... gracias.

—No hay problema. Y no lo hice porque sentía pena por ti. Bueno, no del todo.

Empezó a caminar de nuevo, y no tuve más remedio que seguirlo. ¿Quién no lo haría?

—Entonces, ¿Por qué? —Lo alcancé, caminando al lado de él.

—Porque no me gusta ver cómo se meten con la gente. Tu cara estaba blanca como una sábana

y parecías estar buscando una salida. Sólo quería sacarte de eso. Así que lo hice.

Debajo de su arrogancia, era un tipo dulce.

—¿No es irónico entonces que todo lo que lograste fue ponerme en una posición en la que me viera forzada a ir a su estúpida fiesta?

—Sí, debí haberme quedado ahí y esperar que les dijeras que te estaban extirpando el apéndice.

Me reí.

—No creo que esa sea la clase de cirugía que programas por adelantado, pero estás en el camino correcto.

—Vamos —Me empujó un poco—. No finjas que no la pasaste bien.

—No, pero no está en mi lista de los diez mejores momentos de mi vida.

Estaba mintiendo. Me encantó mi noche con él. Cada minuto de él fingiendo ser mi novio adorador. Cuando me besó en la frente y me dijo que yo era la mujer más hermosa de la fiesta, me trató como yo había soñado y esperaba que lo hiciera un hombre. Todo lo que hizo esa noche fue más de lo que recibí de Valentin o de cualquier otro hombre.

—Pero lo disfrutaste —insistió.

—Disfruté de ciertas partes de ella —admití con cautela.

—Tenemos un fin de semana en los Hamptons.

—¡No me lo recuerdes! —Esnifé.

—La vida podría ser mucho peor —recordó—. Un fin de semana en los Hamptons no es motivo para tirarse por las escaleras.

—Oh, maldición. Tenía planeado hacer eso como excusa para salir de esto.

Esperaba que se riera, pero en cambio frunció el ceño.

—¿Realmente soy tan repulsivo para ti?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Me detuve—. Sólo estoy bromeando, Fran.

Se detuvo delante de mí, con las manos en los bolsillos. Me di cuenta de que lo había molestado. Le toqué el brazo.

—Fran, no quise decir eso.

—Tienes una forma de hacer que suene como si te horrorizara la idea. Tengo que preguntarme por qué.

—No por tu culpa. Nunca por tu culpa. Lo digo en serio. Es porque no soy buena mintiendo, y odiaría que descubrieran todo y quedar avergonzada. Eso es todo. Temo la forma en que sé que Lillian nos mirará. Te miró muy seriamente en la fiesta, por cierto.

—¿Lo hizo? No puedo imaginar por qué considerando con quién está comprometida —Puso los ojos en blanco—. El Señor Maravilla.

—Para ser un hombre, eres bastante sarcástico, ¿sabes?

—Él te lastimó. ¿Por qué tendría que agradarme?

La cosa es que parecía sincero. Como si lo dijera en serio. Pero, ¿por qué? Era el hijo de un hombre rico. Un playboy que podría tener a la mujer que quisiera. Yo no tenía nada en especial. ¿Fue porque dije que no? ¿Qué pasaría si dijera que sí?

—Confía en mí, no eres tú quien me preocupa —le dije.

Eso era cierto. Tenía más miedo de mí misma. No puedo imaginarme compartiendo una habitación con este hombre y sin querer lanzarme a horcajadas sobre él.

—Sabes que ella no puede hacerte daño, ¿verdad?

—No leíste ese email, Fran. No sabes lo que ella siente por mí. ¿Alguna vez alguien te ha insultado vilmente?

—No tienes ni idea de cuántas veces me han insultado a la cara. Las palabras son sólo palabras a menos que las creas. No le creíste, ¿verdad?

—¿En ese momento? No lo sé. No lo sé. Tal vez sí.

Fran me abrazó a modo de consuelo.

—Ella parece ser controladora —reflexionó—. Y está embarazada, así que eso es todo. Se volvió loca. Pero no es tu culpa, no querías lastimar a nadie.

—Lo sé, pero ella no lo sabe.

—Con que tú lo sepas es suficiente. A veces hacemos cosas sin pensar en los demás porque tienen sentido para nosotros. Sólo hacemos suposiciones. Ella asumió que ibas a quitarle su hombre. Aunque, no puedo imaginarme por qué alguien lo haría.

Me reí.

—Lo siento. No te había conocido todavía. No tenía con quién compararlo —Puse los ojos en blanco.

—Soy más que una cara bonita.

—Sin comentarios —Me sonrojé hasta las raíces del cabello.

—¡Cuidado! —exclamó, mientras me agarraba del brazo.

Tropecé con una grieta en la acera. Su agarre evitó que me cayera, pero igual me torcí el tobillo. Dolía muchísimo.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. No puedo creer lo increíblemente torpe que soy.

Pero el dolor crecía con cada segundo y se hizo insoportable cuando me apoyé en él.

—Podría ser un esguince.

—No creo que lo sea —dije—. Es sólo dolor.

Llamó a un taxi.

—Vamos. Es hora de llevarte a casa.

—¿Hablas en serio? ¡Estoy bien!

Me quería morir. Quería morir en ese momento. Qué idiota era. Dame tacones de aguja y podría caminar millas, pero ponme en un par de zapatillas y confía en que haré el ridículo.

—No estás bien. Me sentiré más tranquilo cuando estés en casa con el tobillo elevado. Además, se está haciendo tarde.

—De verdad. Estoy bien. Estoy bien. Me encargaré de esto.

Me miró a los ojos.

—¿Por qué no me dejas cuidarte?

La pregunta me dejó sin aliento.

—Muy bien —susurré.

Así, que me ayudó a subir al taxi y luego a subir los escalones de nuestro edificio, con mi brazo sobre sus hombros.

—Estarás bien, sólo necesitas colocarte un poco hielo.

—Lo que usted diga, Doc.

Bromeé todo lo que quise mientras él me ayudaba a caminar por el pasillo, pero era mi manera de ocultar cuanto me dolía. No quería que supiera lo peligrosa que era para mí misma. Era demasiado vergonzoso.

No pareció importarle mientras me sentaba en el sofá, ponía almohadas debajo de mi tobillo adolorido y luego preparaba una bolsa de hielo para mí.

—No te quites esto —ordenó—. Y no te levantes a menos que necesites algo.

Para estar seguro, cargó la mesa de café, agua, té helado, el control remoto de la televisión, mi

iPad, mi teléfono y una bolsa de galletas en caso de que yo quisiera un bocadillo.

—Gracias por ser tan amable conmigo —murmuré, un poco abrumada—. Eres mi caballero otra vez.

—¿Tu caballero?

—Con armadura brillante. Ya sabes —Me sonrojé de nuevo.

¡Deja de hablar, Jenny. Sólo deja de hablar!

—Mi armadura está un poco manchada. Pero te lo agradezco —Sonrió.

—Aprecio todo lo que has hecho. En serio

Demonios, ¿Por qué sigues hablando, Jenny? Deberías haberte torcido la lengua.

—Veremos cómo te sientes mañana.

Luego me besó la parte superior de la cabeza y se fue.

JENNY

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó Carol al otro lado del teléfono.

—Mmm... Dejé mis maletas con Fran anoche. Las tendrá en el coche cuando me recoja.

Revisé la hora de nuevo. Casi las tres en punto. El día en la oficina pasaba arrastrándose como una tortuga atrapada en el cemento. O algo igual de lento.

—¿Y has hecho las maletas para cada posible giro de los acontecimientos?

—No estoy segura de cuantos eventos me esperan. Fran dice que tienen una piscina climatizada, así que me puse mi mejor traje de baño. Empaqué unos buenos zapatos para caminar por si se da el caso. Mi ropa de correr. Para estar al aire libre, no sé, navegando... y ropa bonita y elegante para la cena.

—¿Qué tal algo para la noche?

—Tengo pijamas.

—No me refiero a dormir.

Me alegré de que no pudiera verme la cara.

—Bueno, caramba, Carol. En ese caso, no necesitaré nada, ¿verdad?

—¡Bien hecho, chica!

—Estaba siendo sarcástica.

—¿Qué sentido tiene decir que no? Sabes a dónde va esto, así que ¿por qué no te relajas y lo disfrutas?

Me mordí el labio, sabiendo que probablemente tenía razón. Esto era todo. Este era el fin de semana en el que tendríamos sexo. Parecía inevitable. Los dos, solos, durmiendo en la misma habitación, en la misma cama. Probablemente olería bien como siempre, el imbécil. Tal vez lo vería cambiándose, vería su musculoso torso y hombros mientras se quita la camisa. Y mi corazón latiría más rápido precipitando la sangre a mi entrepierna y eso sería el final de eso.

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Oh, claro. Estoy aquí.

—Como dije, disfrútalo. Relájate y diviértete este fin de semana. ¿Qué puede ser más delicioso que desnudarse para un hombre así de sexy? Ohhh... imagina que te agarra por las caderas y te da una nalgada.

—¡Carol! —Me reí, me ardía la cara.

—Ahora intenta sacarte esa imagen de la cabeza.

—Ugh, te voy a matar.

—De nada y diviértete mucho, ¿de acuerdo? Hagas lo que hagas, no dejes que la Bestia y su Bestia te arruinen el momento.

—Eso va a ser muy difícil.

—Lo digo en serio. Ignóralos. Agárrate al brazo de tu hombre todo el tiempo. Y lo más importante: mantenme informada.

—Lo haré.

Estaba sonriendo cuando colgué la llamada. Necesitaba quitarme de la cabeza la idea del cuerpo desnudo de Fran. Me iba a recoger en unos minutos, así que ruborizarme al pensar en él y

en toda su gloriosa desnudez no sería de ayuda.

—Hola.

Me balanceé en mi silla para encontrar a Valentin parado en la entrada de mi cubículo. Estaba apoyado contra la pared, con las manos en los bolsillos, con un estudiado aire de desenfado en la cara. Suspiré internamente. Era la última persona con la que me apetecía hablar.

¿Qué es lo que había visto en él? La pregunta me dejó perpleja. Nada de él me parecía atractivo ahora. Solía pensar que sus ojos de cachorro eran lindos, indefensos y dulces. Ahora me parecían patéticos.

Una lástima, ya que estaba apostando todas para lucir tímido y guapo. Realmente sentía ganas de darle un puñetazo en las pelotas, ya que estaba a la altura perfecta para hacerlo.

Por suerte para él, tuve que ser amable, o al menos civilizada. Todavía teníamos que trabajar juntos, sin mencionar el fin de semana que se nos venía. Supuse que por eso estaba allí.

—¿Listo para el fin de semana? —pregunté alegremente.

—Sí, ya he hecho las maletas. Alexander dijo que deberíamos intentar estar allí a las seis, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

Por supuesto, lo sabía porque al igual que él había recibido el mismo correo electrónico de Alexander donde nos decía que el tráfico de salida un viernes se hacía imposible desde las cinco a las siete en punto, por lo que nos sugirió salir temprano del trabajo -sólo por esta vez- para llegar allí antes de que las carreteras se colapsaran.

—¿Has estado alguna vez allí? —le pregunté.

Agitó la cabeza.

—No tengo idea de qué esperar.

—Pensé que corrías en esos círculos sociales todo el tiempo —dije.

Fue fácil volver a mi antiguo papel de apoyarlo y hacer que se sintiera mejor. Cuando hablábamos como dos personas normales, podía fingir que la humillación por la que me había hecho pasar no había ocurrido. Podía fingir que no me había mentido ni que me había hecho quedar como una ramera. Podía fingir que no era un mentiroso sin carácter.

—Mis padres lo hacen. Claro, he estado en los Hamptons antes, pero no es lo mío. Es más cosa de Lill que mía.

Casi me atraganté con el uso de su apodo. Lill. ¿Por qué tenía que mencionarla? Como si ya no fuera suficiente tener que verla todo un fin de semana. Como si su presencia no fuera suficiente para desear hundirme en el suelo y no volver nunca más. Ya había tenido pesadillas acerca de que ella me acorralaba en la casa y me destrozaba, literalmente, con garras y todo. Había visto la sangre y el fuego en sus ojos mientras me acusaba de todo, desde robarle a su hombre hasta causar la crisis de su matrimonio. Me refiero a todo.

—Entonces supongo que pronto será lo tuyo, ¿eh?

Su cara cambió ante mi broma, y recordé que era la misma expresión que tuvo en la fiesta cuando Fran bromeaba de la misma manera.

—Lill será una buena esposa —dijo a la defensiva.

Entonces me dio pena. La explicación de Fran en la fiesta me abrió los ojos. No había excusa para hacer trampa, nunca la hubo, pero cuando vi la evidencia de su debilidad, todo se suavizó para mí. No podía odiar a alguien con quien no pudiera identificarme. No era perfecta.

—Estoy segura de que lo será. Buena suerte para ti.

Asintió y cambió de posición.

—¿Qué hay para hacer ahí fuera? —le pregunté.

No le veía intención de salir de mi cubículo. Sin embargo, hice un esfuerzo para intentar espantarlo, empacando mi laptop y cerrando mis cajones.

—Oh, ya sabes, lo de siempre.

—No, no lo sé. ¿Hola? Recuerda con quién estás hablando.

Se rió.

—Correcto. Lo siento. Creo que Alexander tiene un velero. Sé que tienen una piscina de agua salada y un jacuzzi. Cancha de tenis, pero probablemente es demasiado frío para eso, y si mal no recuerdo, creo que su propiedad también incluye algunos senderos.

—Suena bien. Estoy segura de que la pasaremos genial.

Oh, era una mentirosa. Una terrible, terrible mentirosa. Si ya él lo sabía, no parecía importarle. Probablemente se sintió aliviado de que yo no estuviera llorando y amenazando con hacerme daño corporal grave después de que él aplastara mis esperanzas de una vida feliz juntos. O algo así.

¿Por qué no se marchaba? ¿No entendía la indirecta?

En su siguiente respiración, explicó lo que realmente estaba haciendo allí.

—He querido preguntarte algo. Espero que no te lo tomes a mal.

—Ooh, misterioso —Me reí.

—Es sólo que... quiero decir...

Miró a su alrededor, asegurándose de que no nos oyeran. Deniss estaba trabajando duro en su oficina, probablemente preguntándose por qué no recibió una invitación a los Hamptons.

—Bueno, pensé que tú y yo éramos algo.

Parpadeé una vez, luego dos. Cuando me di cuenta de que no iba a seguir hablando, lo incité.

—¿Y?

—Y supongo que me preguntaba, bueno...

De repente, supe exactamente lo que iba a preguntar.

JENNY

—Me preguntaba... ¿Cuándo entró Fran en la película?

Quería ser una persona madura. De verdad, de verdad lo quería. Incluso crucé los brazos y me dije que tenía que controlar mi temperamento. No serviría de nada arrancarle los ojos, especialmente en medio de la oficina donde había tantos testigos.

Pero tristemente, no hubo forma de detener un huracán. Sólo tenías que dejarlo rasgar antes de que siguiera adelante.

—¿Pensaste que éramos algo? ¿Es eso lo que pensabas? —le pregunté con calma. La calma antes de la tormenta.

—Por supuesto. Éramos geniales juntos, ¿no?

—Es bueno saberlo, ya que me pareció que sólo te aprovechabas de mí a espaldas de tu novia —gruñí.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—No te enojés —dijo y levantó las manos, tratando de hacerme callar.

Yo no me callaría. Se acabó el tiempo de callarse. La rebelde Jenny había salido, levantando la cabeza, y yo no iba a hacer que se callara.

—¿No te enojés? —Gruñí.

—Acordamos que todo era agua pasada. Sólo quería saber cuándo empezaste a verte con él, eso es todo.

—No es asunto tuyo cuando entró en mi vida —escupí, y mi sangre hervía por su descaro—. No puedo creer esto, Valentin.

—Cálmate, por favor.

—Está bien, está bien. Tienes razón.

Su cabeza se agitaba de un lado a otro tan rápido que estaba segura de que necesitaría un collarín después.

—No debí haberte preguntado eso. Sólo déjalo ir.

—Sí, lo dejaré como tú me dejaste a mí.

Recogí mis cosas, aún más allá de la ira. Mientras me ponía el abrigo y me colgaba el bolso y la bolsa del portátil por encima del hombro, murmuraba:

—Entra en mi cubículo y me hace preguntas sobre mi vida privada cuando él es quien me ha jodido. ¿Qué diablos le pasa? Lo juro por Dios que...

—Todavía estoy aquí, sabes.

—Bueno, tal vez sea mejor que hagas algo al respecto.

—Sí. Te dejaré en paz ahora.

Justo cuando pensaba que estaba a punto de dar la vuelta y marcharse, se detuvo.

—Espero que puedas olvidarte de esto para cuando salgamos. Necesitamos poner un frente unido.

Mis cejas volaron hacia arriba. Honestamente, este hombre era increíble.

—¿Por qué? ¿No quieres que Alexander sepa que ha invitado a un sucio tramposo a su casa? ¿Qué pensaría su esposa?

No podía creer que estaba siendo tan desagradable. No era una persona desagradable, pero jamás me había enfrentado a una situación como en la que me había metido. Supongo que estaba pasando la página. Una hoja bastante viciosa y potencialmente violenta.

—Por favor, Jen.

Quería patearlo.

—No me llames así.

—Por favor, Jenny. No hagas gran problema de esto —rogaba.

—Por si no lo recuerdas, estaba bien antes de que revolvieras el pasado. De hecho, fui lo suficientemente estúpida como para creer que podíamos ser amigos sin dejar que lo que pasó se interpusiera entre nosotros. Pero tenías que abrir tu estúpida boca. ¡Bravo Valentin, Así se hace! Si las cosas salen mal este fin de semana, no será mi culpa.

Como estaba ahí parado, con la boca abierta como un pez, y no se apartaba de mi camino, lo empujé con el hombro. Apenas podía ver gracias a las lágrimas de rabia que brotaban de mis ojos, pero logré llegar hasta los ascensores sin tropezarme con nadie ni con nada. Siempre una ventaja.

Pero no podía salir a enfrentarme a Fran sintiéndome de esa manera. Él sabría de inmediato que algo andaba mal conmigo. Así que fui al baño de damas en el vestíbulo y le envié un mensaje a Carol.

«Tuve un encuentro con Valentin. Finalmente me preguntó cuando había aparecido Fran en la foto. ¿Crees que alguien sospecharía de mí si desapareciera misteriosamente este fin de semana?».

Le tomó veinte segundos responder.

«Asegúrate de llenar sus bolsillos con piedras. El peso ayudará a que se hunda más el cuerpo».

Era imposible no reírme, incluso cuando me sentía totalmente destrozada. Deje que Valentin se metiera en mi cabeza justo antes de que yo tuviera que enfrentarme a un fin de semana estresante. Me salpiqué las mejillas con agua fría y arreglé mi maquillaje, respirando profundamente mientras lo hacía. Valentin no era nada. No me llegaba ni a los talones, era mucho mejor que él. Tenía que dejar de concentrarme en lo mucho que no lo soportaba y enfocarme en volver a la relación profesional que teníamos antes. No iba a renunciar a mi trabajo por su culpa. ¿Por qué debería hacerlo?

Mi teléfono sonó de nuevo, sólo que esta vez no fue Carol.

«Tu carroza te espera. ¿Tengo que subir a buscarte?»

¡Oh, Jesús! No. Eso no.

Respondí:

«Esperando el ascensor. Bajaré en un segundo».

Aunque sería muy divertido ver a Fran y a Valentin enfrentarse una vez más antes de que tuviéramos que ser civilizados frente a los adultos, no quise forzar mi suerte. Tampoco necesitaba saber que me estaba escondiendo en un baño. Que al final, era exactamente lo que estaba haciendo. Me estaba acobardando y diciéndome a mí misma que no tenía la capacidad de mantener la cabeza en alto. Y eso no era verdad.

—Puedes hacerlo —me susurré frente al espejo—Puedes salir y fingir que ese chico sexy del auto deportivo, aunque no sé qué conduce, pero apuesto a que es un auto deportivo, es tu novio. Tu novio que te adora y que nunca te usaría mientras engaña a otra mujer. Puedes fingir que lo adoras, porque acéptalo, ya estás muy cerca de hacerlo. Hay problemas mucho peores en la vida que fingir ser novia del tipo más sexy que has visto, mientras pasan juntos un fin de semana en los Hamptons.

—Tienes razón —dijo una voz fantasma en uno de los puestos.

Salté una milla y me caí contra el dispensador de toallas de papel.

—Deja de quejarte y lárgate de aquí para que pueda usar el baño en paz.

—Lo siento, lo siento.

Me apresuré a recoger mis cosas, me lancé por el vestíbulo, y luego salí por las puertas principales antes de perder el ímpetu.

Claro que sí, me estaba esperando al lado de una brillante máquina sexual roja, de baja altura y prácticamente ronroneando. Brillaba con el sol de media tarde que incluso los peces gordos con sus caros trajes se detenían para echarle un vistazo mientras pasaban. Si Fran fuera un coche, sería ese mismo coche. Imaginé subirme en él de la misma manera como lo hacían en los videos musicales.

Fran se veía bastante bien también, aunque siempre lo hacía. Se había lanzado al ataque con el look de “Fin de semana en los Hamptons”. Caquis, una camisa azul pálido con botones y una chaqueta azul oscuro y mocasines. Hice una señal de -ok- con el pulgar y el índice.

—¿Lo apruebas? —preguntó.

—Si no te conociera, pensaría que te saliste de un anuncio de Town & Country —Extendí los brazos a los lados—. ¿Qué hay de mí?

Gafas de sol oscuras ocultaban sus ojos, pero su sonrisa me dijo que había pasado la prueba.

—Podrías usar un saco de papas y aún así me acelerarías el pulso —respondió.

—¿Estás seguro de que deberías conducir cuando claramente estás drogado?

Se rió.

—Y pensé que habías mejorado en aceptar un cumplido.

—Debo haber retrocedido.

Se apartó del coche, tomando mi bolsa de portátil para guardarla en el maletero; el resto de mis cosas ya estaban dentro.

—¿Lista para divertirme? —preguntó, abriendo la puerta del pasajero con una sonrisa malvada.

Me subí al auto, preguntándome qué quería decir exactamente con “diversión”. Supongo que lo descubriría muy pronto.

JENNY

—Tienes que estar bromeando. Oh, Dios mío —exclamé.

Llegamos a la finca Fields alrededor de las cinco y media, justo cuando la luz en el cielo comenzó a desvanecerse. La casa estaba iluminada brillando desde todas y cada una de las ventanas. Tenía muchas ventanas. Era una casa muy grande.

—¿Crees que tienen a alguien en el personal cuyo trabajo es encender todas las luces por la noche? —pregunté maravillada.

Fran se reía mientras aparcaba el coche y apagaba el motor.

—Probablemente tengan un temporizador —dijo—. O están encendidas para los invitados, para impresionarlos cuando llegan.

—Funcionó —dije en un suspiro.

—Veo que lo hizo.

¿Cómo podría evitar entrar con la boca abierta? Era como algo salido de una película. La entrada, si es que se puede llamar así, estaba pavimentada con piedra y terminaba en un círculo frente a la enorme mansión de tres pisos. Una fuente burbujecía en el centro del círculo, más allá de la cual estaba el garaje. ¿Cuántos coches tendría?

La casa en sí misma no era imponente ni siquiera con su tamaño. Quienquiera que lo hubiera diseñado tenía en mente la comodidad y la familiaridad, pensé. Era más una granja de gran tamaño que un castillo. Conté cuatro chimeneas que se extendían desde el techo y porches envolventes en los tres niveles. Me preguntaba cómo sería estar sentado por la noche con una copa de vino o un chocolate caliente, respirando el olor del dinero. Porque olía a dinero por aquí. Dinero y cachemir y algodón egipcio.

—Deberías ver la parte de atrás —Sonrió Fran al salir del coche.

Supuse que eso significaba que yo también tenía que salir.

—¿Mejor aún? —le pregunté.

Tenía las piernas acalambradas. El coche era sexy, pero incluso con asientos de cuero finos, era incómodo. Dos horas me dejaron tiesa. Un pequeño precio a pagar, pensé.

—Espera y verás.

—De acuerdo.

—Es una pena que no estemos aquí en verano.

Me preguntaba cuánto tiempo habría pasado aquí si Fields era sólo el amigo y consejero de sus padres. Por otra parte, eso era lo que la gente de su círculo hacía. Esa era la razón por la que estaba aquí porque Alexander tenía el hábito de invitar a la gente al azar a pasar el fin de semana. Si alguna vez me hiciera millonaria, probablemente haría lo mismo.

La casa brillaba como una joya contra el cielo que se oscurecía, y en su interior podía ver techos altos y habitaciones grandes y ventiladas. Una amplia y corta escalera conducía a la puerta principal. Fran tomó mi mano para guiar el camino.

—¿Qué hay de nuestras cosas?

—Alguien saldrá a buscarlos —prometió—. Sólo relájate y disfruta.

Decidí mantener la boca cerrada y dejar de hacer evidente que era una novata total en la

experiencia de los Hamptons, mientras Fran tocaba la campana.

Una sirvienta no atendió, sonriendo cálidamente mientras nos saludaba.

—El Sr. y la Sra. Fields están en la gran sala —dijo, señalando a su izquierda.

Fran caminó con confianza en esa dirección. Se escuchaba música suave y risas al fondo, mientras nuestras pisadas sonaban en el piso de madera pulida.

—¿Es Franco? —preguntó Millicent Fields, corriendo hacia nosotros, con los brazos extendidos—. No te he visto... ¿Desde cuándo? ¿Desde Navidad?

Inmediatamente me pareció una persona encantadora. Ella tenía una sonrisa genuina y radiante y le dio un beso en la mejilla. Sólo la había visto en las funciones de la compañía, luciendo regia y recatada, pero en su casa, ella era la imagen de la gracia y la calidez.

—Y tú te ves tan encantadora como siempre —dijo Fran afablemente, dándole un abrazo.

Pasó una mano sobre su cabello rubio helado como si lo alisara en su lugar y le sonrió afectuosamente. Luego se volvió hacia mí y frunció los labios, pensando.

—Estoy segura de que te he visto antes. Creo que nos encontramos en la mesa del buffet durante la última fiesta de vacaciones, ¿no?

Me reí, dándome cuenta de que tenía razón.

—Y casi te hago derramar tu filete chateaubriand sobre tu hermoso vestido.

—Pero no lo hiciste —se rió—. Jenny, ¿verdad?

—Sí.

Alexander estaba detrás de una barra en el otro extremo de la habitación, mezclando cócteles junto a un fuego ardiente.

—Vengan. Vamos a servirnos unas copas.

Millicent fue hacia él, mientras Fran y yo la seguíamos.

—Lo estás haciendo increíble —susurró Fran.

—¡No puedo creer que me recordara!

—Ella es así. Se acuerda de todo. Su mente tiene como paredes de acero.

Fran sonrió mientras estrechaba la mano de Alexander, y yo hice lo mismo.

Fue extraño estar en la casa de mi jefe. Y qué la “gran sala”, como la llamaba la sirvienta, era aproximadamente del tamaño de una cancha de baloncesto. Eran dos pisos, con una serie de ventanas a lo largo de la pared trasera que se extendía desde el suelo hasta el techo. Vi una piscina y un jacuzzi, tal como Valentin había mencionado, y más allá había una extensión de agua.

Sin embargo, a pesar de su tamaño, era una habitación acogedora, cómodamente amueblada.

Decidí que me gustaba el gusto de Millicent en decoración. Algunas personas habrían amontonado antigüedades y pinturas, y otras cosas de arte allí, pero no ella. Sofás color crema y azul, muchas almohadas y mantas, flores y velas. Podría imaginarme acurrucada junto al fuego leyendo un buen libro.

—Eres el primero en llegar —nos informó nuestro anfitrión.

—¿Esperas mucha gente este fin de semana? —preguntó Fran.

—Valentin Williams, su prometida y sus padres —respondió Alexander—. Será un gran fin de semana.

Se me cayó el estómago. ¿Los padres de Lillian también? Recé para que no supieran quién era yo.

Millicent me guiñó un ojo.

—Mi marido tiene la costumbre de invitar a todo tipo de gente a la vez. No pude asistir a la fiesta de compromiso el fin de semana pasado, pero cuando volvió, me informó que estaríamos a casa llena para este fin de semana.

—Espero que esté bien —murmuré, alarmada e insegura. No sabía qué más decir.

—Oh, no me malinterpretes. Si no me gustara entretener, no tendría un hogar como éste —Su voz se redujo a un susurro—. Pero estoy segura de que preferirías no pasar el fin de semana con un grupo de ancianos. Él no tiene en cuenta esas cosas.

Sonreí y agité la cabeza.

—Es un verdadero placer estar aquí contigo. Estoy muy agradecida de que me invitaran. Tienes una casa tan hermosa.

—Gracias, cariño. Somos muy afortunados.

De la boca de cualquier otro, eso habría sonado como el más patético humilde de todos los tiempos. Pero para ella, sonaba sincero. Me gustaba muchísimo. Ella no era la estereotipada y seca WASP. Sentí que podíamos sentarnos y cotillear como novias.

—¿De qué están hablando? —preguntó mi jefe antes de darme un vaso de vino de color pajizo.

—Le decía a la Sra. Fields lo encantadora que me parece su casa —le expliqué—. Gracias por invitarme.

—Por supuesto, querida, por supuesto.

Todavía parecía que no tenía ni idea de quién era yo ni de por qué estaba allí. Lo atribuí a que era un anfitrión exuberante. Tiró invitaciones como si estuviera repartiendo caramelos, sin tener en cuenta a quién había invitado.

Sonó el timbre y Fran me tomó de la mano. No sabía si lo hacía para hacerme sentir mejor o para llevar a cabo todo el asunto de “estamos tan enamorados”. Ni siquiera importaba. Estaba tan agradecida por él en ese momento, incluso cuando me había metido en el lío en el que me encontraba.

—¡Hola, hola! —Lillian corrió hacia Millicent, y las dos se demostraron lo agradable que era verse. Le hice una rápida revisión a la futura madre con sus jeans y su suéter holgado. Una vez más, se veía muy casual, con un aspecto tan moderno y despreocupado al mismo tiempo. Como si acabara de vestirse con lo primero que había encontrado en su armario, mientras amontonaba su cabello dorado en un bollo desordenado sobre su cabeza.

Sus botas de cuero y el bolso de Birkin en un brazo me hicieron sentir celos asesinos por un segundo o dos, pero mis celos se vieron atenuados por el hecho de que tenía que llevar un pequeño mocoso de Valentin a término, expulsarlo y sacarlo a relucir. Ningún bolso o zapatos podría compensar ese tipo de mierda.

Valentin asintió con la cabeza y luego se unió a conversar con Alexander y los padres de Lillian, Freddy y Flor, quienes me recordaron de la fiesta de compromiso y me sonrieron forzadamente. Eran mucho más presumidos de lo que imaginaba que serían. Esperaba que no tuviéramos que pasar mucho tiempo juntos.

Fran debió haber sentido mi inseguridad porque deslizó un brazo alrededor de mi cintura, inclinándose hacia adentro como si me estuviera agasajando.

—Lo estás haciendo muy bien —susurró.

—Qué bueno, ya que llevamos aquí unos quince minutos —le susurré.

Su aliento me erizaba la nuca mientras se reía, dándome escalofríos.

—Siempre podemos pasar el fin de semana en nuestra habitación si eso te hace sentir mejor —murmuró.

—¿Y qué haríamos allí? ¿Jugar al ajedrez?

—Por supuesto. Eso es todo lo que guardé en mi maleta. Ropa interior limpia y mi juego de ajedrez.

Me reí.

—Tendrás que enseñarme.

—Oh, no te preocupes. Te enseñaré todo lo que sé.

Sentí que mi piel se enrojecía.

—¿Eres un buen profesor?

—Creo en el método de la repetición. Una y otra vez hasta que el alumno lo haga bien. Quiero decir, tenemos todo el fin de semana.

Me alegré de que Millicent nos interrumpiera, ya que no estaba segura de poder continuar nuestra conversación sin encenderme delante de mi jefe y sus invitados. Nunca había pasado un fin de semana en los Hamptons, pero estaba dispuesta a apostar que eso no se consideraba una buena forma.

—Ahora que estamos todos aquí, le diré al chef que prepare la cenar. Si quieren pueden subir a instalarse, los llamaré cuando estemos listos para comer.

Oh. Arriba. El lugar en el que más y menos quería estar al mismo tiempo.

JENNY

La sirvienta nos llevó a nuestra habitación, que estaba en lo alto de una ancha y curvilínea escalera y exactamente a la izquierda. Varias otras puertas se alineaban en el largo pasillo, todas cerradas. Ella abrió nuestra puerta, y mi corazón latía tan fuerte que casi podía oír la sangre zumbando en mis oídos.

Era nuestro dormitorio, durante todo el fin de semana.

Bueno, teníamos más que suficiente espacio, casi del tamaño de todo mi apartamento. No me extraña que Fran pensara que mi casa era pequeña. Una cama de cuatro pilares se sentaba contra la pared. No había manera de mirar a Fran sin sonrojarme. Había una tumbona junto a la ventana. Me preguntaba si Fran sería lo suficientemente caballeroso como para ofrecerse a pasar la noche en él, o si sería un cavernícola y exigiría compartir la cama. Estaba segura de que sería la segunda opción.

Vale, en realidad ha hecho más de lo que esperaba.

Pasé mi mano por encima del hermoso vestidor antiguo, y luego examiné el adorable taburete acolchado de terciopelo y vanidad. La habitación estaba decorada en tonos crema y gris claro, con toques de amarillo aquí y allá que iluminaban toda la madera oscura de los suelos y los muebles. Me recordó a un hotel de campo inglés. No podía imaginarme tener habitaciones enteras como ésa a disposición, todas preparadas por si acaso los huéspedes me visitaban. Dormiría en una habitación diferente cada noche.

Nuestras bolsas habían sido colocadas a lo largo de la pared, tal como Fran dijo que lo harían.

—Es desconcertante —dije, moviendo la cabeza.

—¿Qué cosa?

—Tener sirvientes caminando, haciendo cosas, mientras disfrutas el vino y el fuego.

Había empezado a desempacar, a sacar calcetines y ropa interior. Se detuvo y me miró extrañamente.

—No es esclavitud, sabes. Les pagan muy bien por lo que hacen. Ellos eligieron esta profesión. Igual que tú elegiste la tuya.

—De acuerdo. No me arranques la cabeza de un mordisco.

—Entonces deja de ser un esnob invertido y de fingir que hay una montaña insuperable de diferencias entre tú y yo.

—Oye, no quise ofenderte.

—No lo hiciste. Creo que disfrutarás mejor el fin de semana sin ese chip en tu cabeza.

Me mordí el labio. Él tenía razón. Tanto Alexander como Millicent no me habían mostrado nada más que genuina hospitalidad. Debería dejar de sentirme tan insegura y simplemente divertirme.

—Oye. No hablamos de qué cajones van para cada persona —dije.

Frunció el ceño.

—Hay una cómoda entera aquí. Podemos dividirlos en tres y tres.

—Quería los cajones de arriba.

—¿Por qué?

—Sólo porque sí —dije con aire fresco.

—Eres tan extraña.

Pero me dejó seguir mi camino, tomando el cuarto cajón y esperando detrás de él.

Entonces me miró.

—¿No estás desempacando?

—Esperaré mi turno.

—¿Por qué esperar? —Se enderezó, con una sonrisa burlona en el rostro.

—Puedes quitarte la sonrisa de la cara cuando quieras —le dije, doblando los brazos.

—¿Tienes miedo de que vea tus bragas y pierda el control? —preguntó, dando un paso lento hacia mí y luego otro.

—No.

¡Sí!

—¿O quieres asegurarte de que no vea tu ropa interior sexy para sorprenderme después?

Siguió caminando hacia mí, haciéndome retroceder hasta que me tuvo contra la cama.

—Sólo temo que no puedas manejarlo —bromeé—. Tu pobre corazón podría no ser capaz de soportar toda la emoción.

Mi falsa bravuconería se me escapó cuando me di cuenta de que no tenía adónde ir. Hice una finta a la izquierda y luego a la derecha, tratando de esquivarlo, pero él era demasiado rápido para mí. Grité mientras me abrazaba, sujetando mis brazos a los costados. Ambos nos reímos y caímos en la cama.

Estaba justo ahí, tan cerca de mí, y ambos estábamos acostados, en la misma cama. Dejé de reírme. Y él también.

—Puedo tomar la tumbona si quieres.

—¿Quieres hacerlo?

Por favor, di que no. Por favor, di que no. Por favor, bésame ahora mismo y di que no.

La comisura de su boca se retorció hacia arriba mientras sus ojos se fijaban en los míos.

—¿Quieres que lo haga?

Agité la cabeza lentamente.

—No cuando tenemos una cama para dos. Pero sólo si crees que puedes soportar estar tan cerca de todo esto —Agité mis manos sobre mi cuerpo.

Gruñó, haciendo que mi corazón se acelerara de nuevo.

—Apenas puedo manejarlo ahora mismo. ¿Cómo crees que pueda más tarde?

Le habría contestado, pero había dejado de respirar y necesitaba hacerlo si quería hablar.

—¡La cena está lista! —Alguien llamó desde el otro lado de la puerta.

Él gimió, y yo me reí al disolverse el momento. ¿Qué habría pasado si uno de los empleados no hubiera hecho el anuncio? Sabía lo que habría pasado. Yo era una adulta, y era hora de dejar de fingir que no había nada entre nosotros, dejar de fingir que nuestra relación ese fin de semana era falsa, porque no lo era. No era tan infeliz de estar allí como había pretendido.

—Demasiado oportuno —murmuró, alejándose de mí.

¡Oh, Jesús! No pude evitar ver el bulto revelador en sus caquis. En un universo paralelo estaría dejando de lado la cena y viviendo del amor, pero en mi pequeño mundo eso sería grosero y estúpido. Aunque enviaría un mensaje claro a Valentin, lo que casi habría hecho que valiera la pena.

La idea de Valentin me recordó algo importante. Me levanté rápidamente, el sexo era lo último que tenía en mente ahora. Está bien, tal vez no el último, pero ya no el primero.

—Tenemos que aclarar nuestras historias.

—¿Sobre qué?

Fran se sentó, aún con cara de nerviosismo.

—Sobre cuándo y cómo nos conocimos.

Le di una versión muy breve y resumida del encuentro con Valentin.

—Preguntó cuándo apareciste en la foto.

—No es asunto suyo —dijo.

—Sí, bueno, sigo pensando que deberíamos ponernos de acuerdo en un momento en el que empezamos a salir. De seguro alguien nos pedirá un pequeño cuento sobre eso —señalé.

—No creo que haya nada malo en decir que nos conocemos desde hace mucho tiempo pero que no empezamos a salir oficialmente hasta hace unas semanas.

—Funciona para mí.

Mientras no pareciera que estaba siendo una desgraciada como Valentin.

JENNY

Resultó que no tenía motivos para preocuparme esa noche. Los planes de boda de Lillian y las preguntas sobre su inesperado embarazo dominaron la conversación en la mesa de la cena, con su madre y Millicent haciendo pregunta tras pregunta. No tenía nada que aportar a la conversación, así que me quedé en silencio.

Los hombres también tuvieron su charla, todo acerca de la universidad, de fútbol y de los negocios. Yo también estaba perdida allí. Y Valentín también, por lo que vi. Mientras Fran reía y bromeaba con los otros hombres sobre sus equipos -parecía que su equipo lo estaba haciendo mejor que el de ellos, aunque yo no podía seguir la pista de todos los nombres que dejaron caer-. Valentín estaba callado. Me preguntaba qué era lo que le molestaba, pero era una pregunta vaga en el fondo de mi mente.

Tal vez era la forma en la que Fran no dejaba de tocarme. Tenía su mano en mi rodilla, ocasionalmente levantaba mi mano para besar el dorso de la misma. Se inclinaba para besar mi mejilla de vez en cuando, o apoyaba su mano en mi nuca. Aunque no era parte de su conversación, siempre estaba en su mente.

¿Estaba siendo engreída? Eh, tal vez un poco, pero no todos los días tenía al hombre más sexy encima de mí durante una cena con sus amigos. Tendría que escribirle una carta a Santa Claus y decirle que lo entendía si no recibía nada ese año. La Navidad había llegado temprano.

—Creo que ustedes dos son adorables —murmuró Millicent con una cálida sonrisa.

Se sentó al pie de la mesa, conmigo a su derecha. Desde el rabillo del ojo, pude ver a Lillian girarse para mirarme fijamente. El foco de atención estaba finalmente fuera de ella y no le gustó ni un poquito.

—Gracias. Es demasiado, ¿no? —Mané deliberadamente.

Le dio a Fran una mirada cariñosa.

—Es tan agradable verlo tan feliz por una vez. Me alegro de que finalmente haya encontrado a la chica adecuada.

Vaya, alguien estaba tratando de tentarme, ¿no? Eché un vistazo a Fran, que estaba en una conversación profunda sobre los playoffs, y luego me incliné para susurrarle a Millicent:

—¿Cuál es la historia allí?

—Oh, ya conoces los hombres como él, están demasiado ocupados para sentar cabeza.

Se rió y luego volvió a su conversación sobre los arreglos florales, los cubiertos o lo que sea que fuera el nuevo tema. Mis ojos se fijaron en Lillian mientras volvía a su comida. Intentaba ocultar lo irritada que estaba por vernos a Fran y a mí, pero era una actriz bastante pobre. Aprovechando la ocasión, puse un brazo alrededor del bíceps ridículamente grueso de Fran y le besé la mejilla suavemente afeitada. Ya me estaba divirtiendo mucho más de lo que imaginaba.

—Pensé que nunca nos dejarían ir a la cama —dijo Fran, cuando finalmente llegamos al dormitorio.

Nos sentamos alrededor de la mesa durante tres horas seguidas, luego pasamos otras dos horas junto al fuego con bebidas y descafeinado y aún más charla sobre la “Boda del Año”. Sentí que ya había asistido, pero ni siquiera tenía un regalo de fiesta para llevar a casa conmigo.

Me había sorprendido bostezando más de una vez, y luego empecé a mordirme el costado de la lengua para no ofender a nadie cuando un bostezo se me acercaba a hurtadillas.

Me senté en la cama con un suspiro pesado, cansada hasta los huesos.

—Sin ofenderlos, pero pensaba que las personas mayores se iban a la cama más temprano. Tal vez yo sea la anciana en el cuerpo de una mujer joven.

—Sí, lo eres —Me sonrió, mientras colgaba su chaqueta en el armario.

—He estado todo el día en estos zapatos —murmuré, dándoles una patada.

—Tú y los zapatos —Se rió.

—Deja de ser un grano en el culo.

Caminó hacia donde yo estaba sentada. Una lenta corriente comenzó en mis dedos de los pies y a subir por mis piernas. Aguanté la respiración. ¿Qué iba a hacer? Observé, esperando, mi corazón latía tan rápido que pensé que iba a explotar. ¿Será que Fran también lo escucha? No me sorprendería que la gente de otras habitaciones también pudiera oírlo.

Cuando se puso de rodillas, no podía creer lo que veían mis ojos. Suavemente, tomó uno de mis pies en sus manos y, sin decir una palabra, comenzó a masajearlo. Recé como nunca antes había rezado para que no estuviera sudoroso, o peor aún, apestoso. Lo miré como un halcón estudiando sus expresiones, pero no retrocedió horrorizado, ni vomitó a un lado. Así que pensé que todo estaba bien.

—¿Trabajas a tiempo parcial en un spa o algo parecido? —susurré, cerrando los ojos.

—No —murmuró con una risa.

—¿Un salón de masajes?

—No por mucho tiempo. Me cansé de los finales felices.

Me reí, incluso mientras el fuego ardía y crepitaba en mi interior. Me provocó algo muy dentro de mí, algo que ya no quería ignorar.

Emití un suave gemido, y cuando él miró hacia arriba y nuestros ojos se encontraron, hice señas con mi dedo. Llamando, invitando, queriendo.

Se deslizó entre mis piernas y lo envolví con ellas, acercándolo mientras le enrollaba mis brazos alrededor de su cuello. Mis fosas nasales se llenaron con su olor embriagador. ¿Estaba pasando de verdad? ¿Íbamos a dar ese gran salto juntos?

Sí.

JENNY

Abrí la boca para decir algo, sin duda algo estúpido, por lo que fue bueno que el hombre se adelantara y lo cubriera con un beso que conmovía el alma. Estaba tan llena de necesidad brutal que me aferré a sus hombros duros. Metí mi lengua en su cálida boca mientras él la chupaba. El fuego explotó en un infierno.

Me deleité con mis ojos, manos y boca en su cuerpo, explorándolo mientras me adoraba. Era como un sueño hecho realidad, una pasión que lo consumía todo. Puso una mano suavemente sobre mi mejilla y tiernamente, muy tiernamente, como si yo fuera la cosa más preciosa y delicada del mundo, rozó sus dedos por mi cuello. Eso fue todo para mí. Me entregué por completo a él.

Besó el hueco de mi garganta y las puntas de mis pechos, me acariciaba el pelo, la espalda, me mordisqueó la oreja, me lamió el ombligo. Me volvía loca. Dios, lo deseaba tanto que quería rogarle que entrara en mí. Lo miré, tenía mis manos sobre sus hombros, mis piernas alrededor de su cintura.

Metía su lengua en mi boca y la sacaba. Eso lo hizo una y otra vez. Era un ensayo de lo que iba a pasar entre mis piernas. Cuanto más y más rápido lo hacía, más desesperada estaba por él. El efecto fue tan profundo que mis caderas estaban prácticamente dobladas con su empuje. Me levantó el vestido y miró la forma en que mis bragas mojadas se aferraban a mi forma. Sentí que me sonrojaba.

Miró hacia arriba, a mis ojos.

—¿Estás bien? ¿Estás lista para esto?

Me di cuenta de que se estaba esforzando, luchando por contenerse. Quería seguir adelante, desesperadamente, temblaba por todas partes, pero quería estar seguro de que yo estaba lista para hacerlo. Esa pequeña cosa, la forma en que se contenía para asegurarse de que yo estuviera lista, me llevó de sólo un gustar a algo mucho más profundo.

Oh, dulce Jesús. Estoy enamorada de él.

—Sí —suspiré, asintiendo.

Mi cerebro procesaba vagamente el sonido de los dientes metálicos de su cremallera rechinando. Mi vestido lo soltó de mis hombros y lo empujó a las caderas. Mi cuerpo se derritió. Un calor abrasador floreció entre mis piernas. Me quitó el sostén y mis pechos se liberaron. Me empujó suavemente de vuelta a la cama y me arrastró el vestido por las caderas. Me acosté ante él, en exhibición, cada centímetro de mí expuesta a sus ojos. Podría hacer lo que quisiera conmigo.

Metió sus dedos en el borde de mis bragas y con dolorosa lentitud me las bajó por las piernas. Luego puso sus manos sobre mis muslos, los abrió de par en par, y miró mi sexo expuesto y excitado.

—Nunca he visto una vagina que suplique ser chupada como la tuya —dijo—. Mierda, podría chupártela todo el día y toda la noche.

Mi aliento se fijó en la expresión de sus ojos. Brillaban de triunfo. Como un hombre que miraba con satisfacción lo que poseía.

—Voy a pasar toda la noche haciéndole cosas a tu cuerpo que ni siquiera soñaste que eran

posibles —dijo, con una risa oscura.

Lo vi desvestirse y ni una sola vez me quitó los ojos de encima ni a mí, ni a mi sexo abierto.

Tenía un tatuaje de un águila en el bíceps izquierdo. Me picaban las yemas de los dedos para trazar las intrincadas líneas azules. Dejé que mis ojos se deslizaran por sus suaves abdominales hacia su enorme pene erecto. Era tan grande y duro, que parecía que las venas estaban a punto de reventar. Lo vi con los ojos muy abiertos mientras se inclinaba para arrodillarse entre mis piernas.

Mi corazón latía tan fuerte que podía oír la sangre corriendo por mis oídos.

Deslizó sus manos bajo mis nalgas para que yo estuviera tan abierta para él como una bandeja de comida. Acercó su cara a mi sexo y me inhaló profundamente.

—Me encanta el sabor de tu dulce centro mojado, Jenny. He estado soñando con esto desde que te probé por primera vez esa noche. Pero tuviste que huir como un conejito antes de que pudiera terminar el trabajo.

Lo miré con los ojos aturdidos mientras su lengua se movía lentamente entre mis labios y gemí de placer.

—Oh Dios —gemí, temblando.

—Nunca voy a tener suficiente de ti, Jenny Young —gruñó, mientras empezaba a darse un festín con mi vagina.

Su avaricia era obscena, sucia e increíble. Nadie me había comido con tanta hambre. A Valentin le gustaba comerme siempre, pero nunca así. Apretaba mis caderas contra su cara, mientras mis manos aferradas a su cabeza lo empujaban más dentro de mí. Yo quería más. No podía conseguir lo suficiente. Mi aliento me dio un rápido y agudo jadeo.

—Ya no quiero esperar más —lloré roncamente, y sin vergüenza me abrí mucho más para él.

Sabía cómo se sentía el roce de su pene en mi entrada, pero ahora lo quería adentro. Todo completo. Cada hermosa pulgada dentro de mí.

Pero todo lo que hizo fue meterme un dedo, meterlo y sacarlo perezosamente.

Mi cabeza empezó a zumbiar cuando un intenso placer irradiaba todo mi cuerpo. Entonces un clímax masivo como el que nunca había experimentado comenzó a rasgarse a través de mí. Perdí el control. Sentí como si estuviera explotando en manchas blancas de éxtasis. Ni siquiera me di cuenta de que había abierto la boca para gritar hasta que la gran mano de Fran me silenció .

—Shhh... nena. Shhhhh —dijo.

Mientras mis músculos seguían convulsionando y palpitando, me quitó la mano de la boca y empujó nuevamente un dedo largo y grueso dentro de mi sexo pulsátil.

—Oh, Dios —gemí, mientras mi coño apretaba su dedo.

Sacó su dedo y me lo llevó a los labios.

—Prueba —ordenó.

Abrí la boca y chupé mi propio jugo.

Sonreía al verme.

Luego me sacó el dedo de la boca y me lo clavó de nuevo. Cuando mi boca se abrió en un grito ahogado, lo sacó y me hizo chuparlo de nuevo. Viéndome con morbo en sus ojos mientras me metía y sacaba el dedo y volvía a hacerme chupar. Entrando y saliendo y volviendo a mi boca. Me estaba haciendo comerme. Estaba siendo sucio y muy excitante.

De repente, supe lo que quería probar a continuación.

—Quiero chuparte a ti —le dije.

Sonrió lentamente.

—He querido oírte decir eso desde el día que te vi en el ascensor.

¡Siempre me ha querido! ¡Eso era una locura! Estaba en caída libre. Me puse de rodillas y a

medida que me acercaba inhalaba su olor masculino y me mareaba de emoción y anticipación. Le lamí la piel suave y satinada de la cabeza de su glande. La gota de su pre-cum en la punta se disolvió en mi lengua. Me gustaba su sabor. Realmente me gustaba. No era rancio y amargo, sino salado y fresco. Como el océano. Lo lamí de nuevo.

—Oh, joder —gimió.

Luego abrí mi boca para acomodar su circunferencia. Se sentía grande y pesado en mi lengua mientras mis labios se cerraban sobre su eje. Mi lengua se deslizó alrededor de la forma de su cabeza hinchada y sus manos se enredaron en mi pelo.

—Joder, Jenny. Eso se siente increíble —gimió mientras empujaba mi cara hacia adelante y me obligaba a tomar más de él.

Lo chupé con tirones de embutición profunda a medida que sus caderas se movían hacia adelante y hacia atrás. Justo cuando estaba llevando mi ritmo, él se detuvo con un chasquido húmedo.

Lo miré con sorpresa. Realmente quería satisfacerlo, devolverle el placer que me había dado.

—¿Qué pasa?

—En el momento, nena. La espera ha terminado —dijo.

Su voz era gruesa y gutural. Tomó un paquete de papel aluminio de la mesita de noche y lo abrió.

Me recosté, lo vi rodar el condón sobre su enorme miembro y poner su rodilla en la cama. Entonces esos fuertes y poderosos muslos me abrieron de par en par. Colocó su pene en mi entrada y la empujó. La cabeza gruesa entró en mí y mi carne se abrió para acomodarlo.

Maldita sea, mis ojos se abrieron de par en par ante lo grande que era, ante la sensación de estar tan estirada. Mi boca se abrió en un silencioso grito de placer.

—Oh, Dios mío, estoy tan llena.

Se detuvo y me dio tiempo para ajustarme a la gruesa y profunda intrusión antes de empezar a empujar de nuevo. Duro. Me quedé boquiabierta ante la sensación de estar tan increíblemente estirada. Era tan grueso y sólido. Miré su hermoso rostro y una emoción de placer se deslizó a través de mí. Fran Black y yo lo estábamos haciendo. Me encantaba que nuestros cuerpos estuvieran unidos, su pecho aplastado contra mis senos, su cuerpo duro presionando contra el mío.

Mis manos acariciaban sus gruesos hombros y luego se deslizaron por los músculos magros de su cuerpo hasta su apretado trasero mientras éste se flexionaba para penetrarme. Cada vez que enterraba su pene en lo profundo de mí, yo gemía. Nunca había sentido algo así con nadie más. Nunca. El placer era tan fuerte que el resto del mundo dejó de existir. Olvidé dónde estaba. Sentí que mis músculos centrales empezaban a apretarse a medida que comenzaba a llegar al clímax. No sé si habría gritado, pero Fran cerró mi boca con la suya. El beso fue duro, exigente y ardiente. Caminé sobre el borde en el abismo del placer mientras chupaba su lengua ciegamente y sentía como me penetraba, empujando tan fuerte que mi cuerpo se sacudía y se deslizaba sobre la cama. Desde algún lugar lejano lo oí decir mi nombre. Y fue hermoso.

JENNY

Apenas había luz afuera cuando desperté en los brazos de Fran. Sí, era un buen lugar para estar, considerando todas las cosas. Me acurrucó, y me alegré por ello; a nadie le gustaría despertar la mañana siguiente después de dormir con alguien, con el aliento matutino de su compañero golpeándole a la cara. También apostaba a que había babeado mientras dormía o al menos roncado un poco. No había manera de que la vida fuera tan perfecta como parecía en ese momento. Algo tenía que estar mal.

Me pasé una mano por la cara. Sin babas secas. Había una posibilidad de que no lo asustara, después de todo.

Anoche me pareció un sueño. Un sueño sucio, erótico, increíblemente hermoso. Pero fue real, o si no, ¿por qué seguiría estando desnuda y tan adolorida entre las piernas? Era el tipo de dolor que siente una mujer después de haber tenido relaciones sexuales tres veces en una noche. Fran seguía tumbado igual de desnudo con su brazo sobre mí. Oía su suave respirar detrás de mí y disfrutaba el sonido.

Estaba enamorada. No había duda de eso. Sólo una mujer enamorada podía encontrar el sonido de la respiración de su amante tan agradable.

Ojalá supiera lo que siente por mí.

No lo pienses demasiado, Jenny. Eso nunca te llevó a ninguna parte.

Lo único que me hizo el pensar demasiado fue masticarme las uñas de las manos y la verdadera preocupación de desarrollar una úlcera. Además, pensar demasiado hace que una chica haga cosas estúpidas como volverse celosa, pegajosa y posesiva. No quería ser ninguna de esas cosas. Quería que fuéramos nosotros, tal como éramos. Si le daba demasiada importancia, lo haría raro aunque tratara de no hacerlo.

Se agitó, soltando un resoplido confuso mientras lo hacía.

—Buenos días —murmuró, apretándome más hacia él.

Oh, se sentía tan bien. Su cuerpo estaba caliente y firme mientras me envolvía. Me dejé hundir en la sensación de sus labios contra la parte posterior de mi cuello, mi garganta, mi oído, mi mandíbula. No intentaba ser sexy, pero no importaba. Sentí que mi cuerpo respondía como si hubiera pulsado un interruptor.

—Te has levantado temprano —susurré.

Me arriesgué y me di la vuelta, esperando no parecerme a una casa embrujada. Maldito sea por verse aún más delicioso a primera hora de la mañana de lo que se veía en todo el día. ¿Cómo es posible? ¿Se despertó en medio de la noche para estar presentable? Incluso su pelo parecía hábilmente despeinado. Como si tuviera un equipo de peluquería y maquillaje en su maleta.

—¿No me oíste anoche hacer planes para ir a pescar con Alexander y Freddy esta mañana?

Fruncí el ceño.

—Supongo que me lo perdí. ¿Fue antes o después de que empezaras a apostar en el draft de fútbol de este año?

Se rió suavemente.

—Después.

—Ya veo.

—Podrías venir con nosotros, ya sabes.

Me arrugué la nariz antes de poder detenerme.

—No creo que sea la mejor idea. La idea de enganchar a un pez me revuelve un poco el estómago.

—¿Comes pescado? —preguntó.

—Como si fuera un castigo, pero esa es otra historia.

—Hipócrita.

Me besó la frente, las mejillas. Era el cielo. Deseaba que el tiempo se detuviera. Todo era perfecto, aquí en nuestro capullo.

—Eso no es hipócrita. Soy yo y mi estómago débil. Además, —Me acurruqué contra él un poco más cerca y añadí—: necesitas tu tiempo de hombre. Sólo iría a arruinarte el momento.

—No creo que puedas arruinar nada.

Me acarició la cara, el pelo, antes de dejar que su mano se moviera hacia mi espalda. Me dije a mí misma que dejara de temblar cada vez que me tocara, pero no pude evitarlo. Era mágico.

—Ojalá pudiera verme como tú me ves —admití, cerrando los ojos cuando sus labios encontraron los míos.

—Ojalá pudieras. De verdad que sí.

Me sostuvo la barbilla con su mano, y luego me besó de nuevo antes de levantarse.

—Supongo que será mejor que lo haga ahora, o de lo contrario nunca me iré.

Me miró con toda su gloriosa desnudez, y dejé que mis ojos permanecieran en su cuerpo todo el tiempo que pude.

—Estoy tomando una foto mental —le dije, y luego sostuve mis manos a cada lado de mi cara como si estuviera sosteniendo una cámara.

—Vaya, ¿se supone que es una cámara de verdad en tus manos? y me acusas de ser anticuado.

—Oh, lo siento. ¿Debería ser un teléfono?

—Sí. Intenta vivir en este siglo.

Le tiré una almohada y se rió cuando entró en nuestro baño. Justo antes de cerrar la puerta, murmuré:

—Y pensar que iba a sugerir tomar una ducha juntos esta mañana.

La puerta dejó de moverse.

—Definitivamente aún podemos hacer eso.

—¿Por qué querrías ducharte con una mujer que ni siquiera vive en este siglo?

Me di la vuelta y me reí para mí misma de espaldas a la puerta. Así que no lo vi corriendo a la cama, pero sentí que me agarraba en sus brazos y me llevaba a la ducha. Podría haber luchado contra él, pero ¿por qué molestarme? Era un hombre que consiguió lo que quería.

Y él me quería a mí.

FRANCO

¿Por qué necesitaba tanto su cuerpo? Era un puto misterio para mí. Con cada mujer, perdía inmediatamente el deseo en el momento en que terminaba de follarla. Y cada vez que follábamos lo perdía más y más hasta que ni siquiera podía soportar estar en la misma habitación que ella. Pero no con Jenny. Con ella, no podía tener suficiente. Follarla era como echar aceite en el fuego. Sólo hacía que las llamas crecieran más.

Cuanto más conseguía, más quería.

La puse de pie y miró mi pene. Su mirada me provocó una erección inmediata, así que me metí en la ducha y la arrastré conmigo. Abrí el grifo y el agua caliente cayó en cascada sobre nosotros. Tomé el jabón del soporte metálico y se lo entregué.

—Déjame ver cómo te enjabonas.

Por un par de segundos dudó. Luego tomó la barra y se la pasó por el pecho, debajo de los brazos y alrededor del cuello. La espuma del jabón resbalaba por su hermoso cuerpo. Mierda, no podía esperar a entrar en ella. Luego, con adorable timidez, se la metió entre las piernas.

—No te detengas —gruñí.

Levantó los brazos e inclinó los codos para hacer su espalda. Sus pechos sobresalían hacia adelante. Quería meter esos pezones rosados en mi boca. Suavemente deslizaba el jabón por su voluptuoso trasero. La vi frotar sus muslos y piernas. Levantó el pie para limpiar la planta del pie. La acción reveló los delicados pliegues rosados de su vulva. Me quedé mirando, paralizado. Se puso en pie y levantó el otro. Dándome la oportunidad de echarle otro vistazo. El agua me golpeaba el miembro, haciéndolo rebotar. Estaba tan jodidamente duro que sentía un maldito hormigueo.

Me agaché y tomé uno de sus pezones entre mis dientes. El agua entraba en mi boca, cambiando la sensación normal de tener el pezón en ella. En mi vida había estado en la ducha con cientos de mujeres. Había tomado todos sus pezones en mi boca, pero cuando tomé los de ella no sentí que fuera el simple intercambio de placer de “yo te hago ver las estrellas, tú me haces venir”.

No, a ella me apetecía comérmela viva, consumirla. Quería ir de rodillas y lamer su centro jugoso durante días. No puedo imaginar que alguien más la tuviera. Quería tenerla para siempre. Era mía.

Chupé lo suficiente como para causarle dolor, porque jadeó. Levanté la cabeza.

—¿Quieres que pare?

—No —susurró, con los ojos bien abiertos y dilatados. Sus pestañas estaban llenas de agua.

Tomé su otro pezón en mi boca y lo chupé suavemente, y ella gimió sensualmente. El sonido me enloqueció.

Le di la vuelta, así que estaba de cara a la pared de azulejos. Me agaché tras ella y la incliné un poco. Agarré la carne de sus nalgas y al separarlas encontré su brillante sexo. Ella temblaba de miedo. Enterré mi cara en ella buscando saciar mi hambre. Esta vez no pude parar. Lamí, chupé y mordí su carne. Ni siquiera sus gemidos me detuvieron. La disfruté como nunca había disfrutado a otra. Lamí hasta que ella se estremeció y llegó al clímax sollozando.

Mi pene estaba caliente y hambriento, sentía que la sangre corría con urgencia a través de él. Si no lo descargaba pronto, iba a explotar.

La saqué de la ducha y la puse frente al espejo del lavabo.

—Quiero que me veas follarte. Pon las manos sobre el fregadero, las piernas bien abiertas y el culo sobresaliendo —le dije.

Ella se quedó de pie agarrando el fregadero con fuerza, las piernas separadas y empujando su curvilíneo trasero tan alto como podía, mientras tanto yo tomaba el condón que tenía en el mostrador.

—Juega con tu clítoris —ordené.

Su espalda se arqueó aún más mientras obedecía. Hizo que su culo subiera más, y toda su dulce vulva sobresalía entre sus piernas y me rogaba que lo cogiera. Mi pose favorita para una mujer.

Perfecto. Jodidamente perfecto.

La agarré de las caderas y me deslicé dentro de ella. Me metí tanto en su cuerpo que sus ojos se abrieron de par en par en el espejo. Me la cogí fuerte por la espalda mientras miraba como su mano mientras jugaba con su clítoris. Estaba tan hinchado que sobresalía. Seguimos así, nuestros cuerpos mojados chocando, nuestros ojos fijos en el espejo. Me la cogí tan fuerte que el fregadero de diseño de Field empezó a chirriar. Finalmente, con un grito de animal, exploté profundamente dentro de ella. No me salí inmediatamente de ella. Nos quedamos allí unidos y respirando con fuerza, mientras despejaba su cabello la nuca para besar su suave piel.

Miré hacia arriba y sus ojos brillaban, sus mejillas estaban enrojecidas, su boca ligeramente hinchada, abierta y jadeante. Nunca había visto a una mujer tan bella y dolorida.

Ella me pertenecía ahora. Cada maldito centímetro de ella era mío.

J E N N Y

Eran casi las ocho. Después de una ducha de sexo, me senté en la tumbona con mi lector electrónico y terminé un libro, luego empecé otro.

Serenidad. Esa era la palabra para lo que sentía. Un mundo hermoso y sereno lleno de gente hermosa.

Desde mi ventana, podía ver la parte trasera de la propiedad y el lago justo detrás de ella. Fran estaba ahí fuera, en alguna parte, y algunos otros barcos salpicaban el agua. El cielo era azul profundo, claro, y parecía como si pudiera ver a kilómetros de distancia. Todo era encantador. Quería poder tomar una foto que lo capturara todo con precisión, pero ninguna cámara podría hacer eso.

Bastaba con sentarme y respirar, para saber que yo formaba parte de todo esto durante un rato más, antes de volver al ruido y a la congestión de la ciudad. Me encantaba, por supuesto, pero empezaba a ver el valor de poder escapar a veces.

Un par de horas más tarde, cuando la idea del café era demasiado irresistible, pensé en bajar. Después de vestirme con un jeans ajustado y una chaqueta de punto -había investigado bastante antes de empacar, y eso parecía ser una combinación de ropa muy popular-, bajé a la cocina. Allí, Millicent y Flor conversaban mientras compartían el café. Afortunadamente, no había señales de Lillian.

—Jenny, cariño, sírvete a tu gusto. Cora tiene la mañana libre, así que estamos colaborando para hacer las cosas por nuestra cuenta. Espero que no te importe.

—Para nada —le dije.

Servir una taza de café no era una dificultad. Y por supuesto, era el mejor café que había probado, porque ¿por qué no iba a serlo? Todo era perfecto allí.

La cocina era impresionante, el sueño de un chef hecho realidad. Electrodomésticos de acero inoxidable, una cocina a gas de seis fuegos, hornos dobles, incluso un horno de leña integrado en la pared. No podía imaginarme lo que cocinaban allí. ¿Pizza? ¿Pan? De cualquier manera, me encantaría hacer una prueba de sabor.

Las señoras se sentaron en lo que yo supuse que era el rincón para desayunar, un lugar soleado en la esquina trasera de la sala que daba hacia el exterior en la dirección en la que estaba mi habitación. Millicent me hizo señas para que me uniera a ellas. Me preguntaba qué pensaría Flor de eso. ¿Cuánto sabía de mí? Si Lillian se lo había dicho, lo sabía esconder muy bien. O eso, o pensaba que su futuro yerno era una basura tan grande, como lo era realidad.

—Los niños deberían regresar pronto de su pequeño viaje —Se rió Millicent.

La nariz de Flor se arrugó de mal gusto.

—Simplemente no puedo entender el encanto de la pesca.

—Reaccioné de la misma manera cuando Fran me dijo que se iba —confié—. No soy muy buena para las actividades al aire libre, supongo. Aunque me gusta ir de excursión.

—Claro. No tienes que lidiar con peces babosos y gusanos —dijo Flor.

Las tres sonreímos, y pensé que no odiaba a Flor tanto como pensaba que lo haría.

Hasta que volvió a abrir la boca.

—Así que, ¿cuánto tiempo tienen tú y Fran juntos? Escuché que estabas en otra relación hasta hace poco.

Mi sangre se convirtió en hielo. Millicent, bendita sea, parecía confundida. No tenía ni idea de si lo era o no, pero me sentí como un ciervo a punto de ser atropellado por un camión con la dulce y bonita Flor al volante. Ahí estaba yo, preocupada de que la gente nos tomara a Fran y a mí por una farsa, cuando debería contestar con astucia a una pregunta sobre Valentin. Finalmente, me las arreglé para hacerlo:

—Yo no lo llamaría una relación. Todo fue bajo falsas pretensiones.

—Oh, ¿lo fue? —dijo ella, apoyando su barbilla en su mano, como niña mostrando inocencia.

—Sí, sentí un profundo dolor cuando descubrí la verdad —La miré fijamente.

La desafié con la mirada a seguir adelante. No quería incomodar a Millicent sacando los trapos sucios, pero lo haría si Flor seguía presionando.

Ella no lo hizo. En vez de atropellarme, se sentó en su silla.

—Bueno, siento oír eso.

—Sí, yo también.

—¿Qué tal un poco de pastel? —preguntó Millicent, sonriendo exageradamente.

—Nada para mí, gracias. Creo que daré un pequeño paseo.

Salí sin mi abrigo y me alegró encontrarme con un calor fuera de temporada. No tendría que sufrir el frío mientras estaba enfurruñada. No podía quedarme ahí un minuto más, no con Flor mirándome por encima del borde de su taza de café. Debería haber sabido que encontraría alguna forma de meter a Valentin en la conversación. Bueno, no era tan mal educada como para contar toda la sórdida historia, aunque eso era justo lo que Valentin se merecía.

De todos modos, nunca lo haría. Aunque Lillian me había herido con sus palabras no fue su culpa que su novio la engañara. Era sólo una mujer, como yo.

Me había asustado su forma de hacerle frente a la situación, definitivamente no sabía ponerse en los zapatos de otro, pero estaba segura de que habría dejado a Valentin si hubiera descubierto lo que hizo. Buena suerte para ella si quería apoyar a su hombre, incluso cuando él no lo mereciera.

Había una zona boscosa más allá del césped cuidadosamente cuidado, y caminé hacia ella. Tal vez un poco de tiempo alrededor de la naturaleza me haría sentir menos homicida. Fran volvería pronto, y nadie era malo conmigo cuando él estaba cerca. No se atreverían. Era uno de ellos.

Cuando vi una figura emergiendo de los árboles, mi corazón dio un latido. Era él viniendo a buscarme. Hacía demasiado frío para sexo al aire libre, pero sería bueno caminar con él.

O así creía.

JENNY

Miré al cielo y me reí cuando me di cuenta de que era Valentin caminando hacia mí. ¿Era este mi castigo por ser tan feliz? ¿Y después qué sería? ¿Una llamada telefónica para decirme que mi apartamento se había quemado hasta los cimientos?

—¿De qué te ríes? —preguntó mientras se acercaba.

Estábamos fuera de la vista de la casa, lo que fue al menos un alivio. Lo que menos quería era que nos vieran y pensarán que andábamos juntos a escondidas. Sólo podría escabullirme con Valentin si me pagara con lingotes de oro y zapatos de diseñador.

—No tenemos nada de lo que valga la pena hablar —le contesté, intentando que se alejara de mí.

Miró hacia atrás en dirección a la casa, probablemente preguntándose, como yo lo había hecho, si estábamos fuera de la vista.

—Hay algo de lo que quería hablarte —dijo, miraba nervioso en dirección hacia la casa.

—No hay nada de lo que quiera hablar contigo, Valentin. Ya hemos dicho todo lo que se tenía que decir.

Traté de pasar por su lado, pero él se paró frente a mí. Intenté pasar por el otro lado, y me bloqueó de nuevo. Finalmente, reuniendo mi coraje, me puse de pie y puse mis dos manos sobre su pecho, lo empujé tan fuerte como pude. En vez de retroceder, me agarró por los brazos.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunté furiosamente.

Traté de salir de su alcance, pero era demasiado fuerte.

—¿Podrías dejar de pelear conmigo, maldita sea? No estoy tratando de lastimarte. Sólo quería decirte que me equivoqué. Cometí un gran error.

—Ya déjalo, Valentin. Suéltame.

—No hasta que escuches lo que tengo que decirte.

—Dilo, rápido, y no me vuelvas a tocar.

Lo miré fijamente, lista para escupirle en la cara.

—No lo dices en serio.

—Oh, pruébame. Desearía que lo hicieras.

Se le cayó la cara.

—Sé que estás molesta. Te aseguro que no puedes estar más molesta conmigo que yo.

—Ve al grano, por favor —Suspiré con exasperación.

—¿No entiendes lo que estoy tratando de decirte? Cometí el mayor error de mi vida cuando te dejé ir. Quiero que vuelvas. Te necesito.

Estaba tan aturdida que quedé paralizada. Justo cuando pensaba que lo había oído todo, se le ocurrió esto. ¿De dónde salió este hombre?

—¿Te caíste de cabeza cuando eras un bebé? —Estaba boquiabierta.

—¿Qué? —Sus ojos buscaron mi cara desesperadamente y anadió—: Jenny, sé que estás enojada conmigo, pero no puedes fingir que no sientes lo que hay entre nosotros.

—No estoy fingiendo —dije, con los dientes apretados—. No hay un “nosotros”, Valentin. Nunca lo hubo. Nunca fuiste honesto conmigo, y si no tuviera que trabajar contigo, felizmente no

volvería a ver tu cara de imbécil —Le quité los brazos de encima, empujándolo de nuevo para que se alejara más de mí—. Y no vuelvas a ponerme más nunca las manos encima.

—Te amo, Jenny.

Casi le dije que se fuera directo al infierno cuando una mancha alta y oscura irrumpió en mi línea de visión y empujó a Valentin mucho más fuerte de lo que yo podría haberlo hecho nunca. Me quedé petrificada cuando vi a Fran parado frente a mí, con las manos apretadas en puños.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó, en un tono bajo y mortal.

Sentí miedo por Valentin en ese momento.

—Esto no es asunto tuyo. Ella era mi novia primero —escupió Valentin cuando recuperó el equilibrio.

El puño derecho de Fran se echó hacia atrás tomando impulso y en una fracción de segundo aterrizó en la boca de Valentin. Cayó al suelo y con una mano limpió la sangre que salía de su labio.

—¿Estás loco? —preguntó, sus palabras eran apagadas.

Fran dio un paso hacia él, haciéndolo retroceder como un animalito aterrorizado.

—No. Lo estás tú si alguna vez la vuelves a tocar —respondió Fran en el mismo tono de voz mortal. Señaló hacia la casa y continuó—: Tienes mucha suerte de que estemos aquí y no en la calle, te conviene no volver a cruzarte en mi camino después de este fin de semana. Y si eres listo, volverás a casa y les dirás que te tropezaste en el bosque y te golpeaste el labio con algunas rocas. A menos que quieras que tus suegros y tu jefe se enteren de que estás maltratando a Jenny y tratando de deshacerte de tu prometida embarazada. Solía pensar que no eras lo suficientemente bueno para Jenny. Ahora sé que ni siquiera eres lo suficientemente bueno para Lillian.

Si alguna vez quise saltar sobre un hombre y prometerle que tendría sus bebés mientras le arrancaba la ropa, era en ese momento. Me tomó de la mano sin decir una palabra y me llevó de vuelta a la casa. Lo oía respirar fuerte y rápido a través de su nariz ensanchada, como un animal al borde del ataque.

—Gracias por eso —Suspiré.

—No lo hará de nuevo —murmuró—. Mejor que no lo haga, o le romperé la maldita mandíbula.

—Creo que entendió el mensaje alto y claro —dije, en voz baja.

—¿Está bien tu mano? —Me miró preocupado.

Era como un fin de semana de cosas que nunca había hecho. Visitando los Hamptons. Sexo en la ducha. Y ahora, dos hombres se habían peleado por mí. Uno incluso había golpeado al otro. Carol se cagaría cuando se lo contara.

JENNY

Cuando volvimos a la casa, la primera persona que nos recibió fue Lillian.

Me miraba con recelo.

—¿Has visto a Valentin?

—No —mentí sin pestañear.

—Me pregunto dónde estará —dijo ella, aún mirándome fijamente.

—Podría estar dando un paseo. Los bosques son bonitos en esta época del año —dijo Fran.

—Hace demasiado frío para salir a caminar. Se supone que no debo esforzarme. Lo esperaré en la habitación.

Fran asintió.

—Jenny y yo vamos a subir a tomar una... siesta.

Me sonrojé hasta las raíces del pelo. La cabeza de Lillian crujió ante el comentario. Miré con asombro la expresión en su rostro. Dios mío, estaba celosa de mí. ¡Ella quería a mi hombre!

Fran me tiró de la mano y subimos por la gran escalera. Me metió en la habitación, cerró la puerta de una patada y empezó a desvestirme.

—Guau —dije, sorprendida.

—Odio verlo poner sus manos sobre ti. Tú me perteneces —dijo, con los ojos brillantes por la necesidad.

Su cara se veía cruel y hermosa cuando chocó sus labios contra los míos. El calor ardiente floreció en mi centro. Todo pensamiento dejó de existir para mí. Con su boca fusionada con la mía, me estaba arrancando la ropa. Hasta que quedé desnuda de pie frente a él.

—Esta vez voy a entrar crudo —dijo, desabrochándose los pantalones y empujándolos por sus delgadas caderas. Su miembro estaba tan hinchado y duro que sobresalía por el borde de la cintura de su ropa interior.

Miré hacia abajo mientras asentía. Yo también lo quería. Sería el primer hombre en hacerlo, y con ese pensamiento una corriente eléctrica de pura excitación corrió por mi columna vertebral. Había algo completamente primitivo en que un hombre te llenara con su semilla. Era como un antiguo pacto; un hombre que tomaba a una mujer y la marcaba con su semen. Me dio la vuelta y me inclinó, agarrándome las caderas con las dos manos, luego me clavó tan profundamente que grité.

Como una mujerzuela codiciosa, me empujé hacia atrás y me clavé más en él. Enrolló sus manos en mi cabello y me tiraba de él hacia atrás. Mientras me follaba sin piedad.

—Eres mía —gruñó.

Jadeé de placer.

—Dímelo —ordenó.

—Soy tuya —Lloré.

Me chupó un lado del cuello con fuerza. Sabía lo que estaba haciendo. Como un animal salvaje, estaba dejando su marca. Le decía a todo el mundo que yo era suya. Estiré más mi cuello y se lo ofrecí, para lamer, chupar, morder.

—Tócate —ordenó, cerca de mi oreja.

Obedecí inmediatamente, mis dedos bajaron hasta mi clítoris y trabajaron furiosamente, mientras él me golpeaba por detrás. Su pene se hundía con fuerza en mí, y sus bolas me chocaban cuando mi clímax comenzó. Mis rodillas se debilitaron y el cuerpo comenzó a convulsionar y a contraerse incontrolablemente. Pensé que me caería.

—Ya voy —dije, gimiendo fuerte y desesperadamente.

Se aferró a mí con fuerza, penetrándome brutalmente, sentía dolor mezclado con placer. Un fuerte y profundo gemido retumbó en su pecho mientras bombeaba su semen caliente en mi interior. Las réplicas de mi clímax hacían temblar mis muslos. Su agarre en mi cabello se aflojó y ahora entraba y salía de mí lentamente y con suavidad. Con su mano me quitó mechones de pelo de la cara y del cuello. Luego me besó suavemente en él mientras su mano bajaba para extenderse sobre mi estómago y abrazar mi cuerpo con fuerza.

—Me encantó —susurré, con mi corazón palpitando acelerado.

—Eres la única mujer que me ha hecho doler el pene de ganas por ella.

El aire salió de mis pulmones en un largo suspiro de satisfacción. No sé cuánto tiempo permanecimos en esa posición, con él acunándome, hasta que un sonido del mundo exterior nos invadió.

—He limpiado todos los baños de abajo. Ahora empezaré con la Sala Verde —dijo alguien en el pasillo de afuera.

Me volví para mirar a Fran a los ojos.

Sonrió suavemente.



—Por supuesto, Fran no ganará ninguna competición de pesca en un futuro cercano —bromeó Alexander durante la cena.

Fran se encogió de hombros bondadosamente, mucho más tranquilo de lo que estaba cuando llegamos a la casa esa mañana.

—No puedo ser bueno en todo.

Atrapé a Valentin viéndolo con una mirada desagradable, pero sólo yo lo vi. Todos los demás estaban ocupados riendo.

—¿Cómo está tu labio, Valentin? —preguntó Flor, parecía preocupada y quizás un poco divertida.

Incluso si de alguna manera me culpó por seducir al compañero de su hija, ella también tuvo que hacerlo responsable a él. Tal vez disfrutó viéndolo lastimado un poco. Una total mamá oso.

Valentin se encogió de hombros, mirando su plato de sopa. No podía decir mucho más que eso, parecía que abrir la boca le dolía demasiado.

—Estaré bien —murmuró.

Alexander asintió sabiamente, su calva brillaba a la luz de la lámpara de araña.

—Hay que tener cuidado en esos bosques, muchacho. Nunca sabes con lo que te vas a encontrar.

Fran resopló en silencio, con la cabeza gacha. Le di una patada debajo de la mesa y la recibí de vuelta, aunque no tan fuerte. Finalmente pudimos reírnos de ello después de un rato. Valentin no me había hecho daño, pero nevaría en el infierno antes de que considerara volver a estar con él.

La vida era buena, pensé con una sonrisa satisfecha. Tenía un hombre en mi vida que estaba

dispuesto a luchar por mí. No importaba lo que pasaría al regresar a casa, no había manera de que pudiéramos volver a ser sólo amigos.

Mientras tanto disfrutaba estar sentada en un hermoso comedor, en una casa que de otra manera nunca hubiera tenido la oportunidad de visitar. Con gente genuinamente buena, en su mayor parte. Fran encontró mi mano, descansando sobre mi regazo, y la apretó. Se me erizó la espalda, preguntándome qué traería esa noche. Por la forma en que soltó mi mano y empezó a acariciarme el muslo, me di cuenta de que se sentía de la misma manera.

—Así que, Fran —La voz estridente de Alexander irrumpió en nuestro pequeño momento—. ¿Cómo van las cosas en el trabajo?

—Oh, muy bien.

Estaba intrigada. Fran nunca hablaba de trabajo. Era la oportunidad de enterarme de ello.

—¿Y cómo está ese pequeño y molesto trol con el que has estado lidiando?

Para mi sorpresa, Fran se pone pálido bajo su bronceado.

—Ya sabes... —dice Alexander con una risa burlona— la que no quiere salir de su apartamento.

JENNY

La mano de Fran se congeló. También lo hizo todo mi cuerpo. Incluyendo mi corazón.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó Freddy, mirando en nuestra dirección.

Alexander respondió cuando Fran no dijo nada de inmediato.

—Ha estado tratando durante meses de sacar a una última inquilina de su apartamento para que finalmente pueda seguir adelante con la renovación de todo el edificio y convertirlo en apartamentos de lujo. Pero ella no se mueve, es un dolor en el... bueno, ya sabes. Ha sido un pequeño contratempo. Siempre tiene que haber un obstáculo, ¿no?

Miré mi plato, luchando contra las lágrimas que amenazaban con derramarse. La mano de Fran aún estaba en mi muslo, así que la tomé de la muñeca y la dejé caer sobre su propia pierna. El mundo entero se estrellaba contra mí y el resto de la mesa hablaba y bromeaba como si nada estuviera pasando. ¿Cómo es posible? ¿Cómo? Me estaba muriendo por dentro. No podía estar allí ni un minuto más.

—¿Qué vas a hacer con esta mujer? —preguntó Flor con curiosidad.

—Le sugerí que la sedujera —dijo Alexander riendo.

—Disculpe —susurré, empujando mi silla hacia atrás.

—Oh, eso fue antes de que supiera que estaba saliendo contigo, obviamente —dijo Alexander, repentinamente dándose cuenta de lo que había dicho.

Me esforcé por parecer casual, incluso me las arreglé para sonreír dulcemente a todos los que estaban en la mesa.

—No te preocupes. No es nada de lo que dijiste. No me siento muy bien. Creo que subiré a recostarme un rato. Disfruten la cena.

Pude ver que Millicent quería preguntarme qué tenía, pero salí de la habitación antes de que pudiera hacer su pregunta.

Escuché a Fran murmurar algo acerca de que me atendería, así que supe que vendría tras de mí. Tan pronto como me alejé del comedor, corrí hacia las escaleras y subí corriendo. Para cuando Fran llegó al dormitorio, yo ya estaba empacando.

—Espera. Déjame explicarte —susurró con urgencia.

—No digas una palabra, Fran. Si no quieres que haga una escena y nos avergüence a los dos, volverás abajo a cenar y olvidarás que me conociste.

—¿Qué estás haciendo? ¿Te vas?

Se paró junto al tocador mientras yo agarraba ciegamente mis cosas, metiéndolas en la maleta.

—Por favor, Jenny. Escúchame. Tienes que darme una oportunidad.

—No tengo que darte una mierda —susurré.

—Sólo escúchame, por favor.

—¿Tú eres el comprador? —le pregunté.

—Sí —confesó.

Agité la cabeza.

—¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste!

Extendió una mano para agarrar mi mano y yo retrocedí como si fuera una serpiente que

golpeaba.

—Te lo juro, voy a gritar si no me dejas en paz, Fran. Tienes que salir de esta habitación. Ahora.

—¿Cómo piensas irte? —preguntó.

—Conseguiré un Uber. No es gran cosa.

—¿Uber? ¿Todo el camino de vuelta a la ciudad?

—¿Qué demonios te importa?

Me di la vuelta para sacar mi ropa del armario, los productos de tocador y vaciarlos en la maleta para poder cerrar la cremallera.

—No empieces a fingir que te importo ahora, Fran. Eso es bastante bajo.

—Sí me importas. Sabes que sí.

Escuché la urgencia de su voz, incluso la desesperación. Y una parte de mí quería ceder y darle la oportunidad de explicarse, pero qué podía decir para mejorar las cosas. Él era el comprador y había seguido el consejo de Alexander sobre seducirme. El único problema era que yo no iba a ninguna parte. Iba a tener que construir sus preciosos apartamentos a mi alrededor. Pensé que era uno de los buenos. Me dejé enamorar de él.

Levanté la vista de mi bolso para encontrarlo con la cara pálida. Las líneas de preocupación le arrugaban la frente. Por primera vez, no parecía sofisticado. Todo lo que se necesitaba era que otra persona soltara su lengua para convertirlo de un dios a un ser humano despreciable.

—No sé nada de ti —escupí—. Y me mantuviste así. Nunca me hablaste de tu trabajo, de dónde viene tu dinero, o de lo que haces con él. A menos que quieras impresionarme con limusina, entradas para el concierto y tus amigos de los Hamptons. Ahora entiendo por qué.

—Jenny, por favor...

—Oh, ¿no quieres que me oigan? —Mofé—. No te preocupes por eso. Nadie necesita saber que el gran Fran Black se rebajaría lo suficiente como para seducir a una mujer sólo para conseguir su apartamento. Ugh. Eres un enfermo.

—Oh, Dios mío. ¿Eso es lo que piensas? Jenny, eso es una locura.

Dio un paso hacia mí.

—No te acerques más —le advertí—. Lo digo en serio. Ni siquiera pienses en tocarme. Se acabó. Se acabó. Lo que sea que es esto, lo que sea que teníamos, está hecho. Y para que conste, nunca conseguirás ese apartamento de mí, así que mala suerte. Espero no volver a verte nunca más. Pensé que Valentin era malo, pero sin duda lo superaste —Levanté un brazo, apuntando a la puerta—. Ahora vete antes de que empiece a gritar. Lo digo en serio. Todo el mundo sabrá lo que hiciste si no te vas ahora mismo.

Levantó ambas manos y retrocedió, pareciendo golpeado.

—Muy bien. ¿Qué quieres que les diga a todos? —preguntó.

—¿No lo entiendes? Me importa una mierda lo que les digas. No son mis amigos. Diles que estoy enferma. Diles que descubrí que te odio. Lo que sea. Tú decides. Eres bueno inventando cosas.

Saqué mi teléfono con manos temblorosas y abrí la aplicación Uber para pedir un coche. Cuando volví a levantar la vista, se había ido.

Me desplomé sobre la cama, temblando de pies a cabeza, pero no podía llorar. Todavía no. No hasta que estuviera lejos. No podía correr el riesgo de que me viera desmoronarme.

Aturdida, miré hacia el cielo gris acero con sus nubes que se movían rápidamente. Olía a nieve, el aire contenía ese olor especial que sólo venía antes de una tormenta.

El primer taxi disponible llegaría en una hora. Ya lo estaba esperando afuera. Era bastante

tiempo, considerando el clima, pero era un pequeño precio por salir de allí lo más rápido posible.

Fran había intentado acompañarme en la espera. Quería hablar o explicar y poner nuevas excusas, pero lo enfrenté con tanto veneno, que levantó las dos manos en un gesto de apaciguamiento y volvió a entrar.

Cuando el auto llegó, bajé los escalones, tirando de mi maleta, llevaba mi laptop y mi bolso sobre un hombro. Estaba herida, golpeada, lista para rendirme. Sólo había un lugar al que podía imaginarme ir en ese momento. Desde que la abuela murió mamá y yo nos distanciamos, pero siempre me había sentido triste por eso. Ahora mismo. La necesitaba.

—Vaya, ¿un lugar bonito? —dijo el conductor.

—Sí —dije en voz baja y miré por la ventana.

Probablemente pensó que yo era un esnob. No sabía que mi corazón estaba roto. A mitad del viaje, empecé a llorar a mares. El pobre conductor debe haber pensado que estaba loca.

J E N N Y

Mamá me estaba esperando en la puerta. La mantuvo abierta mientras yo maniobraba con mis maletas al entrar. No le había dicho por qué venía, sólo que estaba en camino y la necesitaba mucho. Echó un vistazo a mi cara hinchada y manchada de lágrimas y me abrió sus brazos para que yo la abrazara.

—¿Qué pasó, cariño? ¿Quién te lastimó?

—Oh, mamá. No puedo creerlo. Soy tan idiota.

—Estoy segura de que no es tu culpa —murmuró, acariciando mi pelo mientras yo temblaba con sollozos frescos.

—He sido tan estúpida.

—Vamos. Prepararé un poco de té y hablaremos de ello. Estoy segura de que todo saldrá bien. Todo se ve mejor después de una taza de té.

Uno de los dichos favoritos de mi abuela pasó a mi mamá y luego a mí. Pensar en ella y en ese apartamento que tanto amaba, sólo me hacía sentir peor. Me dolía el pecho, literalmente dolor físico. Tal vez ese era el dolor de un corazón roto. Si tuviera un ataque al corazón y muriera ya no tendría que sufrir más.

Para cuando el té estuvo listo ya había logrado dejar de llorar. Mamá esperó hasta que me senté en una de las pequeñas sillas de madera alrededor de la mesa antes de hacerme cualquier pregunta.

—¿Qué pasó, cariño?

Le conté todo. Valentin, Fran, la forma en que me salvó cuando me acorralaron. La forma en que fingíamos ser una pareja. Ella sonrió cuando le conté como me había lastimado el tobillo, y la forma en que había sido tan dulce conmigo. Incluso insinué que las cosas pasaron al siguiente nivel con Fran sin llegar a tantos detalles. Mi madre y yo éramos amigas, pero no éramos tan cercanas.

Luego le conté lo que Alexander dijo en la cena. Ella sabía del comprador que intentaba sacarme, por supuesto.

—Oh, no. ¡Oh, eso es horrible!

Parecía genuinamente desconsolada, como cualquier madre lo haría cuando su hijo sufría.

—Así que, eso es lo que pasó. Vine aquí en vez de ir a casa. No podría imaginarme estar allí sola ahora mismo.

—Por supuesto, cariño. Estoy tan contenta de que hayas venido. Siento mucho que esto haya pasado.

Me acarició la mano, secándose las lágrimas con la otra.

—¿Soy yo? ¿Soy un imán para estos idiotas que creen que pueden usar mujeres y salirse con la suya?

Ella agitó la cabeza.

—Por supuesto que no lo eres. Sólo estás teniendo una racha de mala suerte.

—Por decirlo suavemente —susurré.

El té de manzanilla me ayudó un poco, al menos. Sólo el aroma me relajó, y el recuerdo de las

noches que pasé con Fran tomando té juntos, me golpeó el corazón herido.

—Creo que me enamoré de él, mamá. Estoy tan avergonzada de mí.

Ella chasqueó su lengua en simpatía.

—No hay nada de qué avergonzarse. No puedes culparte por desarrollar sentimientos por él. Además, el tipo suena como el paquete perfecto cuando no se incluye el tema del apartamento.

—Eso era lo que yo también pensaba. Pensé que lo tenía todo. Y me quería, lo que obviamente lo hacía más atractivo.

Las dos resoplamos en nuestras tazas de té, lo que terminó en un sollozo para mí.

—Déjame transmitirte un poco de la sabiduría que he adquirido —dijo ella, su voz tan suave y gentil como siempre.

—Por favor, hazlo. Estoy en extrema necesidad.

—No hay nada de qué avergonzarse. El amor no es algo que se supone que nos haga sentir avergonzados.

—Pero me dejé enamorar por él, mamá. Es vergonzoso.

—Sé que así lo sientes, pero aún no tienes nada de qué avergonzarte. Que no haya funcionado no significa que tus sentimientos no fueran reales. Quiero decir, míranos a tu padre y a mí —Ella sonrió con tristeza, agitando la cabeza—. Sé que es difícil para ti creerlo, pero hubo un tiempo en que estábamos locos el uno por el otro. Cuando no nos peleábamos constantemente. Estábamos muy, muy enamorados. Y que terminara de la forma en que lo hizo, no borra esos sentimientos. Eso sería una pena terrible, ¿no lo crees?

—Lo sería.

—Puede que desees no haberte sentido nunca así —dijo ella, asintiendo—. Solía hacerlo. Solía desear no haber conocido tu padre. Pero entonces no te tendría a tí. Y no tendría el recuerdo de cuando los tiempos eran buenos. No puedo fingir que borraría la memoria si tuviera la oportunidad. Al igual que estoy segura de que no borrarías la memoria de Fran si tuvieras la oportunidad de hacerlo.

Quería estar en desacuerdo con ella, pero era inútil. Ella siempre tenía razón, había llegado a entender que cuánto más vieja se hacía más razón tenía.

—Tienes razón. No lo haría.

—Sabes que puedes quedarte todo el tiempo que necesites, ¿verdad?

—¿Puedo quedarme para siempre?

Ella agitó la cabeza.

—Me temo que no. No puedes esconderte de la vida para siempre.

—Suenas como una madre ahora mismo.

—Es un riesgo laboral.

—¿Mamá?, siempre me ha molestado algo.

—¿Qué?

—¿Por qué crees que la abuela me dejó el apartamento a mí y no a ti?

Se encogió de hombros.

—¿Segura que quieres saberlo?

Fruñí el ceño. ¿Con qué nuevas sorpresas tendría que lidiar hoy?

—Por supuesto.

—Tu abuela tenía un don. Nunca hablaba de eso, pero recuerdo que cuando yo era niña, ella solía usarlo a veces.

—¿Qué don? —susurré.

—Ella sabía cosas. Ella decía: —Oh, el tío Ermine debe estar enfermo y luego recibíamos

noticias de que el tío Ermine estaba realmente enfermo—. A veces decía, oh, creo que Fleur vendrá a visitarme hoy y seguro que aparecía. Ten en cuenta que estos fueron los días antes de internet. Tres días antes de que su padre falleciera, ella ya lo sabía y comenzó a recoger flores silvestres para su funeral. Ella sólo tenía cinco años entonces.

—Vaya. ¿En serio?

Mamá asintió con la cabeza.

—La razón por la que ella quería que te quedaras con el apartamento era porque decía que lo más importante que te pasaría en tu vida sería mientras vivieras allí. Ella casi escribió en su testamento, que no podías venderlo durante tu vida.

Miré a mamá con asombro.

Mamá me dio una palmadita en la mano.

—Ella no quería que te lo dijera porque no quería que cambiaras tu comportamiento de ninguna manera, pero era muy mayor en ese momento y no sé si su don seguía siendo fuerte. Podría haber estado equivocada.

Miré a mi madre amargamente.

—Supongo que estaba equivocada. El apartamento me ha traído mi mayor herida y traición. No sé si podré volver a confiar en otro hombre después de esto, mamá.

—Oh, cariño. Si quieres vender ese apartamento y seguir adelante, puedes hacerlo. Estoy segura de que si tu abuela pudiera verte ahora, no esperaría que siguieras viviendo allí. Siempre quería lo mejor para ti.

No había nada como estar en casa con mamá cuando me dolía el corazón. Correr a casa para estar con mamá debe ser un requisito para todas las personas que tratan de actuar como adultos. A veces, ser un adulto duele demasiado. Cuando subí a mi antigua habitación deseé que mi casa de ensueño de Barbie siguiera allí para poder retroceder.

Mamá me preparó macarrones instantáneos con queso para el almuerzo del domingo porque me conocía muy bien y era la mejor madre del planeta. Vimos películas viejas como cuando yo era niña y las cosas en casa eran buenas. No podía evitar recordar a Fran. Pasaría un tiempo antes de que cada cosita no me recordara a él.

Me obligué a dejar el reloj a un lado ya que todo lo que hacía era recordarme que cada minuto que pasaba me ponía un minuto más cerca de tener que ir a casa. La idea de encontrarme con Fran me dio náuseas. Ya sabía lo que él realmente quería de mí, y no sabía cómo seguir viviendo allí con la certeza de que él estaba al otro lado del piso. No podía desquitarme con él tirando huevos a su puerta o dejando caca de perro ardiendo en el pasillo. Sabría que era yo. Y también tendría que oler la caca ardiendo, así que esa era otra marca en la columna negativa.

Ni siquiera intentó llamar. Esa fue la peor parte. Sabía mi número. Me había enviado un mensaje en el pasado. No intentó enviar mensajes de texto después de que me fui. ¿Estaba realmente tan dispuesto a dejarme ir? Incluso Valentin había intentado acercarse, por el amor de Dios.

La luz exterior se oscureció, y miré por la ventana para ver nubes acercándose. Era apropiado, considerando mi estado de ánimo. Podía darle la bienvenida a una buena tormenta en ese momento.

—Voy a empezar a preparar la cena —anunció mamá.

—¿Qué hay para cenar?

—Adivina.

—¿Espaguetis y albóndigas?

Ella asintió con una sonrisa.

—Conozco a mi chica.

—Voy a preguntar de nuevo. ¿Puedo quedarme aquí para siempre?

—Y de nuevo tengo que decir que no —contestó ella—. Esto es algo especial para una ocasión especial. Cualquier otra noche y comeríamos sándwiches y sopa.

—¡Blargh! —Le saqué la lengua.

Todavía estaba riendo mientras entraba a la cocina desde la pequeña y alegre sala de estar. Yo había vivido allí con ella después del divorcio, lo que dificultaba pasar tiempo en la ciudad. Me encantaba ir a la casa de mi abuela cuando mis padres se peleaban, pero la casa de mamá siempre significaba mucho para mí. Por eso corría a ella cuando alguien me lastimaba.

La diferencia entre la casa de mi madre y la casa de Fields era gigantesca, pero yo prefería estar en un pequeño hotel de dos habitaciones en Long Island. Especialmente cuando alguien me había mentido.

Pensé haber oído un suspiro de los cojines cuando levanté mi trasero del sofá por primera vez en todo el día.

Tenía que regresar a mi apartamento.

JENNY

Estaba sentada en mi sofá dándole mi corazón destrozado a Carol cuando sonó el timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —Carol preguntó al otro lado del teléfono.

—No —dije.

Vivía en un edificio de apartamentos vacíos. No llegaría gente al azar a mi puerta. Puse mi ojo en la mirilla de la puerta y volé hacia atrás en shock.

—¿Quién es? ¿Es él? —Carol preguntó.

—Sí —susurré.

—Tienes cuchillos en la cocina, ¿verdad?

—Eso es muy útil, Carol. Gracias. —dije, en sarcasmo.

El timbre volvió a sonar y salté.

—¿No vas a contestar?

Debatí sobre abrir la puerta, honestamente. ¿Debería? ¿O debería dejarlo colgado en el viento? ¿Por qué estaba allí?

—Sí, te llamaré luego —dije y colgué la llamada.

Abrió la puerta antes de que pudiera convencerme de que no lo hiciera. Y ahí estaba él, de pie, con un aspecto absolutamente precioso.

—¿Qué es lo que quieres?

Me paré firme ante él con los brazos cruzados mirándolo fijamente. En realidad, sólo intentaba protegerme. Me cerré físicamente recordándome que debía cerrarme emocionalmente. No podía dejarlo entrar, aunque mi corazón quería llegar a él. Se veía tan apuesto. ¿Cómo puede ser justo? Mientras tanto, yo llevaba las mismas polainas y sudadera con las que había dormido y mi pelo no había sido cepillado en todo el día, sólo era un bollo en lo más alto de mi cabeza.

Veía en rojo. Era como si mi cerebro se hubiera estrellado con una pared de pura ira. Mi mano salió disparada y le di una bofetada tan fuerte que me dolió la mano. Por un segundo se quedó absolutamente quieto y luego se movió, tan rápido que no tuve tiempo de moverme.

Me levantó, me cargó sin esfuerzo sobre su hombro, y me llevó a mi habitación pateando, gritando y golpeando su espalda con mis puños apretados. Abrió de una patada la puerta de mi habitación y esta se estrelló contra la pared. Me tiró en la cama y me miró.

Lo miré respirando con fuerza, odiándolo.

—Sal de mi apartamento, cabrón de mierda —grité.

De repente cayó sobre mí inmovilizándome. Abrí la boca para gritar y él me silenció con la palma de su mano. Intenté morderla pero era imposible.

Me miraba a los ojos.

Luché con fuerza hasta que ya no me quedaba energía en ninguna de mis extremidades y perdí el control. Las lágrimas de frustración brotaban de mis ojos y caían por los lados de mi cara. Quitó su mano de mi boca y la abrí para volver a gritar.

Esta vez me cayó con su boca.

Fue un beso como ninguno de los que me había dado antes. Estaba lleno de agresividad, rabia

y pasión. Cuanto más luchaba, más me besaba. Forzó su lengua más allá de mis labios y la metió en mi boca buscando la mía. Me enganchó la lengua, la metió en su propia boca y la chupó con fuerza. Eventualmente, me perdí en su beso y mis manos se rizaron alrededor de su cuello.

Levantó la cabeza.

—No quise mentirte.

—Pero lo hiciste.

Me agarró ambas manos y las subió sobre mi cabeza.

—Suéltame, monstruo —dije.

Luché contra su agarre de acero alrededor de mis muñecas. Sosteniéndolas por encima de mi cabeza, agarró mi camisa y la abrió.

—Vete a la mierda —dije ferozmente, pero no quería que se detuviera. En realidad mi estómago saltaba de emoción.

—Planeo hacerlo —gruñó gruesamente y rasgó el cordón de mi sostén liberando mis senos.

Mordió uno de mis pezones. Jadeé, y luego gemí de intenso placer cuando empezó a chuparla.

Su mano se deslizó entre mis piernas. Mi cuerpo gritaba por él. Oí cómo me rompía las bragas, y luego, sin que sus ojos me abandonaran, se desabrochó los pantalones, con una mirada salvaje en los ojos.

Un gemido de anticipación dejó mis labios. Abrió mis muslos con la rodilla, y entró en mí con tanta fuerza que me retorció en la cama y grité. Era como si estuviéramos follando por primera vez. Mi vagina estaba tan apretada, que hasta él parecía sorprendido. —Esta es la última vez que huyes de mí —dijo.

Salió de mí y entró de nuevo.

—¿Me has oído? —pregunto, penetrándome profundo nuevamente.

—Vete a la mierda —grité.

—Eres mía y no puedes huir, pase lo que pase.

—Oh Dios... tú, me mentiste.

—Eso no lo sabes. No escuchaste mi versión de la historia.

Seguía empujándome, entrando y saliendo de mí. Abrí la boca y me puso la palma de la mano encima.

—No digas ni una palabra más hasta que no hayas escuchado mi versión. ¿Lo entiendes?

Asentí en silencio. Me quitó la palma de la mano de la mano y me perdí en una de las sesiones de sexo más increíbles de mi vida. Sólo era lujuria. Éramos salvajes y despiadados. Mordidas, rasguños. Fueron fuertes empujones y el tipo de clímax en el que se siente como una explosión en el alma. Me agarré a sus hombros y grité como loca. ¿Por qué no? Teníamos todo el edificio para nosotros solos.

Su pene todavía estaba semi-duro y dentro de mí cuando volteé mi cabeza a un lado. Odiaba perder el control. Lo dejé entrar en mi cuerpo cuando él me traicionó.

—Ahora déjame en paz —dije con dureza, mientras jadeaba.

JENNY

—No. No hasta que me escuches.

—Ya has dicho todo lo que necesito saber.

—No, no pude decir nada. Hiciste las maletas y te fuiste.

—Oh, claro. Y debo pensar que esto es lindo, ¿no? El hombre que no se detendrá ante nada para llegar a mí. No ves lo mal que se ve desde mi punto de vista. Invadiendo mi privacidad sólo para que puedas tener la última palabra, lejos de tus compinches —Puse los ojos en blanco—. Lo siento si no me desmayo por eso.

—¿En serio, Jenny? ¿De eso crees que se trata todo esto? Que yo tenga la última palabra.

—¿No es así?

—Me importa una mierda lo que ellos o cualquier otro piense de mí. Hago lo que quiero hacer. Alex es tu jefe, no el mío. Te dejé ir porque no quería estropeártelo. Sabía que estabas decidida a hacer una escena y no quería darles nada de qué hablar. Eventualmente, esas personas también serán tus amigos. Además, quería que esto terminara con el orgasmo de un edificio vacío.

Voltéé la cabeza, sintiéndome confundida. Sus palabras me hacían pensar que quería estar conmigo, y cuando lo miré, me resultó demasiado difícil mantener la calma.

—Bien, entonces estás aquí. ¿Qué tienes que decir?

Me tocó suavemente la mejilla y cerré los ojos para que no pudiera ver cuánto lo deseaba.

—Hay tanto que quiero decir.

—Empieza por el principio y date prisa —dije, entre dientes apretados. Estaba perdiendo rápidamente el control de la situación.

—Está bien, de acuerdo. Quería contarte sobre el desarrollo de esa primera noche.

—Mentira.

—No puedo hablar contigo si me vas a cerrar así —Su voz era firme.

—Bien. No voy a interrumpir.

—Quería decírtelo. Pensé que sería lo correcto. Me sentí como un idiota. Como si estuviera mintiendo por omisión.

—Porque lo estabas.

—Porque lo estaba —estuvo de acuerdo—. Pero estabas tan borracha, y luego empezaste a llorar. No iba a ser como, oye, por cierto, en realidad soy el tipo que te quiere fuera de tu apartamento. Si fueras yo, ¿lo habrías dicho entonces?

—No.

—Exactamente, porque al contrario de lo que crees, no soy tan imbécil.

Lo miré por el rabillo del ojo.

—No lo sé, Jenny. Me hiciste algo esa noche.

—¿Qué te he hecho? Por favor, no me mientas ahora mismo. No puedo soportarlo.

—Te estoy diciendo la verdad. Antes de conocerte, quiero decir, realmente te conocí esa noche, pensé que eras un hermoso dolor en el culo. Me estabas reteniendo para que no siguiera adelante con mis planes. No tenía más tiempo para tu estúpida terquedad. Estabas rechazando ofertas que estaban muy por encima del precio de mercado, pero cuando te conocí te vi diferente,

empecé a respetarte. La mayoría de las personas que conozco son tan ricas que todo lo que hablan es de dinero. Lo tenías todo. Eras divertida e inteligente, amable, sexy y hermosa. Me gustaste desde esa noche. Eras una persona real.

—Dios, con que era una persona real. Ojalá lo hubiera sabido. Me habría comprado una tarjeta para felicitarme —balbuceaba porque no sabía de qué otra manera responder.

—Así que eso es lo que pasó.

—Siento que nos estamos saltando una parte muy importante de esta historia.

—¿Qué?

Finalmente giré la cabeza para mirarlo.

—La parte en la que nunca me dijiste la verdad después de eso. Tuviste tantas oportunidades de confesar, Fran. ¿Por qué nunca me dijiste la verdad?

—¿Honestamente?

—¡Por Dios, Fran!

—Porque quería gustarte. Quería que me conocieras como persona y no como un villano sin nombre. Diablos, especialmente cuando sabía cuánto significaba el apartamento para ti. Pensé que si me conocías y te gustaba...

—Podrías seducirme y sacarme de mi apartamento.

—No. Entenderías por qué estaba trabajando para sacarte de allí en primer lugar. Quizás me perdonarías, no sé. Pero cuanto más tiempo pasaba, peor se ponía.

—Mi corazón está roto por tu culpa.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Agitó la cabeza.

—Muy bien. Soy un imbécil. ¿Eso te hace sentir mejor? Ya lo he dicho. Soy un imbécil.

—Sí, Fran. Eso me hace sentir mucho mejor. Wow. Gracias. Ya puedes irte.

Todavía estaba furiosa y más avergonzada que nunca.

—Sólo me estabas usando, no importa cómo intentes explicarlo. Tratando de que me gustes. Todo era una gran mentira. Te aprovechaste de lo que estaba pasando entre nosotros. Fuiste un falso todo el tiempo, ¿es eso? ¿Sólo me engañaste para conseguir mi apartamento?

—¡No! No entiendes nada. No quiero tu apartamento. Ya tengo diseños dibujados alrededor de tu apartamento.

—Bien por ti —dije sarcásticamente.

—Todavía no lo entiendes. No me importa nada de eso. Estoy enamorado de ti, Jenny Young.

Lo miré fijamente en estado de shock.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que estoy enamorado de ti.

—Oh —Tragué con fuerza—. No esperaba eso.

—Lo siento. No quise asustarte.

Mi corazón latía a una milla por minuto. Lo miré a los ojos, buscando la verdad. Parecía sincero, también sonaba sincero. Su cara estaba llena de lo que parecía ser esperanza y anticipación.

—¿Lo dices en serio? —le pregunté—. Quiero decir, ¿en serio? No lo dices para que te haga una mamada.

Sus ojos se abrieron.

—¿Lo harás?

—No lo sé. No lo sé. No lo sé. Podría hacerlo.

Puso una mano sobre la mía, justo sobre mi corazón.

—Lo digo en serio. Empecé a enamorarme de ti desde la primera noche. Me dije a mí mismo que era sólo lujuria, pero no lo era, y he estado trabajando duro desde entonces para que te sientas de la misma manera —Se encogió de hombros—. Es patético. Sé que lo es. Pero eso es lo que pasó.

Respiré hondo, el aire frío llenaba mis pulmones.

—Vaya. Pero estaba tan borracha.

—Estabas mega borracha —Sonrió con suficiencia—. Y mega linda y sexy y una besadora fenomenal. Eso también ayudó. Estoy loco por ti.

Sonreí, pensaba que estaba soñando. Pero no, era demasiado vívido para ser un sueño. Podía sentir el peso de su duro cuerpo, y el olor de su colonia mezclado con nuestro acoplamiento. Su mano estaba caliente, y mi corazón latía tan fuerte que podría haber jurado que mi pecho estallaría.

—Te amo —susurré.

Me aterroricé, estaba eufórica y aliviada de que por fin lo había dejado salir.

Su cara se iluminó con una sonrisa que se extendía de oreja a oreja.

—¿En serio?

—¿Por qué crees que estaba tan molesta anoche? Eso no fue por un apartamento, o porque mentiste. Fue porque estoy total y estúpidamente enamorada de ti.

Todo lo que iba a decir fue cortado por su beso. Lo abracé y le devolví el beso. Él me amaba.

¡Él me amaba!

Tenía mi frente pegada a la suya, respirando hondo, queriendo tomar ese momento y sostenerlo en mi corazón para siempre.

—¿Qué te parece si encontramos una forma de estar juntos para siempre? —preguntó.

—Creo que podría estar de acuerdo con eso.

—Mientras no me pidas que empiece a beber agua de coco.

—Mientras no me pidas que empiece a correr.

—Te amo.

—Te amo.

No podía borrar la sonrisa de mi cara aunque lo intentara. Entonces, se me ocurrió algo...

—¿Te gustan los espaguetis y las albóndigas?

—¿A quién no le gustan?

—¿Te gustaría conocer a mi madre?

—Las madres me adoran —Sonrió.

—La mía es bastante dura.

—De tal palo tal astilla, tal astilla, entonces.

—¿Seguro que estás a la altura del desafío?

Y no me refería a conocer a mi madre. Me refería a estar juntos, enredando nuestras vidas, creando una propia. Podía verme con él para siempre. Cuando le miré a los ojos, no sentí tanto miedo después de todo. Más bien emoción.

Me besó de nuevo.

—Pruébame.

—Te haré esa pregunta de nuevo después de que te haya contado una pequeña historia sobre mi abuela —le dije.

—Cariño, no hay nada que tú o alguien pueda decirme que haga una maldita diferencia en lo que siento por ti.



Y en algún lugar del cielo, la abuela Gretha sonrió con satisfacción.

EPÍLOGO

JENNY

—Di mamá.

—Dada.

Forcé una sonrisa.

—Esto es muy importante para mí, Junior. Vamos, di, Ma... má.

—Da... da —gorjeó, y tuvo el descaro de sonreírme sin dientes.

—Correcto. Eso es muy bueno. Mami está muy orgullosa de ti. Ahora es el momento de decir, mamá. Vamos, sé un buen chico y di: —Mamá.

—Da.

—Junior, di mamá.

—Da.

—Di mamá, por el amor de Dios.

—Dada.

Respiré profundamente. Debe haber otra manera. Caminé hacia el congelador y saqué un helado. Lo puse en un tazón y lo traje de vuelta.

—Mmmm... Helado. Di, mamá.

Movió las manos con entusiasmo y miró el helado.

Raspé un poco en la cuchara.

—Ahora di mamá y yo te daré este helado.

Oí un ruido y me giré. Fran estaba allí de pie con las cejas levantadas.

—¿Estás sobornando a nuestro hijo para que diga tu nombre primero?

—No —lo negué torpemente.

—Acabo de oírte.

Me encogí de hombros.

—Le estaba ofreciendo helado.

—¿A cambio de que diga tu nombre? Eso se llama hacer trampa, Sra. Black.

—No, no lo es. Se llama ser inventivo.

Dejé el tazón de helado y Junior gritó de repente:

—Mamá.

Por un segundo los dos nos quedamos paralizados y luego aplaudí con alegría y bailé alegremente.

—¿Escuchaste eso? ¿Oíste que me llamó por mi nombre?

Me detuve delante de Fran y saqué la mano.

—Yo gano. Tú pierdes. Dijo mi nombre primero. Suelta los quinientos dólares, amigo.

Cruzó los brazos sobre su ancho pecho y me miró fijamente. Mi marido tiene un pecho muy, muy bonito.

—¿Qué?

—¿Qué nombre dijo primero?

Lo miré con incredulidad. Seguramente, no iba a fingir que Junior dijo su nombre.

—Mira. Tú mismo lo has oído. Dijo mamá.

—Olvidé mencionar que me quedé fuera de la puerta unos minutos antes de decidirme a entrar.
Di un paso atrás.

—Oh.

Agitó la cabeza con asombro.

—No puedo creer lo competitiva que eres. Ibas a hacerme creer que él dijo tu nombre primero, ¿no?

—Al final te lo habría dicho —murmuré.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—No lo sé, en su graduación o algo así.

—Ven aquí.

Me acerqué a él y me abrazó.

—¿Estás enfadado conmigo? —le pregunté.

—No.

Me mordí el labio inferior.

—¿Por qué no?

—Porque eres la cosa más deliciosa que he visto en mi vida. Y no hay nada más entretenido que verte mentir y hacer trampa para ganar una apuesta.

Sonreí.

—Eso no es lo que dijiste sobre la primera apuesta que hicimos.

—Cuando me envenenaste, quieres decir.

—No era veneno. Sólo era un laxante. Todo el mundo necesita limpiar su sistema de vez en cuando.

—En realidad, era una poción de amor —dijo, y me besó.

Mi marido sabe besar. Hace que el resto del mundo desaparezca.

EL FIN